



VOTOS

DE LOS PAPÁS  
MOTEROS

ALEXIS LEE

# Votos de los papás moteros

Un romance de harén inverso con embarazo accidental y diferencia de  
edad

(Serie Daddies Reverse Harem)

Alexis Lee

Copyright © 2024 by Alexis Lee

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

[CAPÍTULO 1](#)  
[CAPÍTULO 2](#)  
[CAPÍTULO 3](#)  
[CAPÍTULO 4](#)  
[CAPÍTULO 5](#)  
[CAPÍTULO 6](#)  
[CAPÍTULO 7](#)  
[CAPÍTULO 8](#)  
[CAPÍTULO 9](#)  
[CAPÍTULO 10](#)  
[CAPÍTULO 11](#)  
[CAPÍTULO 12](#)  
[CAPÍTULO 13](#)  
[CAPÍTULO 14](#)  
[CAPÍTULO 15](#)  
[CAPÍTULO 16](#)  
[CAPÍTULO 17](#)  
[CAPÍTULO 18](#)  
[CAPÍTULO 19](#)  
[CAPÍTULO 20](#)  
[CAPÍTULO 21](#)

# CAPÍTULO 1

SOPHIE

—¡Oh, eso se siente tan bien! Hazlo más fuerte.

Lo último que esperaba era oír a mi jefa hablando obscenidades cuando llegué al piso de mi oficina para darle una sorpresa a alguien. Me quedé aferrándome a la comida para llevar y la botella de vino en mis manos, atrapada en un dilema. Por un lado, podía retroceder y fingir que no había pasado por aquí. Por otro lado, el despacho de Brett estaba en el otro extremo de la planta y la comida se estaba enfriando. Pero ¿quién era yo para interrumpir la cita nocturna de mi jefe?

—Bien por usted, señorita Sam —susurré, y luego me puse de puntillas tan silenciosamente como pude. Sam había estado trabajando muy duro para conseguir clientes a diestro y siniestro mientras dirigía a sus empleados con justicia y amabilidad. En todo caso, se merecía pasar un buen rato, y yo no iba a interrumpirla mientras lo conseguía. Aunque no podía decírselo a nadie en el trabajo, tal vez podría decírselo a mi novio y nos reiríamos un rato, algo que ya no hacíamos lo suficiente, para mi gusto.

—Más. Hasta el fondo... Sí, ahí, justo ahí.

Hice una mueca, no quería oír los detalles explícitos. Necesitaba salir de aquí. El plan se frustró cuando me di cuenta de que la puerta de su despacho estaba entreabierta. Cerré los ojos con la intención de mirar hacia otro lado.

—¡Ahí! ¡Más rápido! ¡Oh, Brett, sí!

¿Cómo?

Me quedé helada al oír el nombre de mi novio dicho así... no, como un gemido. Fue como un puñetazo en el estómago. Por un segundo, pensé que había otro Brett en nuestra planta. Luego, al oír su voz —profunda, gimiendo y tan metida en la situación—, me giré para mirar el interior de la oficina, donde dos figuras se retorcían la una contra la otra. Al principio estaba oscuro, pero mis ojos se adaptaron y finalmente las reconocí: Samantha Woodsy tendida sobre su escritorio,

con la ropa en el suelo... y allí estaba él, Brett Marrow, igual de desnudo y con las pelotas dentro de ella.

Un ruido seco detuvo sus movimientos y los dos giraron la cabeza. Los ojos lujuriosos de Brett observaron la botella de vino rota en el suelo antes de levantar la vista, sorprendido.

—Sophie...

—Voy a enviar mi dimisión por correo electrónico —espeté, con la mente en blanco ante la traición. No volver a verlos era el único pensamiento en mi mente.

Luego salí corriendo de allí antes de que pudiera volver a llamarme por mi nombre.

El dolor desgarrador llegó primero. Llenó cada centímetro de mí hasta que no pude respirar. Luego la rabia se apoderó de mí, impulsándome a seguir adelante mientras llegaba a nuestro departamento en un santiamén y volaba por las habitaciones para hacer las maletas. Tenía que irme de allí, incluso cuando quería quedarme y darle un puñetazo en la cara, *sobre todo* cuando lo que de verdad quería era prender fuego a todo el lugar para que, cuando volviera a casa, estuviera reducida a cenizas.

Nuestra casa.

Me daba asco, solo de ver nuestro dormitorio, así que cerré la puerta de un portazo. Mi teléfono siguió sonando mientras salía del departamento. Casi lo tiro cuando vi las llamadas perdidas y leí los mensajes.

Sophie, contesta tus llamadas, por favor. Puedo explicarlo.

Cariño, por favor, contesta.

¿Dónde estás?

¿Estás en casa? Espera ahí. Ya voy.

—Se acabó, idiota —espeté, rechazando la siguiente llamada y metiéndome el teléfono en el bolsillo—. Imbécil. Maldito cabrón. Todas las veces que estuviste demasiado cansado en la cama era porque ya te habías follado a otra. Todo el tiempo que...

¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Estaban las señales ahí y yo no me había dado cuenta? ¿Cómo

pude estar tan ciega?

¿Lo sabían nuestros compañeros de trabajo?

Cuando terminó el arrebató de rabia, estaba sentada en la parada del autobús y volvía a revisar el teléfono. Se me quedó grabado el nombre de mi padre, pero algo me impidió pulsar el botón de marcar. Mi padre estaba orgulloso de mí por haber llegado a la ciudad por mis propios medios y haberme introducido en el mundo empresarial sin contactos. No estaba segura de cómo iría mi dimisión ni de cómo afectaría la ruptura a mi familia, que valoraba la posición social más que cualquier otra cosa. Brett les caía bien. Era rico y guapo, y venía de una familia acomodada.

—Y me engañó —murmuré, intentando aferrarme a la rabia. Pero me invadió otra emoción y tuve que hacer todo lo posible para contenerla. Cuando mi pulgar se detuvo en otro nombre familiar, ya estaba pulsando el botón de marcar antes de que pudiera dudar de mí misma. Sonó y sonó. Por un segundo, me pregunté qué diría cuando saltara el buzón de voz.

—¿Hola?

La voz era profunda, masculina y no la había oído en años. La sorpresa me hizo darme cuenta de que esperaba recibir su buzón de voz y no estaba preparada para esto. Me quedé paralizada.

—¿Hola?

El repetido «hola» por fin puso en marcha mi cerebro.

—Hola. Soy Sophie Grace Jones. No sé si me recuerdas...

Mi mano se tensó sobre el teléfono cuando la voz educada se tornó inmediatamente cálida.

—Sophie. La hija de David. Por supuesto, me acuerdo de ti. Me dijo que te mudaste a la ciudad después de graduarte.

—Oh. —¿Lo sabía?—. Sí. Sí, eso hice.

—Debió de darte mi número —supuso, y luego soltó una risita—. Un contacto de emergencia por si lo necesitabas, pero supongo que no lo necesitaste.

—Sí. Hum... sí.

Debió de darse cuenta de mi silencio, porque su voz cambió y la diversión se volvió preocupación.

—¿Qué pasa?

«¿Cómo estás?» me pareció un buen punto de partida. «¿Qué has hecho en la ciudad todos estos años? ¿Estás ocupado ahora?».

Pero mi desesperación dio un giro y pronuncié lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Acabo de perder mi departamento y no tengo adónde ir.

\*\*\*

Matthew Curb era amigo de mi padre y amigo de la familia en mi ciudad natal antes de que se mudara. No crecieron juntos exactamente, pero eran compañeros de trabajo y habían mantenido una relación estrecha hasta que mi padre tuvo que dimitir para ocuparse del negocio familiar. Después siguieron siendo amigos, y mi familia lo invitaba a cenas y ocasiones especiales. Me gustaba mucho cuando era pequeña, su amabilidad era una energía positiva constante. Pero la forma en que se llamaba a sí mismo viejo y grande me hizo deducir que la vida en la ciudad no había sido amable con él ni con su aspecto.

Me equivoqué.

El hombre que abrió la puerta era grande, sí, pero en las zonas correctas, como los hombros y los muslos. La sencilla camisa blanca y los vaqueros que llevaba puestos lo acentuaban. Llevaba el pelo castaño peinado de forma informal sobre un rostro atractivo, dominado por unos ojos muy azules. Eran unos ojos que me encantaban cuando era adolescente y me daban vértigo cada vez que me miraban. Ahora me miraban y lo único que sentía era vergüenza.

—Lo siento —solté. Se me encendieron las mejillas al recordar lo vergonzosamente que había gestionado aquella llamada. Pero antes de que pudiera decir nada, levantó una mano. La otra ya estaba cargando mis maletas y no pude evitar desviar la mirada hacia sus brazos.

—No hay necesidad de lamentarlo, y tenías razón en llamarme. Pasa. Déjame llevar tu equipaje.

Tenía grandes músculos, y se le hinchaban cada vez que levantaba mis maletas y las depositaba dentro. De hecho, era más grande que la última vez que lo vi, que fue... ¿hace un año?



Probablemente más. Aún estaba delgado, pero con suficientes cambios significativos como para decirme que había estado haciendo ejercicio. Intenté no fijarme en el resto mientras me dirigía al salón, observando discretamente su departamento. Todos los muebles eran elegantes y modernos, y me recordaban al ambiente hogareño de mi antigua casa.

Maldita sea. No debería estar pensando en ese departamento o en el hombre que vive en él.

—¿Dijiste que habías perdido tu departamento? —preguntó.

—Sí. Es solo... mi novio. No funcionamos.

Era un eufemismo.

—Siento oír eso.

—Sí.

Se me revolvió el estómago al recordar la escena sexual de la oficina. También se me estrujó el corazón al prepararme para un interrogatorio y temer la idea de recapitularlo.

—Puedo ayudarte a buscar un departamento. Dime cuál es tu presupuesto y te pondré en contacto con algunos agentes. Los hay lujosos pero también muy asequibles por aquí.

¿Era posible estar aún más mortificada de lo que ya estaba?

Sí, aparentemente.

—No tengo trabajo. Lo dejé y todos mis ahorros se fueron en los muebles de nuestro departamento.

Porque quería un sofá blanco y mullido, utensilios de cocina blancos y de madera, y todo lo caro que pudiera encontrar para que aquel lugar fuera lo más estéticamente agradable posible. Bueno, ahora lo era, y solo Brett podría disfrutarlo, igual que pudo disfrutar de mi jefa. Me quedé mirando al suelo mientras el ácido me llenaba la lengua.

—Sophie...

Una mano me rozó la barbilla cuando no quise levantar la vista, inclinándome suavemente la cabeza. Matthew se había sentado en el sofá conmigo, sorprendentemente cerca y emitiendo

tanta calidez que quise inclinarme hacia él. Pero sus ojos... eran duros trozos de azul y me miraban con una intensidad que exigía respuestas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

La ansiedad me golpeó con fuerza, dejándome sin habla. Luego, el pánico volvió con toda su fuerza.

—Siento todo esto. Sé que dijiste que no debía disculparme, pero tal vez debería irme.

¿Y a dónde?

—No. Tú te quedas aquí.

La cálida voz se volvió dura, un tono que no había oído antes. Entonces, un cuerpo bloqueó la puerta antes de que pudiera alcanzar el pomo. Levanté la vista, sorprendida de que pudiera moverse tan rápido.

—¿Qué?

Matthew se cruzó de brazos, sin moverse. Tan cerca, me fijé en el vello fino de sus brazos y en las venas de sus muñecas, que le llegaban hasta los nudillos, cosas que *no* debería haber notado.

—No me habrías llamado si tuvieras a alguien más a quien llamar —dijo—. Ya estás aquí, así que no tiene sentido que vuelvas a la calle después de cargar con todas esas maletas.

—Matthew...

—Y es tarde. Estás loca si crees que voy a dejar que salgas sola a buscar otro sitio para dormir.

Cerré la boca, presintiendo una cosa: si yo le contestaba, él ya tenía preparadas las respuestas, listo para enfrentarse a mí, palabra por palabra. Me di cuenta por la forma en que se preparaba para mi respuesta. Por extraño que parezca, la severidad hizo maravillas para calmar mis nervios hasta que el pánico fue desapareciendo lenta pero inexorablemente. Levanté la ceja, fijándome en una palabra.

—¿Acabas de llamarme loca?

—Tal vez. Eras una niña bastante hiperactiva. —Su mirada dura se suavizó—. Mira, Sophie,

quédate aquí un tiempo. Deja que mi casa sea tu respiro hasta que te recuperes. Sin alquiler, con comida gratis y los consejos de un viejo mundano siempre que los necesites.

—Apenas eres viejo —resoplé.

—Parece más con lo crecida que te ves. —Sonrió con tristeza.

—Oh. —Levanté otra ceja—. ¿Así que ahora me estás llamando vieja?

—Mayor —corrigió, estudiándome—. Entonces, ¿te quedas?

No debía hacerlo. Debería buscar otros medios y buscar en otra parte, aunque estaba bastante segura de que la aventura entre mi jefa y mi novio se haría pública si le pedía a un compañero de trabajo un lugar donde quedarme. Además, Brett podría encontrarme allí y no quería enfrentarme a él todavía. ¿Qué otra opción tenía?

—Me quedaré —susurré.

Matthew asintió, aliviado. La calma de su presencia me hizo dar un paso adelante antes de que pudiera pensarlo, y él estaba allí mismo, comprendiendo lo que necesitaba mientras abría los brazos y me dejaba entrar. Me hundí en su abrazo y mis dudas se disiparon cuando la calidez que emitía me envolvió y me hizo sentir tan segura. Suspiré. Apreté más la cabeza contra su pecho, ávida de la cobija humana que me ofrecía tan generosamente.

—Perdón por...

—No te atrevas a pedir perdón por necesitar un abrazo.

Me reí entre dientes, divertida de que pudiera leerme la mente. Volví a suspirar, aliviada de que no hiciera preguntas por ahora. Ya era suficiente. ¿Cómo podía alguien tan duro ser tan cálido? ¿Cómo podía alguien seguir siendo tan amable después de tantos años? Me deleité en ello, incapaz de saciarme.

No supe cuánto tiempo estuvimos allí de pie, atraídos como imanes el uno por el otro. No supe en qué momento cambió la calidez. Tal vez fue cuando me sentí tan satisfecha que mi mente empezó a reconectarse y a notar cosas de nuevo, como la dureza de su pecho. Tal vez fuera la sensación de su estómago contra el mío, rozándose lo justo para que yo sintiera las crestas de sus músculos.

Tal vez fue cuando percibí el aroma a tierra masculina y jabón limpio que me llegó a las fosas nasales y descendió directo a mi vientre. Se me apretó involuntariamente, enviándome una sacudida de calor. Me distrajo, pero no lo suficiente como para no sentir su aliento caliente contra mi oreja.

—¿Sophie? ¿Estamos bien?

Su voz inquisitiva me sacó de mis extrañas sensaciones. Me solté primero del abrazo, di un paso atrás y esboqué una sonrisa temblorosa.

—Sí, por supuesto. Estamos bien.

—¿Quieres descansar?

Era una salida, así que la tomé al instante y asentí. Matthew se puso en marcha de inmediato mientras llevaba mis maletas a la parte de atrás y me enseñaba mi dormitorio, de un tamaño sorprendentemente decente y con una cama de aspecto confortable.

—Esto parece encantador.

—Es el de invitados. Iba a ser un gimnasio, pero ya hay uno al lado de mi despacho, y yo estoy casi siempre en el despacho.

—Bien.

—Por cierto, mi compañero de piso llegará tarde. No te asustes cuando veas a alguien más en el departamento.

¿Se refería a su novia? Por supuesto, un hombre sexy, maduro y *amable* como él no estaría soltero. La decepción que me invadió no debería existir y me obligué a tragarla.

—Me parece estupendo —repuse. Luego, como estaba agradecida por lo que me ofrecía, me puse de puntillas y volví a abrazarlo—. Gracias, Matthew.

Su piel era áspera, y ya le crecía la barba vespertina. Cogí aire y me agarré las manos por los costados mientras mi cuerpo volvía a estremecerse ante el contacto físico. Apretando los dientes, di un paso atrás y traté desesperadamente de actuar con normalidad.

—De nada, Sophie. Que duermas bien.

Su sonrisa resaltó sus ojos azules antes de darse la vuelta, dejándome ver aquella espalda ancha. Estaba hipnotizada, y acababa de romper con mi novio.

«Contrólate. También tiene novia».

Respiré hondo.

Entonces cerré la puerta y me negué a echar otro vistazo.

\*\*\*

El sueño debería haber llegado después de todas las emociones que había vivido, pero hoy le dio por ser tozudo y eludirme. Di vueltas en la cama, intentando acostumbrarme a ella y al nuevo entorno. Cuando fue inútil y empecé a refunfuñar, miré el reloj, me quité las mantas de encima y salí.

La cocina de Matthew era tan elegante como su salón, con electrodomésticos de primera y la más bonita losa de mármol en la encimera de la isla. Como no quería despertarlo, me puse de puntillas en la oscuridad. El problema era que no sabía dónde estaba cada cosa, así que acabé abriendo un par de armarios hasta averiguar dónde se guardaba la comida. Sin pensarlo, saqué cajas y botellas de allí, segura de que podría preparar algo con...

La luz se encendió y me sobresaltó. Me giré y me quedé helada con las manos aferrando un bote de pepinillos y dos cajas de maicena. Estupendo.

—Lo siento, no quería molestarte. Solo quería comer algo, Matt...

No, no era Matthew, porque el hombre que tenía delante tenía el pelo rubio dorado y los ojos marrones como el chocolate. Probablemente tendría la edad de Matthew y tenía la sonrisa más carismática que había visto en mi vida, con unos hoyuelos que podrían derretir las bragas.

«Menos mal que no las llevo puestas».

En absoluto estaba pensando eso.

Mientras me contemplaba, había sorpresa en su mirada, mucho más íntima de lo que debería haber sido. También había una pregunta, pero no la formuló. En lugar de eso, me tendió la mano.

—No, no soy Matthew. Creo que no nos conocemos. Soy Sebastian. Sebastian Malone, su

compañero de departamento.

## CAPÍTULO 2

### SEBASTIÁN

Había una mujer joven y muy atractiva jugueteando en nuestra cocina, vestida con unos minúsculos pantalones cortos que realzaban sus piernas delgadas y suaves. De hecho, todo lo que llevaba era minúsculo, desde la camiseta de tirantes que se ceñía a sus suaves curvas hasta la pinza que llevaba en el pelo castaño rojizo. Era un espectáculo digno de contemplar, que no esperaba que me recibiera en mi departamento.

Y estaba completamente perdida.

Capté sus ojos azul verdoso, tan claros como el océano, cuando se volvió y me miró.

—¿Qué buscas? —le pregunté.

—Los condimentos. Iba a preparar una tortilla.

Unos labios suaves y rosáceos me distrajeron un instante antes de alejar el pensamiento. La mujer era tentadora, pero eso no significaba que no tuviera autocontrol.

—Están muy arriba y no se puede alcanzar. Espera, déjame cogerlos y cocinar para ti.

Dio un paso atrás cuando yo me adelanté, observándome mientras alzaba la mano para coger los condimentos y alinearlos en la encimera. Luego fui por los huevos y otros ingredientes.

—No tienes que...

—Está bien —dije, disipando sus dudas—. Me gusta cocinar.

Y cocinar me mantendría distraído de ella.

«O podrías irte a tu habitación, idiota».

Podría, pero no quería irme a mi habitación y quedarme solo. Estaba cansado de correr por la ciudad todo el día, de aumentar mi encanto y de hacer las preguntas adecuadas. Al final, no

conseguía nada y volvía a casa con las manos vacías. A Matthew no le gustaría, pero tendría que lidiar con la frustración como yo.

Cocinar ayudaba. Ella también pareció aceptar la idea, pues dio la vuelta y se sentó al otro lado del mostrador para seguir observándome. La miré, todavía incapaz de creer que estuviera aquí.

—¿Qué quieres en tu tortilla?

—Cualquier cosa —fue la pronta respuesta—. Soy Sophie, por cierto. Sophie Grace Jones.

Era inusual que un ligue ofreciera su nombre tan libremente. Era aún más raro que Matthew invitara a una extraña a nuestra casa, y menos aún a alguien tan joven y, bueno, inocente. Mi amigo había tenido encuentros discretos con mujeres elegantes y sofisticadas con las que cenaba y bebía hasta hace poco, cuando el hombre estaba demasiado ocupado con el trabajo y ya ni siquiera se molestaba con las mujeres. No es mi estilo, pero...

—Encantado de conocerte, Sophie.

—Encantada de conocerte, también. —Ella dudó—. Matthew es amigo de mi padre y me ofreció quedarme aquí después de perder mi departamento.

Oh. Eso lo aclaraba todo. Asimilé la información en silencio e incliné la cabeza.

—¿Perdiste tu departamento?

—Sí. Una larga historia.

Su expresión se cerró un poco para indicar que no quería hablar del tema, así que no insistí. Mezclé los ingredientes y calenté la sartén, luego eché el primero y esperé a que se cocinara. Cuando le di la vuelta, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? —pregunté.

—Eso fue suave. ¿Eres chef?

—No, no lo soy —respondí divertido—. Solo soy muy buena cocinero. —Y los huevos eran básicos, pero ella hacía que pareciera que estaba cocinando una comida gourmet. No pude evitar el zumbido de orgullo mientras dividía los huevos en dos platos y le entregaba uno.



—Gracias.

—¿Jugo de naranja?

—Sí, por favor.

Cogí dos vasos, le di uno y volví a mi plato.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? —Sabía que no era la pregunta adecuada cuando se puso rígida, así que di marcha atrás—. Y no lo pregunto porque quiera echarte o algo así. Solo tenía curiosidad.

Eso hizo que Sophie se relajara. Para mi sorpresa, ella también sonrió.

—Unas semanas, más o menos. Si me echas, no creo que pueda hacer nada para impedirlo —reflexionó.

—Sí, claro que puedes. Solo tienes que decírselo a Matt y me dará un sermón.

La sonrisa se transformó en mueca mientras sus cejas se alzaban.

—¿Todavía da sermones?

—A veces. Cuando cree que la ocasión lo requiere.

Ella asintió con seriedad.

—Solía sermonearme cuando me metía en problemas de niña.

—¿Qué tipo de problemas?

—Oh, ya sabes. Cosas de adolescentes. Salí con la estrella de rock del instituto y una vez casi estrello el auto de mi padre. Mis padres estaban fuera de la ciudad, así que fue Matthew quien me echó una buena bronca por irresponsable. Pero sobre todo se enfadó porque salía con un gamberro, como le gustaba llamar a mi ex.

La imagen de una Sophie más joven e inocente, con una vena rebelde, me hizo sonreír, sobre todo porque podía ver cómo mi severo amigo la habría tratado. Matthew reprendía, sí, pero también cuidaba y protegía. Entonces una imagen de ella poniéndose cachonda con un gamberro la sustituyó y me hizo sacudir la cabeza para borrarla de inmediato. *No. No voy a ir allí.*

—Dios mío. Esto está muy bueno. Increíblemente bueno.

Lo dijo en voz baja y con los ojos cerrados, pero con un gemido insinuante que me llegó directamente a la ingle. El calor la siguió. Mi cerebro sabía que se refería a la comida, pero a mi polla se le ocurrían todo tipo de fantasías con posturas que la harían sonar exactamente así. Estaba tan excitado que se me nubló la vista y agarré el tenedor por la intensidad y la brusquedad.

—Eres muy buen cocinero —continuó, ajena a mi reacción. Me aseguré de que siguiera así mientras controlaba mi expresión. Ya no era una adolescente, eso era obvio, pero seguía sin estar bien.

Y era la invitada de Matthew, no la mía.

—Solo son huevos —logré decir a través del grueso nudo que tenía en la garganta.

—Díselo a una chica de veintitrés años que aún no sabe cocinar —replicó, y luego esbozó una amplia sonrisa de agradecimiento. Sus ojos azules y verdes se suavizaron—. Gracias. Lo necesitaba esta noche.

¿Y qué si era legal? Probablemente me veía como veía a Matthew: un tipo que podría ser su tío en el que podía confiar. De lo contrario, no estaría en esta cocina compartiendo una comida conmigo tan cómodamente. Odiaba que mi mente enloqueciera, pero me sentía atraído por ella y no había forma de luchar contra eso.

Pero podía luchar contra la atracción que sentía.

—¿La buena comida o la compañía? —pregunté con ligereza.

El humor iluminó sus facciones.

—Ambas, aunque no debería abusar de tu compañía por mucho más tiempo. Es tarde. Debes estar cansado.

—En realidad, no. Y antes de que te ofrezcas a lavar los platos, yo me encargo.

—Pero...

—Sin peros. Me gusta lavar los platos, y me causarías mucho dolor y angustia si me quitaras ese

privilegio.

Soltó una risita, un sonido abierto lleno de alegría. Me moría de ganas de hacerla reír un poco más, pero ese deseo se me iba a escapar y yo no podía permitirlo, no a las dos de la mañana y con *eso puesto*.

—Si tú lo dices.

—Sí, eso digo —dije con firmeza—. Ahora, vete. Fuera. Duerme un poco. Yo dormiré un poco después de esto.

Las palabras sonaron sucias en mis oídos, pero ella no pareció verlo así, pues me saludó amistosamente con la mano.

—De acuerdo. No te quitaré el privilegio de lavar.

—Buenas noches, Sophie Grace.

—Buenas noches, Sebastian —sonrió.

Mi nombre en su boca sonaba como música para mis oídos. Intenté no mirarle el trasero cuando se alejó, y me sentí desesperadamente aliviado cuando por fin desapareció en el dormitorio de invitados. Con tristeza, ajusté la erección de mis pantalones, dudando de que fuera a desaparecer pronto.

—Ella no, Malone —murmuré—. Cualquiera menos ella.

Podía llamar a cualquiera. Mi agenda estaba llena de números de mujeres que sabía que estarían dispuestas a divertirse. Pero últimamente, ya no me interesaba. Estaba demasiado involucrado en mi investigación y en mi vida laboral. La última mujer con la que había follado era una conocida a la que le encantaba flirtear y tomarme el pelo, y pasamos unas noches divertidas antes de separarnos. Nada especial, y oí que había pasado página y que ahora salía con un instructor del gimnasio.

Podría volver a intentarlo con otra persona. O podía dejar de pensar en la mujer con la que viviría las próximas semanas.

—Más tarde. Menos complicado —volví a murmurar.

Justo cuando terminaba de apilar los platos en el estante, se abrió la puerta principal y entró una figura que debería haber estado aquí hace horas. Miré a Rupert Garth, nuestro tercer compañero de piso, que normalmente tenía un aspecto elegante y amenazador. Ahora solo parecía cansado y amenazador, con el agotamiento pesándole sobre los hombros y el ceño fruncido oscureciéndole la boca. Aquello no presagiaba nada bueno.

—No debería preguntar, pero...

—No preguntes.

—¿No ha habido suerte con la investigación? —pregunté, de todos modos.

—Nada de puta suerte. —Su ceño se frunció.

Y por eso estaba de un humor terrible, incluso más terrible que su mal humor habitual, lo cual ya era decir.

—Bueno, mierda.

—Lo sé. Yo también lo odio, y no me gustaría decírselo a los demás mañana. ¿Y qué demonios es esto, Seb?

Los ojos grises volaron hacia la encimera de la cocina, que aún no había terminado de limpiar. Luego su mirada se clavó en los platos.

—Comida —reflexioné—. Seguro que tú también comes.

—Dos platos. Sé que Matt duerme temprano. ¿Trajiste una maldita prostituta a casa?

—Bueno...

—Sabes qué, no quiero saberlo —gruñó, levantando una mano antes de peinarse el pelo revuelto—. Estoy cansado, así que mejor mantén tus actividades en silencio.

—Hablando de actividades...

—Buenas noches, Seb.

Rupert ni siquiera esperó a que le respondiera y se dirigió a su dormitorio. Dio un portazo, estaba claro que no iba a calmarse pronto.

Con un suspiro, cogí un trapo, volví a limpiar la cocina y me pregunté cuánto cambiaría la dinámica de este hogar con la presencia de Sophie.

## CAPÍTULO 3

SOPHIE

Me desperté de mejor humor y tuve que agradecer a los dos hombres que me hicieran sentir cómoda en su departamento. ¿Quién me iba a decir que comer tan tarde iba a solucionar mi problema de sueño? Nunca me había sentido tan recargada. Agucé el oído en busca de movimiento al otro lado de la puerta, pero solo oí silencio. ¿Todavía dormían o ya habían salido?

En cualquier caso, necesitaba urgentemente una ducha.

Cogí la toalla y el neceser que Matthew me había dejado y salí canturreando. A la luz de la mañana, el salón tenía un aspecto divino, con la luz del sol que entraba por las grandes ventanas de cristal. Me imaginé la vista de noche y me propuse recordarlo para echarle un vistazo más tarde.

—¿Matthew? ¿Estás despierto?

No hubo respuesta. No llamé a Sebastian, todavía un poco tímida después de nuestro encuentro de anoche. Pero era un tipo decente y me sentía muy afortunada de tener nuevos compañeros de piso como ellos. Sintiéndome más libre, curioseé hasta encontrar el baño compartido de las dos últimas habitaciones y me colé dentro.

Primero noté el vapor. Luego mis ojos se adaptaron y vi la figura sombría que estaba de pie delante de la ducha. El agua se deslizaba por un pecho bronceado, unos abdominales duros y unos muslos gruesos como troncos de árbol. Tenía tatuajes intrincados por todas partes, que contrastaban con su piel suave. Pero eso no ocultaba el hecho de que era enorme por todas partes, desde los anchos hombros hasta el torso endurecido, pasando por las estrechas caderas y el fino rastro de vello que descendía hasta...

—¿Qué demonios?

Salí de mi ensueño y el corazón se me subió a la garganta. Lo único que me salvó fue la niebla que ocultaba lo que había entre sus piernas, pero no me salvó del todo de los intensos ojos grises que me abarcaron con la mirada. Eran ojos irritados.

—Yo...

Quise explicar que era amiga de Matthew y que no había visto nada, pero no me salió nada.

—¡Fuera!

Su voz era fría como el hielo y su tono no admitía discusiones. Tartamudeé. Luego retrocedí como si me ardieran los pies, mortificada por el encuentro.

Mi pulso estaba por las nubes cuando volví al dormitorio, intentando no pensar en lo que había visto... no, intentando no imaginar lo que había visto. ¿También era un invitado? Tenía que serlo, y debía de ser alguien en quien confiaban mucho si podía ducharse mientras yo estaba aquí. O tal vez lo de la ducha fue espontáneo. En cualquier caso, no iba a volver allí a exigir respuestas, no cuando ya me había avergonzado lo suficiente.

—Espera a que se vaya —murmuré.

Eso hice, inquieta a medida que pasaban los minutos. Cuando una puerta se cerró de golpe, me escabullí fuera, aliviada cuando ya no había ni rastro del extraño hombre. Pero al volver al cuarto de baño comprobé que me equivocaba, porque aún podía olerlo, ese aroma a pino y loción para después del afeitado. Me temblaban las rodillas de lo bien que olía, pero apreté los dientes y fingí ignorarlo.

El agua caliente hizo maravillas con mis nervios y volví a estar de buen humor cuando por fin salí. Cuando encontré la nota doblada en la nevera con mi nombre y reconocí la letra, sonreí y me sentí aún mejor.

Sophie,

Abajo está la dirección de mi restaurante. Ven a visitarme cuando estés despierta y libre. Tengo algo que hablar contigo.

Matthew

\*\*\*

—¿Qué has dicho?

—Dije que te estoy ofreciendo un trabajo aquí para que puedas empezar a ahorrar. Ya sabes,

como mencionaste que habías agotado los tuyos. Puedes trabajar el tiempo que quieras hasta que estés lista para volver a la empresa.

—¿Cómo lo...? —Claro que lo hizo. Mi padre debía de presumir de que trabajaba para una gran empresa. La oferta de Matthew fue inesperada y no era lo que tenía en mente, pero también era algo que me parecía muy diferente de mi antiguo trabajo. Tenía razón. Necesitaba ahorrar de nuevo si tenía planes de mudarme algún día y encontrar mi propio lugar. Aun así...—. Matthew, es una gran oferta, pero no quiero imponerme.

Una sonrisa cruzó sus labios como si ya supiera que yo diría eso. Mi mirada se desvió hacia él, siempre atraída por sus respuestas sinceras.

—No lo haces. Nos vendría bien una mano extra, sobre todo porque últimamente tenemos muchos clientes.

—¿Últimamente?

—Sí, después de aparecer en el vídeo de un *influencer*. Es sobre todo un trabajo del tipo «hazlo todo», en el que ayudas a las camareras cuando están ocupadas o arreglas cosas en la parte de atrás.

Empezó a dar detalles sobre el sueldo, y mis ojos se abrieron de par en par al ver lo decente que era. Más que decente, en realidad. Por todos los cielos.

—Si no te gusta, puedes dejarlo cuando quieras. Si de verdad odias la idea, puedes decir que no ahora mismo y no volveré a sacar el tema —terminó.

No me parecía bien recibir algo tan bonito después de que aquel hombre me hubiera dado alojamiento gratis, pero ¿quién era yo para rechazar una oportunidad sin condiciones?

Podría comprarles comida. Podría comprar cosas para su departamento y ahorrar el resto. Emocionada, respiré hondo.

—De acuerdo. Lo tomaré.

Sonrió y se puso de pie, ofreciéndome una vista completa de él en traje, y vaya qué vista. No pude evitar que mis ojos recorrieran su cuerpo y admiraran la forma en que los pantalones y la camisa de vestir se amoldaban a su figura, como si estuvieran hechos para él. Me resultaba extraño verlo tan formal cuando estaba acostumbrada a verlo en vaqueros y camisa, pero ambos



*looks* le sentaban como un guante. Sin embargo, este lo ponía aún más sexy, y me picaban los dedos por desabrochar la camisa de vestir.

«Compórtate, por el amor de Dios».

—Eso es genial, Sophie. No bromeaba cuando dije que nos vendría bien una mano extra.

—Apuesto a que no te referías a la mía, pero ya no puedes retractarte —bromeé.

Unos ojos azules me miraron con humor. Estreché su mano entre las mías e intenté no sobresaltarme ante la chispa que se encendió de inmediato. Me apresuré a terminar el apretón de manos y a fingir que era un apretón de manos normal y corriente, y luego fingí que su mano sobre mi espalda baja mientras me guiaba no me provocaba cosquilleos. Fuera de su despacho, alguien nos cerró el paso.

—He oído las noticias. Bienvenida a Matt's Lounge, donde servimos comida deliciosa durante el día y bebidas aún mejores por la noche. Ah, y tenemos un gusto musical de puta madre.

—¿Trabajas aquí? —Miré a Sebastian sorprendida.

—Sí, pero no en la oficina. Odiaría que nuestros clientes no vieran mi cara.

Me guiñó un ojo. Así de fácil me sentí con la idea de que iba a trabajar con ese hombre. Matthew nos miró a los dos y luego miró a Sebastian. No pude leer lo que le estaba comunicando, pero después se volvió hacia mí.

—Sebastián es nuestro gerente y supervisa las operaciones. Te hará una visita guiada y te dirá lo que tienes que hacer. También responderá a tus preguntas. No tienes que empezar hoy, por supuesto.

—Una visita guiada suena muy bien —dije, radiante. Me desinflé un poco cuando miré a Matthew y me di cuenta de que ya se estaba retirando a su despacho. Sentí un pellizco en el estómago, pero la voz de Sebastian me obligó a mirarlo a él.

—Bueno, entonces, ¿vamos?

Asentí con la cabeza y caminé a su lado mientras rodeábamos el comedor, observando la temática europea del establecimiento. Pasamos junto a los empleados que habían llegado antes y me los presentó. Más allá de la presentación general, se entretuvo un poco en saludarlos más

personalmente, y su sonrisa se transformó en una mueca. Sus rasgos cambiaron por completo, de despreocupados a traviesos. Peligroso.

—Darla, hoy estás preciosa. Apuesto a que es el pelo. Nunca he visto tu pelo tan vibrante.

Darla era una mujer de mediana edad que se sonrojó ante la atención y le dio un manotazo juguetón en el brazo.

—Lo dices porque por una vez no tengo canas.

—Las canas me gustaban mucho —aseguró—. Pero esto... uf. Seguro que Frank se volvió loco cuando te vio.

—Le gustó.

—Debería. Solo a un idiota no le gustaría.

—Sí, bueno, lo pagó él, así que esta vez no es un idiota.

Silbó en señal de aprobación.

—Bien por él. Y es un hombre afortunado, Darla. Estás estupenda, sea cual sea tu color de pelo.

Darla se rio y me miró.

—Cuidado con este hombre, querida. Es todo un encanto.

Me picó la curiosidad y esperé a que Sebastian también me hablara así, pero volvió a su postura amistosa y despreocupada mientras seguíamos dando vueltas.

—Venga. Vamos a presentarte al personal de cocina.

Aún no había muchos presentes, pero los que había estaban ocupados preparando ingredientes. Luego completamos el recorrido hasta la parte de atrás, donde nos indicó dónde se almacenaban la mayoría de los artículos del restaurante.

—Hay un almacén separado para artículos perecederos y no perecederos. También hay un almacén para la limpieza, y tenemos sofás para cuando los empleados quieren descansar los pies o echarse una siesta durante sus descansos. Los empleados fumadores solo pueden fumar en el callejón, al que se accede por la puerta trasera. Ah, y esa es la despensa. La abastecemos

constantemente con tentempiés frescos para que nuestro personal siempre tenga opciones.

Hice ruido, impresionada. Era mucho más fluido de lo que esperaba, y sospechaba que Matthew había pasado horas sin dormir para ponerlo en marcha. No sabía mucho de su vida más allá de su amistad con mi familia y su amabilidad conmigo, pero una vez oí a mi padre hablar con mi madre de los problemas económicos de Matthew. Parecía que ya no era así.

—Es tan organizado. A mi antigua jefa le encantaría esto.

Fue un error decirlo porque ahora estaba pensando en Sam y, por extensión, en Brett. Sebastian continuó explicando cosas, su voz era un murmullo alegre. Tardé un rato en darme cuenta del largo silencio que siguió cuando dejó de hablar. Me sacudí a Sam y a Brett de la cabeza.

—Lo siento. ¿Preguntaste algo?

Intenté hacerme la desentendida, pero los ojos marrones del hombre me miraban con demasiada sabiduría.

—Vamos, escúpelo.

—¿Escupirlo?

—Estás preocupada. Normalmente no me importa, pero tú eres diferente. —Se acercó más—. Quiero toda tu atención en mí, Sophie.

Algo en la forma en que lo dijo hizo que volviera el pico de calor, pero quizá en realidad no se había ido. Tragué saliva ante su cercanía, consciente de que estábamos solos. No era tan estúpida como para no saber lo que ocurría cuando dos personas que se atraían quedaban atrapadas en espacios así, y mi cuerpo chisporroteó en respuesta a la idea. ¿Qué me estaba pasando? Primero Matthew, ¿ahora él?

—¿Sí? —susurré, incapaz de decir nada más. Su atractivo rostro se acercó aún más mientras asentía con seriedad.

—Sí. Así puedo continuar mejor.

No había ningún indicio de coqueteo, solo sinceridad. Fue una bofetada en la cara que me recordó que, aunque hubiera desarrollado algún tipo de... atracción, era unilateral. Parpadeé cuando se enderezó y esperé, no a que coqueteara, sino a que respondiera, porque seguía siendo

amable y todo era producto de mi imaginación. Avergonzada, me aclaré la garganta.

—Creo que he captado lo esencial de la disposición y de lo que se hace aquí. Pero aplicarlo es diferente y puede que necesite tiempo. Yo era asistente en la empresa y hacía sobre todo recados de papeleo, programación y organización.

—Maravilloso. Puedes aplicar eso aquí también.

—Haré lo que pueda. Espero que seas paciente conmigo.

—Sophie, soy el hombre más paciente de por aquí. —Le brillaron los ojos.

No debería reaccionar así a su forma de hablar, pero su franqueza tenía algo que me atraía. Me gustaba tanto como la amabilidad y calidez de Matthew.

—Eso está bien. Me vendría bien tener paciencia en mi vida.

Me estudió, tratando de entenderlo. Pero fue lo bastante respetuoso como para no entrometerse y volver al tema que estábamos tratando.

—Ahora, dime qué pasa. ¿Sucedio algo hoy para mantenerte preocupada, Sophie?

Todavía no quería hablar de mi relación anterior. Entonces recordé otra cosa que había pasado hoy y jadeé.

—Oh, Dios. Casi lo olvido.

—¿Qué?

Una visión del hombre duchándose, desnudo y de aquellos ojos grises flotó en su interior.

—Podría haber avergonzado a tu invitado. O enfadarlo.

—¿Invitado?

—Sí —Cuando no dijo más, hice un gesto—. Se estaba duchando y no apreció mi presencia.

Sebastian enarcó las cejas y... ¿fue una mueca?

—¿Así que entraste mientras se duchaba?

—Accidentalmente —aclaré—. Y me gritó que saliera. Juro que no vi nada.

No era del todo cierto, pero él no necesitaba saber que había visto la línea alba de aquel tipo y casi vi su...

«Deja de pensar en ello».

—¿Puedes describirme a este huésped?

Definitivamente, Sebastian sonreía cada vez con más picardía. Me quedé pensativa antes de encogerme de hombros.

—Era alto. Tatuajes por todas partes. Grandes músculos. Fruncía mucho el ceño, aunque eso podría tener más que ver con la situación que con que fuera un gruñón.

—Hmm. —Sebastian ahora parecía positivamente alegre—. Debe haber sido una monstruosidad tan temprano en la mañana.

No iba a admitir que no lo era, no cuando la visión era bastante... hipnotizante. Mis mejillas se calentaron y sacudí la cabeza.

—Realmente no me di cuenta. Más que nada fue vergonzoso. Debe pensar que le vi el pito o algo así.

—¿Lo hiciste?

—No. Pero debería disculparme y aclarar las cosas.

—Eso es... —Sus labios se torcieron. Le dirigí una mirada de reproche.

—No es gracioso, Sebastian.

—*Es muy gracioso.*

—Bueno, quizá lo sea en cierto modo. —Me mordí el labio, intentando no ceder a la risa—. Pero aun así debería disculparme. Decirle unas palabras o algo.

—Muy amable de tu parte. —Asintió con la cabeza—. Sería aún más amable si le dices todo eso, ya que ha estado detrás de nosotros todo este tiempo.

¿Cómo?

Me quedé helada. De repente, descubrí por qué Sebastian había estado tan alegre todo este tiempo. El horror me consumió cuando me di la vuelta lentamente y me encontré cara a cara con un hombre conocido: alto, tatuajes por todas partes, músculos gigantes. El ceño también seguía fruncido. Dios mío. ¿Lo ha oído todo?

—Sophie, este es Rupert Garth —canturreó Sebastian, imperturbable—. Es nuestro proveedor y también nuestro otro compañero de piso, no nuestro invitado. Rupert, ella es Sophie Grace Jones. Es amiga de la familia de Matthew y, bueno, supongo que a Matthew se le olvidó mencionar que es nuestra nueva compañera de piso. Supongo que ya se conocen.

¿Era posible que la mortificación alcanzara otro nivel? Ahora no solo me ardían las mejillas mientras miraba, sin habla. Me debatí entre pellizcar a Sebastian y gemir cuando se rio por el silencio continuo. Me conformé con fulminarlo con la mirada antes de volver a mirar al hombre llamado Rupert.

La sorpresa substituyó a su ceño fruncido ante la presentación de Sebastian, aunque el ceño no había desaparecido del todo. Eso me bastó para deducir que tenía una idea distinta de por qué estaba yo allí, en el departamento, y eso hizo que se me pusiera rígida la columna vertebral.

—Compañera de piso temporal —corregí, desconcertada por la intensa mirada que me estudiaba en silencio—. Solo hasta que encuentre un nuevo lugar.

Tenía una cicatriz en la mejilla, en la que no había reparado cuando irrumpí en su ducha. Me pregunté qué se la había hecho. ¿Una pelea? ¿Un ataque? Parecía... peligroso, pero no desagradable.

Y no parecía contento cuando hablaba.

—Hmm. Me alegro de que nuestro encuentro te haya divertido.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y se marchó, dejándome boquiabierto a su espalda. Podría habérmelo tomado a broma, pero nada en su tono indicaba diversión y supe que tenía que enmendarlo rápidamente. Antes de que pudiera hacerlo, se oyó un portazo y se fue. Empecé a moverme, pero la mano de Sebastian me rodeó la muñeca, tirando suavemente de mí.

—No te preocupes —dijo—. No dijiste nada malo y fue un accidente.

—¿Siempre es tan... —me pregunté.

—¿De mal carácter? Sí. No te preocupes. Y tú todavía estás en la visita guiada de Sebastián. Vamos.

Seguí a Sebastian a regañadientes mientras me sacaba del almacén y reanudaba la conversación. Intentaba hacerme sentir mejor, así que le seguí la corriente.

Pero no iba a sentirme mejor hasta que me disculpara.

\*\*\*

Tardé un par de horas en encontrar el momento adecuado, pero finalmente encontré a Rupert solo en uno de los almacenes. Llevaba toda la mañana viéndolo transportar cajas, sin sudar mientras lo hacía todo con tranquilidad y facilidad. Cuando entré en la habitación, me detuve en seco, abofeteada con el mismo escenario del hombre en estado de desnudez.

Observé cómo sus músculos se movían y se hinchaban mientras se quitaba la camiseta y luego se secaba el sudor con ella. Era tan fascinante como la escena del baño y algo de lo que no podía apartar la mirada, pero me obligué a hacerlo. Por suerte, no se había quitado los pantalones, aunque no sirvió de mucho porque Rupert era muy grande y se le notaba todo, se pusiera lo que se pusiera. Recordando por qué estaba aquí, me aclaré la garganta.

Unos ojos grises me miraron y luego apartaron la mirada. Sin inmutarme por la acogida, me acerqué hasta situarme frente a él.

—Soy Sophie.

—Lo sé —respondió luego de un largo silencio.

—Mi padre y Matthew eran amigos en nuestra ciudad natal, y le pedí un favor. Por eso estaba en el departamento.

—Hmm.

—Siento haber irrumpido así. Debería haber llamado primero.

—Hmm.

Era como hablar con una roca.

—No volverá a ocurrir —intenté de nuevo—. En mi defensa, no sabía que había un tercer compañero de piso.

Justo cuando esperaba otro «hmm», me lanzó una mirada de incredulidad.

—Entonces, si hubiera sido un invitado, ¿habría estado bien?

Mi boca se abrió y luego se cerró. Tartamudeé, algo que rara vez hago, pero este hombre seguía provocándolo en mí.

—No quise decir eso.

—Bien.

—Ya me disculpé.

—Hmm.

¿Por qué ese hmm sonó más sarcástico que el anterior? Floreció la impaciencia. Intenté contenerla, pero parte de ella vibró en mi voz.

—Intento disculparme.

—De acuerdo.

—Y tú eres un idiota.

Eso llamó su atención y volvió a clavarme la mirada.

—¿Cómo que soy idiota?

—Ya sabes cómo —le dije.

Dio un paso adelante, el primer movimiento que hacía desde que me planté ante él. Él también se me echó encima y mi vista se llenó de un gris abrasador.

—Ya te has disculpado. He respondido. Fin de la historia. No lo compliquemos más de lo que ya es, ¿de acuerdo?



Le fruncí el ceño. Él me devolvió el gesto. No entendía a qué complicación se refería, pero no iba a explicármelo. Me di cuenta de que en parte tenía razón. Cuanto más sacara el tema, más me iba a encontrar con su frío muro y más íbamos a chocar.

La tensión aumentaba y se arremolinaba a nuestro alrededor, haciéndome zumbar la piel. Pensando en Matthew y en lo problemático que esto iba a ser para él, retrocedí primero. Pero no pude resistir una última mirada.

—Hmm —dije, imitando sus palabras y su tono—. Bien.

Eso lo pilló desprevenido y sus ojos se abrieron un poco, pero no me quedé a ver el resto de su reacción. En lugar de eso, me di la vuelta y me marché, conteniendo las ganas de dar un portazo como él. El hombre era demasiado... demasiado intenso, demasiado frío, demasiado melancólico. Demasiado grosero. No importaba. Ya me había disculpado.

Pero seguía sin sentirme bien al respecto.

—No es tu problema —repetí como un mantra cuando seguí caminando hasta llegar a la puerta trasera. Necesitaba aire. No podía permitir que Matthew y Sebastian me vieran así. Necesitaba el lugar que me ofrecían y no podía arriesgarme a tirarlo todo por la borda, lo que significaba que no podía dejar que Rupert se metiera en mi cabeza.

Pero oh, el hombre era deplorable.

—Deja de pensar en él, Sophie Grace Jones.

Era más fácil decirlo que hacerlo, pero lo intenté. Empujé la puerta y salí al callejón, deseosa de una dosis de aire fresco para despejarme. Inhalé profundamente y me detuve antes de poder exhalar.

Primero llegó el olor a sangre.

Entonces mi mirada se posó en la gigantesca pila de ratas muertas que tenía delante, con las negras cuencas de los ojos vacías y el rojo oscuro que se filtraba de sus extremidades rotas.

## CAPÍTULO 4

### RUPERT

No podía creer que aquella mujer fuera a ser nuestra nueva compañera de piso. Matthew, Sebastian y yo habíamos vivido juntos en armonía durante mucho tiempo, sobre todo porque respetábamos los asuntos de los demás y éramos lo bastante listos como para mantener nuestro espacio privado en privado. En el pasado habíamos tenido invitados, algunos de los cuales eran mujeres. ¿Pero tener a una mujer viviendo con nosotros?

Era un inconveniente, por no decir otra cosa, sobre todo con los problemas que ya teníamos encima. Era aún más incómodo porque no alcanzaba a entenderla. Sophie era joven y despreocupada, se llevaba bien con Sebastian, si sus risas juntos eran un indicio. También era inocente, todo lo contrario a mí. Yo no era inocente a su edad, y ahora estaba aún más hastiado.

Pero también era algo feroz, el fuego en sus ojos cuando yo no le di ni la hora antes de estallar de manera exagerada y con tanta intensidad. Me di cuenta de que había una tormenta dentro de ella, esperando la oportunidad adecuada para estallar.

Y el instinto me dijo que iba a ser problemática.

Necesitaba hablar con Matthew sobre la noche anterior. Tal vez también podría abordar el tema de su amiga y de cómo su aparición en nuestra casa iba a cambiar las cosas. Animado por la idea, salí del almacén.

Fue entonces cuando oí el grito que venía de atrás.

Eché a correr, reconociendo su voz y esperando que no fuera nada grave. Ya estaba irritable y esto no ayudaba. La gente se apartaba de mí cuando estaba de ese humor y me gustaba que fuera así. No se enfrentaban a mí, no me insultaban y no me hacían seguir pensando en ellos incluso cuando ya no estaban allí. Molesto porque las tres cosas ocurrieran con la misma mujer, abrí la puerta.

—¿Qué demonios es...?

Las palabras se desvanecieron. Al igual que mi sarcasmo y mi enfado cuando vi toda la sangre y su procedencia. Las ratas eran normales en la ciudad, sobre todo en los callejones, pero *esto no lo* era, y Sophie lo sabía. Se giró al oír mis pasos, sus ojos azul verdoso más oscuros de lo que recordaba y atormentados.

—Sophie...

Antes de que pudiera pensar qué decir o acercarme al montón de sangre, se volvió hacia mí y me rodeó con sus brazos. Me di cuenta de que era instintivo, pero me pilló desprevenido. Entonces la sentí temblar y salí de mi estado de estupefacción para volver a rodearla con las manos. Esperaba que me empujara, pero se hundió aún más en el abrazo. Atónito, le di unas torpes palmaditas en la espalda, sin saber qué decir.

—No pasa nada. Están todas muertas.

—Están todas muertas —repitió, susurrándolo horrorizada contra mi pecho—. Retorcidas.

—¿Retorcidas?

—Patas rotas. Alguien rompió las extremidades de esas pobres cosas.

Algo dentro de mí se enfrió. Comprendí cómo debía de sentirse al enfrentarse a ese tipo de fealdad retorcida, así que dejé de acariciarla y me limité a acercarla. Se rindió fácilmente, su cuerpo se amoldó al mío en busca de consuelo.

—No pasa nada. No vuelvas a mirarlas.

—Pero...

—No pasa nada. Estoy aquí.

Se relajó al oír las palabras. Intenté mantener cierta distancia, pero no pude evitar notar lo suave y cálida que la sentía entre mis brazos. También olía a algo familiar y me di cuenta de que era mi jabón. Olía a mi jabón y olía bien con ese aroma.

Mi cuerpo se agitó, reaccionando a ese conocimiento. Mi mente protestó porque no le gustaba que lo notara. Antes de que pudiera aceptarlo, sonaron pasos, tanto en la entrada del callejón como en el restaurante. La tensión vibró en el aire cuando Matthew salió por la puerta primero, y me encontré con su mirada.

—Llévatela —fue todo lo que dije.

Luego la empujé hacia él y salí corriendo del callejón.

No había forma de saber si los pasos del exterior eran casualidad o algo más, pero el mismo instinto que trajo a Sophie hasta mí me dijo que no era ni por asomo una casualidad. Eso quedó demostrado cuando vi una figura encapuchada que miraba hacia atrás y sentí su alarma al saber que le pisaba los talones. «Así es. Voy a por ti, imbécil».

Dobló una esquina. Aumenté la velocidad, centrándome en mi objetivo y deseando vengarme. ¿Creían que podían meterse con nosotros y salirse con la suya? Gruñí, negándome a permitirlo. Ya me eludieron una vez.

No podía dejar que me eludieran otra vez.

Corrí por atajos y senderos estrechos, con los ojos fijos en la figura. No fue hasta que se perdió de vista por enésima vez que me di cuenta de que habíamos salido de mi barrio y ya estábamos en un barrio de mala muerte que yo solía evitar porque no era mi territorio. Cuando dejé de verlo, aminoré la marcha y observé los edificios que me rodeaban. La mitad estaban abandonados y la otra mitad tenían las ventanas oscurecidas y una iluminación tenue. Más adelante, el fuego parpadeaba en hogueras improvisadas junto a contenedores de basura. Se oyeron risas estridentes y luego una discusión.

¿De quién era este territorio? No podía recordarlo. Pero no podía permanecer a la vista.

El sentido común me hizo evitar las hogueras e ir en dirección contraria, pero no sin antes echar un vistazo para asegurarme de que la figura encapuchada no estaba entre los hombres que reían. Seguí avanzando hasta llegar a una zona en la que las farolas estaban apagadas, cavilando sobre dónde podría haber ido. Una parcela vacía en una esquina junto a un edificio abandonado me llamó la atención, así que entré en el edificio para observar desde allí.

Inmediatamente, se me pusieron los pelos de punta y un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Mi instinto me advertía de que algo iba a ocurrir. El hecho de que también me dijera que me marchara hizo que aumentara la frustración. No quería irme. Quería atrapar al culpable como fuera. Me volví hacia las escaleras, pero mi teléfono vibró en mi bolsillo antes de que pudiera dar el primer paso.

—¿Qué?

—Vuelve aquí.

—Matt...

—Vuelve aquí, Rup, y olvídate de él si aún no lo has encontrado.

La voz de Matthew era fría, lo que indicaba que sabía dónde estaba y no le gustaba. Surgió la necesidad de discutir, pero él no hablaba así a menos que fuera necesario.

—De acuerdo —le contesté, con la voz entrecortada. No le importó, ya había colgado, pero yo sabía que seguiría llamando hasta que volviera.

Maldita sea. Quería golpear una pared. En lugar de eso, salí corriendo de allí lo más rápido que pude, consciente de la constante punzada en la columna vertebral. Solo desapareció cuando abandoné la zona, lo que confirmaba que no era un buen lugar para estar. Pero volver con las manos vacías no me puso de buen humor, y me quedé de piedra cuando regresé al callejón del restaurante.

Matthew, Sebastian y Sophie seguían allí, junto con un hombre al que que conocíamos. Su placa de policía brillaba cuando se volvió hacia mí asintiendo con la cabeza.

—Oye, Rupert. No tienes buen aspecto.

Lo fulminé con la mirada. Jansen Brown se limitó a sonreír, aunque se serenó cuando miró a Matthew y Sophie.

—No te preocupes por esto. Pediré imágenes de las cámaras de seguridad en los alrededores y te informaré en cuanto encontremos algo. Mientras tanto, mantente alerta. Por lo que sabemos, podría ser una simple jugarreta.

Las palabras se reproducían en beneficio de Sophie. La miré aferrándose a Matthew, luego miré a Matthew mientras conversaba con Jansen sin soltarla. Cuando Jansen se fue con Sebastian a cuestras, Matthew tiró de ella para acercarla más.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso.

—No pasa nada —dijo. Unos ojos verdeazulados me miraron y luego me sostuvieron la mirada. La preocupación se arremolinó, aturdiéndome cuando me di cuenta de que era por mí—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza. Ella vaciló, sin dejar de mirar, antes de romper el contacto visual y apoyar la cabeza en el pecho de Matthew. El alivio y un extraño anhelo se mezclaron en mi organismo, agravando mi frustración. Al cabo de un rato, señaló a las ratas.

—¿Deberíamos...?

—Voy a limpiarlo —anuncié, poniéndome manos a la obra. El olor era atroz de cerca, pero lo ignoré mientras sacaba material de limpieza y embolsaba los cadáveres. Mientras lo hacía, vi cómo Matthew murmuraba algo al oído de Sophie. Había una conexión entre ellos, natural y dulce, y no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que ella era importante para él, y por importante me refería a algo más significativo que la simple hija de su amigo. Conocía a Matthew desde hacía bastante tiempo, y me chocó verlo quedarse aquí con ella. Si se hubiera tratado de cualquier otra mujer, ya habría dado sus órdenes y habría regresado a su despacho sin molestarse en prestarle más que una atención casual.

—Uf, eres un héroe —se burló Sebastian a su regreso—. Habría odiado limpiar eso. Pero oye, alégrate de que ya hiciera fotos antes de que estropearas la escena del crimen.

—Ya sabía que harías fotos —le respondí.

—¿Escena del crimen? —cuestionó Sophie.

—Una broma. —Sebastian le sonrió—. Jansen lo piensa así y yo le creo.

—Oh.

Por encima de su cabeza, Matthew captó mi mirada. Había una mirada dura en su rostro que me decía que sabía exactamente lo que estaba pensando. Sebastian también se dio cuenta, pero disimuló mejor su opinión. Sin perder un segundo, arrancó a Sophie de los brazos de Matthew y la condujo hacia la puerta.

—No hay de qué preocuparse. Y deberíamos volver dentro antes de que el personal nos eche en falta y esto se convierta en un alboroto aún mayor. Además, el tour especial de Sebastian aún no ha terminado.

—¿No?

—Tengo que enseñarte todos los aperitivos. Mejor aún si eres golosa. Te dejaré boquiabierta.

Susurró algo más y consiguió arrancarle una risa reticente. No me sorprendió, ya que ésa era la especialidad de Sebastian, pero sí que su lenguaje corporal fuera más protector que cuando interactuaba con otras mujeres. También había una conexión entre ellos, y al instante empecé a desconfiar de la situación. De ella. Hacía tiempo que había aprendido la lección de que la traición siempre llega si dejas entrar a la gente tan fácilmente. Sophie era una extraña, y la estaban dejando entrar tan fácilmente.

«Peligroso», me volvió a advertir mi instinto. «Problemas».

Cuando los dos se fueron, Matthew se volvió completamente hacia mí.

—Avisa a los hombres más tarde. Tenemos que reunirnos y hablar de esto.

Sin decir palabra, asentí y volví a la limpieza.

\*\*\*

El restaurante abrió y los testigos de la escena de las ratas siguieron como si fuera cualquier otro día normal. Sin embargo, pude percibir la tensión que se estaba gestando en los dos hombres, impacientes por salir de allí. Yo también intenté contener mi impaciencia mientras volvía a mi despacho para terminar las entregas. Luego dejé el cierre en manos de mis empleados e hice llamadas durante el resto de la tarde, impaciente por acabar de una vez.

La última llamada se produjo justo cuando llegué al almacén situado a las afueras de la ciudad, donde ya había estacionadas varias motocicletas. Estacioné la mía en un rincón y me deslicé al interior, para luego situarme junto a una forma que me resultaba familiar.

—Creía que no podías faltar al trabajo.

—No puedo —Jansen se encogió de hombros—, pero esto me parece importante. Sabes que necesito estar al tanto de casi todo.

Ser policía y miembro de una banda de moteros era probablemente una delgada y precaria línea que hilar, pero hasta ahora Jansen la había hilado bien. Por eso era uno de nuestros miembros más fiables. Antes de que pudiera hacer ningún comentario, el silencio se disipó y entró Matthew, despojándose de su aspecto de oficina por otro más habitual: camisa, vaqueros y una cazadora de cuero que usaba durante los paseos en moto. El símbolo de una flecha dentro de un anillo dorado era claro y reflejaba el símbolo del tatuaje que llevaba en el muslo.

—Tengo que volver al restaurante, así que seré breve —empezó, mirando a Sebastian cuando entró y se colocó junto a Jansen y a mí. Luego Matthew volvió a centrar su atención en los demás—. Como la mayoría de ustedes sabe, nosotros, los Cazadores, hemos estado recibiendo amenazas durante los últimos meses. La primera fueron los huevos rotos en el auto de Callum y la segunda los neumáticos cortados de Ringo.

Siguió adelante, dejando el escenario de las ratas para el final. La tensión chisporroteaba en el aire, tan densa que un cuchillo podría cortarla. Ya empezaron a oírse algunos gruñidos y estallidos de ira, pero Matthew levantó la mano hasta que todos volvieron a guardar silencio.

—Uno o dos podrían haberse descartado fácilmente, pero ahora tenemos razones para creer que todo es deliberado y conduce a cosas peores. Y todo está conectado a una banda.

«Guerreros Lobo», terminó mi mente.

—Guerreros Lobo —alguien espetó con rabia—. Esos bastardos.

—¡Lo sabía! —dijo otra persona.

—No hay pruebas —murmuró Jansen en voz baja—. Mis manos están atadas, a menos que tengamos pruebas.

Sebastian no necesitaba pruebas. Normalmente, habría hecho tanto ruido como los demás y habría bromeado para aligerar el ambiente, pero mi amigo estaba tieso como una tabla. Culpa.

Porque él sabía tan bien como yo por qué los Guerreros Lobo harían algo así.

—No es culpa tuya —le recordé antes de que pudiera volver a enredarse en ese pensamiento—. Ella te engañó. Nos engañó a los dos.

Sebastian apretó los dientes, luego asintió y se cruzó de brazos. Jansen nos observó, sin decir palabra. Yo tampoco dije nada. Pero sabía que llegaría al fondo del asunto, pasara lo que pasara.

Y supe que ninguna mujer volvería a engañarme así.



## CAPÍTULO 5

### MATTHEW

El anuncio a mis hombres se quedó en mi mente incluso cuando ya estaba de vuelta en el restaurante. No podía evitarlo, no cuando eso tan feo que estaba ocurriendo se acercaba a cada segundo. Pero tampoco podía evitar preocuparme más por una persona, esa que se suponía que no tenía que ver toda esa situación.

Cuando registré el lugar, encontré a Sophie pasando el rato con Darla, que hacía gestos hacia el comedor y decía algo que la hacía sonreír. Entonces su mirada encontró la mía y su sonrisa se apagó un poco.

Me acerqué, intentando parecer despreocupado. Por lo que yo sabía, nuestro personal aún no tenía ni idea, y no había motivo para alarmarlos.

—Hola. ¿Qué te ha parecido el tour? ¿Crees que estás lista para trabajar aquí mañana?

Darla le guiñó un ojo y se marchó. Sophie me dedicó una sonrisa, pero no era la sonrisa radiante a la que estaba acostumbrado.

—Sí, por supuesto.

—Bien. Vamos.

—¿Qué?

—Vamos a casa.

Ella parpadeó, no se lo esperaba.

—Pero es temprano.

—Está bien. Seb va a volver y cerrará el local más tarde.

Se quedó pensativa, pero no hizo preguntas. En lugar de eso, me siguió mientras la conducía

hasta mi auto y pronto nos pusimos en marcha por una carretera relativamente vacía.

Fue un viaje tranquilo, pero no incómodo. Me di cuenta de que le pasaban muchas cosas por la cabeza, así que la dejé tranquila y le di vueltas a mis pensamientos, intentando averiguar cómo iba a enfocar el asunto. Había que hacer más investigaciones, pero era frustrante que las que habíamos hecho no hubieran resultado en nada. ¿Y si uno de los miembros del club resultaba herido físicamente? ¿O sus seres queridos? Quería mantener a todos a salvo, pero eso era imposible si me agarraba a un clavo ardiendo.

Cuando llegamos al garaje de mi edificio de departamentos, bloqueé mis preocupaciones, dejándolas a un lado para más tarde. Una mirada a Sophie me hizo quedarme en mi asiento en lugar de instarla a salir del auto. La tenue luz del garaje iluminaba sus ojos azul verdoso, que siempre me atraían por más que intentara resistirme.

—Siento que hayas tenido que ser la primera en presenciarlo, pero te prometo que haremos todo lo posible para que no vuelva a ocurrir. Jansen es un buen policía. No descansará hasta encontrar pruebas de quién puso eso ahí y llevar a esa persona ante la justicia.

No dijo ni una palabra, pero la mano que apoyaba en su rodilla temblaba. Antes de que pudiera pensarlo, extendí la mano, la envolví en la mía y la apreté, por una necesidad instintiva de ofrecerle alivio. Me di cuenta de que su mano era lisa y suave, y de que yo también estaba tocando parte de su rodilla. Mis nudillos se contrajeron. Todo mi cuerpo se contrajo, reaccionando al contacto físico. Pero cuando intenté retirar la mano, ella me la apretó con más fuerza.

—Sophie, si todavía estás preocupada...

—No son las ratas —soltó—. Quiero decir, son las ratas, pero no son las ratas.

Sus palabras me confundieron, pero esperé pacientemente. Sophie volvió a guardar silencio, reflexionando antes de respirar hondo y bajar la mirada. Habló en voz baja.

—No me dan miedo las ratas. Hay un montón de roedores y otras cosas malas en la ciudad, y he aprendido que si tengo miedo de cada pequeña cosa, no voy a sobrevivir. Pero ver tantas muertas amontonadas así... —Respiró hondo otra vez, y luego soltó el aire—. Tengo muchas emociones reprimidas relacionadas con la pérdida de mi trabajo y... de mi ex. He estado intentando contener esas emociones y ser fuerte, sobre todo teniendo en cuenta lo afortunada que sigo siendo. Tengo un buen sitio para quedarme y mañana empiezo un nuevo trabajo. Sigo

sobreviviendo incluso cuando pensaba que no lo haría. Pero ver esas ratas...

—Te sacudieron —deduje—. Desencadenaron tus emociones.

Se mordió el labio y asintió. Su mano volvió a temblar, luego todo su cuerpo, como si no pudiera controlarlo. Quise estrecharla entre mis brazos y tranquilizarla, pero me mantuve firme, respetando la vulnerabilidad que compartía conmigo.

El tema del ex novio, que salía repetidamente, despertó mi curiosidad. Eso no me daba derecho a entrometerme, pero debía de ser muy grave para que ella tuviera que huir de él. ¿La dejó? ¿Le hizo daño?

¿El bastardo la golpeó?

Me enfadé, pero cuidé el tono.

—Escucha, no sé qué pasó que te empujó a buscar refugio conmigo...

—Brett me engañó con mi jefa. Mi jefa inmediata, de quien era asistente.

Bueno, joder.

—Llevábamos juntos más de un año y últimamente estábamos muy ocupados con el trabajo, así que decidí sorprenderlo una noche en la oficina, la noche en que aparecí en su puerta. Estaba haciendo horas extra para un proyecto y quería arreglar la distancia que nos separaba.

Ya veía a dónde iba esto y no quería que lo repitiera en su mente. Así que volví a apretarle la mano.

—No tienes que hablar de ello.

—Quiero hablar de ello —dijo con firmeza, su voz ganó intensidad—. Los encontré en su despacho. Él se la estaba follando sobre su escritorio y gemían el uno por el otro. Era una escena tan íntima y algo que se suponía que no debía presenciar entre dos personas, pero sí, uno de ellos era *mi* chico, que se suponía que solo me estaba follando a *mí*.

—Lo siento, Sophie.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. Se las enjugó con impaciencia y continuó.

—Mirando hacia atrás, la distancia que había entre nosotros era una señal reveladora, pero yo estaba demasiado ciega para verla. Había otros indicios, como que siempre hacía horas extra cuando mi jefa, Sam, no me necesitaba o me mandaba a casa antes. O hacía viajes de trabajo fuera de la ciudad mientras ella estaba de vacaciones. Eso sucedió durante meses y sospecho que han estado follando todo ese tiempo. No sé cuánto tiempo, pero no podía enfrentarme a ellos de nuevo. Simplemente no podía. Así que renuncié, hice las maletas y me fui.

—Era lo que había que hacer.

—No lo creo. Debería haber cogido la botella de vino que se me cayó cuando los vi y habérsela arrojado a las pelotas. Mejor aún, debería haber quemado el departamento.

—Era lo correcto —repetí, no queriendo que entrara en una espiral descendente aunque yo quisiera hacer esas cosas. Sí, incluso romperle las pelotas a ese cabrón. Pero necesitaba una voz razonable, no alguien que la incitara—. Las otras opciones te habrían metido en problemas, lo que te habría complicado más las cosas.

—Tienes razón —murmuró, parpadeando entre las lágrimas que seguían saliendo.

—Pero puedes llorar. No pasa nada.

—Sí.

—Déjalo salir todo. No se merece que te lo guardes, y estoy aquí si necesitas...

El shock se apoderó de mí cuando se lanzó hacia mí, o tal vez fui yo quien tiró de ella hasta que se acercó voluntariamente. En cualquier caso, la acurruqué en mi regazo y le murmuré al oído que todo iba a salir bien. Sus lágrimas se convirtieron en sollozos, como si se hubiera roto un dique y no hubiera forma de detenerlas. Se aferró a mí, con las manos aferrándose a mi camisa y la cabeza hundida en mi pecho. Su cuerpo temblaba con más fuerza, desesperada por el consuelo que yo le ofrecía, mientras por fin se permitía sentir el dolor.

Yo también lo sentí y me dolió que ella tuviera que pasar por eso. Quería ponerle las manos encima al imbécil y hacerle todo tipo de cosas violentas inimaginables, pero sabía que tenía que ser la mejor persona en esta situación. Al igual que ella necesitaba una voz que la hiciera entrar en razón, también necesitaba a alguien en quien apoyarse, así que le froté la espalda en círculos y la acuné en su vulnerabilidad. También le susurré al oído más palabras tranquilizadoras, negándome a dejar que pensara ni por un segundo que era ella la que fallaba o que se cuestionara

a sí misma.

En algún momento, su llanto se convirtió en suaves moqueos y sus temblores disminuyeron. Seguía aferrada a mí, pero la liberación la calmó lo suficiente como para levantar la vista. Unos ojos verdeazulados nadaban en mi campo de visión, nublados, pero aun así tan hermosos. Era bonita y no se merecía derramar las lágrimas que le enjuagué de las mejillas.

—Ni siquiera lo amo.

La declaración hizo que mi pulgar se detuviera.

—¿Qué?

—Creo que no. Si lo amara, habría rememorado nuestros recuerdos y habría sentido dolor por la pérdida.

—¿No es así?

Ladeó la cabeza, reflexionando. Luego la sacudió.

—Me siento herida, pero también estoy muy enfadada con él por hacerme perder el tiempo. ¿Cómo puedes amar a alguien si piensas que es una pérdida de tiempo?

—Probablemente sea el dolor el que habla.

—No. Es mi orgullo el que habla. Y el ardiente deseo de gritarle hasta que estallen sus oídos.

La violenta Sophie era un espectáculo para la vista, toda indignada y negándose a permanecer derrotada. Sonreí satisfecho.

—Brutal, pero ese es el espíritu.

Dudaba que ella no amara al tipo. Puede que el orgullo la enfadara, pero no sería doloroso si no sintiera nada por él. Aun así, mi respuesta le arrancó una carcajada, melódica y divertida. Algo se agitó en mi interior al oírla.

—Siento haber hecho un desastre. Mira tu camisa. Está toda mojada.

—No pasa nada. Es solo una camisa.

Su mano se enroscó en mi camisa, tocándola. Tocándome.

—Pero...

—Es solo una camisa, Sophie.

Yo era solo un hombre, conmocionado cuando la vi por primera vez en mi puerta con el aspecto de un sueño, y reacio a dejarla marchar todavía. Ella tampoco parecía tener prisa por abandonar mis brazos, y...

Estaba en mi regazo. Tocándome. Calentándome.

—Eres tan comprensivo, Matthew. Eres tan amable.

Si ella supiera las cosas que pasan por mi mente, amable sería la última palabra que usaría para describirme.

—Solo soy yo, Soph.

—Sí, tú eres tú. Y eres increíble.

Las palabras me bañaron como un bálsamo. Al mismo tiempo, un rastro de placer recorrió mi cuerpo. Se retorció en mi regazo, un movimiento inconsciente que hizo que el fuego me llegara directamente a la sangre. No me costaría mucho cambiarla de posición y conseguir que se sentara a horcajadas sobre mí, o mejor aún, coger sus caderas y tomar las riendas. Se me formó una fantasía de lo que podría hacer una vez que la tuviera así.

Imaginé mis manos recorriendo sus suaves y deliciosas curvas, y sintiéndolo todo mientras la desnudaba. Imaginé que me levantaba la camisa lo suficiente para ver lo que había debajo, porque la forma en que sus nalgas se pegaban a la tela me decía que encajaría perfectamente en mis manos. Imaginé sus pezones rosados y turgentes, imaginé mi boca lamiéndolos y chupándolos hasta que ella soltara el gemido más suave y dulce.

Me imaginé chupando mientras mis dedos encontraban su coño, húmedo y resbaladizo para mí. O tal vez no habría tiempo para los dedos, porque ella suplicaría por mi polla en su lugar, necesitándome dentro de ella tanto como yo necesitaba estar en su interior.

Mierda.

La lujuria se apoderó de mí, creando una imagen muy visceral en mi cabeza. En el momento en que puse mis ojos en ella después de tantos años, no vi a la chica de mi pueblo, sino a una mujer preciosa y sensual. Quería saborearla por todas partes como si tuviera todo el derecho. Quería follármela en todo tipo de posturas y ver hasta qué punto se le oscurecían los ojos y con qué fuerza gritaba de placer. Pero ahora, en lo único que podía pensar era en follármela en este auto hasta que ambos estuviéramos perdidos en esta cegadora y enloquecida atracción.

Le bastaría un cambio para sentir mi erección palpitando por ella. Solo tendría que engatusarme un poco para cabalgar sobre mi polla, con las tetas rebotando y la boca abierta mientras buscaba el clímax. La imaginé disfrutando, con la cabeza echada hacia atrás y mi nombre en sus labios mientras me follaba con fuerza. Apoyé la mano en el volante, a punto de inclinarme y destruir el muro que separaba la fantasía de la realidad.

—¿Matthew?

Su voz era inocente e interrogante, no el gemido agudo que nadaba en mi cabeza. También era tranquila, como si una parte de su interior ya fuera consciente de mis pensamientos, aunque ella aún no lo hubiera descubierto. Pero esta mujer confiaba en mí, lo suficiente como para compartir sus heridas más profundas y oscuras, y yo no quería ser el cabrón que se aprovechara. Yo era un viejo depravado, dieciséis años mayor que ella. Tenía edad suficiente para ser su padre, por el amor de Dios. Y era amigo de su padre.

Debería ser mejor hombre que ese maldito ex que había hecho añicos su confianza.

Antes de que pudiera sentir mi erección empujando insistentemente contra mis pantalones, la levanté de mi regazo y la deposité de nuevo en el asiento del copiloto. Ella emitió un sonido de sorpresa y luego estudió mi expresión, que no revelaba nada. Ese momento de preocupación me dio tiempo suficiente para acomodarme rápidamente, manteniendo la idea de que no era más que un amigo para ella. Qué puta mentira. Pero tenía que aferrarme a esa mentira por su bien.

—Deberíamos volver dentro —exclamé todavía agitado, aclarándome la garganta—. Hemos tenido un día largo y deberíamos descansar.

Se mordió el labio, atrayendo mi mirada hacia allí.

—Quería preguntar...

—¿Qué?

Percibí sus dudas.

—¿El incidente de las ratas fue solo una broma? ¿Dónde fueron Sebastian y tú después?

Era muy perspicaz. Pensé en contárselo antes de rechazar la idea al instante, inseguro de lo que pensaría del club de moteros. Era una gran parte de mi vida y un secreto para la mayoría de la gente. Sinceramente, no creía que estuviera preparada para ello. Ella me conocía como el confiable Matthew, el amigo de su padre y ahora algo así como su amigo también. No como el líder de los Cazadores, que no temía la violencia cuando era necesaria.

Y por mucho que la deseara, nada más allá de eso debía pasar entre nosotros.

—No fue nada. Solo arreglamos algunas cosas con la policía. Ahora, vamos. Se está haciendo tarde.



## CAPÍTULO 6

SOPHIE

—¿Puedes traerme un vaso con hielo? Y, por favor, ¿podrías asegurarte de que esté lleno hasta el tope?

Era una petición extraña, pero me estaba acostumbrando a las peticiones extrañas. También me estaba acostumbrando a Charity Philips, la mujer que venía tres veces por semana a pedir un vaso de whisky y un plato de papas fritas. Eso era todo lo que pedía, y no tardé mucho en darme cuenta de que dejaba su bebida para el final de la noche porque en realidad solo estaba aquí para una cosa: mirar a Sebastian mientras él se paseaba para ayudar o simplemente se quedaba en un segundo plano.

—Claro, Srta. Philips. Enseguida.

—¿Cuántos años tienes?

La pregunta me pilló desprevenida. Por lo general, Sam se limitaba a darme órdenes y a hablar de negocios, aunque recordé un par de ocasiones en las que me preguntó por mi novio. Debería haber sabido que no eran tan informales como pensaba. Me lo quité de la cabeza y sonreí a Charity.

—Tengo veintitrés años, Srta. Philips.

—Eres joven, pero no tanto como para que sigas haciendo eso.

—¿Seguir haciendo qué?

La mujer se metió un trozo de hielo en la boca y lo chupó.

—Deberías dejar de llamarme señorita Philips y llamarme simplemente Charity. Señorita Philips me hace sentir como una bruja. A menos que sea eso lo que intentas insinuar.

Mis ojos se abrieron de par en par y sacudí la cabeza enérgicamente antes de fijarme en sus ojos centelleantes. Me detuve a estudiarla.

—¿Era esa mi señal para decirle que no es una bruja, sino un bombón?

Ella sonrió, obviamente le gustó lo rápido que me di cuenta.

—Bueno, sí, por supuesto.

—Siento no haber reaccionado a tiempo. —Reprimí una sonrisa—. Pero sí, eres un bombón.

—Vaya, gracias.

Me miró por encima del hombro y algo cambió en su expresión. Su lenguaje corporal fue suficiente para decirme quién se acercaba, pero no necesité leer las señales porque sentí un pinchazo en el omóplato y un escalofrío en la espalda antes de que Sebastian se acercara a mí. Nuestros codos chocaron y nuestros brazos se rozaron, pero él no me prestaba atención. Se inclinó sobre la barra para sonreír a Charity.

—Sophie tiene razón. Eres un encanto y hoy estás especialmente guapa. ¿Qué pasa con el vestido? ¿Hay alguna ocasión especial?

Las mejillas de Charity se tiñeron de rosa y se alisó su atuendo, encantada de que él se hubiera dado cuenta.

—Sí. Antes hubo una fiesta en mi despacho. Pero estaba bastante aburrida, así que me fui temprano.

—Es una pena. Podrías haberte quedado y haber animado la fiesta.

—¿Crees que puedo hacer eso?

—Eres Charity Philips, bombón residente y una de nuestras mejores clientas. Por supuesto que puedes.

Ella se lo creyó todo, pero se notaba que él era sincero con sus elogios. Le dio confianza para agitar las pestañas y ser un poco más atrevida al tocarle el brazo, y su voz se volvió ronca. La sonrisa nunca abandonó su boca, y la ligera sesión de coqueteo me hizo sacudir la cabeza antes de dejarlos con sus cosas. Sebastian me miró, con sus ojos marrones llenos de picardía, y luego volvió a centrar su atención en ella.

Hablé con otro cliente, manteniéndolo ocupado mientras el camarero, Ricky, preparaba las

bebidas de otro cliente. Entregué una bandeja de comida a una pareja en una mesa de la esquina y charlé un poco con ellos, tratando de encontrar las preguntas adecuadas que fueran amistosas sin entrometerme demasiado. Era algo que veía hacer a Sebastian a menudo, su costumbre de hacer que los clientes se sintieran cómodos y conseguir que se quedaran más tiempo. Yo también le estaba cogiendo el ritmo, y sonreí cuando la pareja compartió algunas noticias conmigo.

—¡Oh, felicidades! ¿Sabes si es niño o niña?

—Todavía no. Solo esperamos que sea un bebé sano —dijo el hombre—. Eso significa que no beberá más y puede que no vengamos aquí tan a menudo.

—Pueden venir solo por la comida —bromeé, complacida cuando la mujer se rio. Volví a felicitarlos y me alejé para coger más bandejas, entregarlas a las mesas y charlar siempre que podía.

Era agradable. No creí que fuera a encontrarlo agradable, sobre todo después de todas las historias de terror que había oído sobre la gente que trabajaba en atención al cliente. Pero el restaurante tenía buenos clientes habituales y el personal siempre mantenía las cosas en orden, incluso cuando se trataba de clientes revoltosos. Estaba aprendiendo mucho, y una de las cosas que aprendí fue que me había acostumbrado a hacer recados para mi jefe y a terminar en un santiamén, lo que significaba menos tiempo para socializar. También me había acostumbrado a pasar tiempo con Brett casi todos los días antes de que empezáramos a estar muy ocupados. Aunque nuestra rutina había sido perfecta y cómoda, empecé a darme cuenta de lo aburrida que era y de que nuestra relación no había avanzado.

Lo conocí en el trabajo, me acosté con él la primera semana y lo hice oficial. Nos fuimos a vivir juntos justo después, y eso fue todo: mi vida en la ciudad en una frase. ¿Por qué nunca busqué nada más? ¿Por qué nunca encontré tiempo para relacionarme con otras personas y hacer algo diferente?

—Bueno, esto es diferente —murmuré en voz baja, y entonces vislumbré una figura que entraba en su despacho. Cuando encontré un poco de margen, me escabullí de la zona concurrida y entré en el despacho, cerrando la puerta en silencio.

Matthew estaba en su mesa, una imagen que se estaba convirtiendo en una de mis favoritas. Estaba repleto de papeles y seguía llevando traje, pero se había quitado la corbata y se había desabrochado los primeros botones de la camisa de vestir. Así pude ver su pecho, duro y

musculoso. Su pelo desordenado me decía que había estado pasándose la mano por él, probablemente preocupado por los números. Por primera vez llevaba lentes y parecía el estudiante más sexy del planeta.

Se me revolvió el estómago. Me picaban los dedos para arreglarle el pelo y la camisa, pero una parte de mí sabía que no iba a arreglársela, así que la desabroché hasta que pude ver algo más que su pecho. Un recuerdo de nosotros en su auto, íntimamente apretados el uno contra el otro, revoloteó en mi mente. Mis manos habían estado sobre él y nuestras bocas estaban tan dolorosamente cerca que estaba segura de que iba a besarme.

Pero no lo hizo. Y me estaba avergonzando por obsesionarme con lo que podría haber sido.

Fijé mi expresión justo cuando él levantó la vista, percatándose por fin de mi presencia. Se quitó los lentes y esperé a que la bruma del trabajo abandonara sus ojos.

—Hola. Lo siento. ¿Cuánto tiempo estuviste aquí?

—Hola a ti también. —Sonreí—. No mucho. ¿Has comido?

Parpadeó y fue adorable. Luego se levantó, pasó por delante del escritorio y se erigió sobre mí, lo que dejó de ser adorable y me dejó sin aliento. Estuve a punto de retroceder un paso, pero no lo hice porque quería ver hasta dónde se acercaba. Pero se detuvo a una distancia respetable.

—¿Has comido?

—Yo te pregunté primero —respondí—. Y para responder a la tuya, sí, lo hice. Sebastian siempre se asegura de que todo el personal coma y el chef Marone es un cocinero genial. Solo a un quisquilloso no le gustaría lo que prepara.

Sonrió y me mostró toda su belleza. Se me revolvió el estómago de nuevo, con las mariposas a flor de piel.

—Es increíble. Me alegro de que dijera que sí cuando le pedí que trabajara para mí. También era un riesgo, ya que no sabía si el negocio despegaría.

—Y mira ahora. Tu negocio está prosperando.

Algo nostálgico apareció en su rostro al oír mis palabras. La siguiente mirada que me dirigió fue tan íntima que todos los ruidos del exterior se apagaron como si fuéramos las dos únicas

personas del mundo. Entonces se aclaró la garganta y el momento desapareció, dejándome con una nostalgia y un dolor profundo y constante.

—¿Necesitabas algo, Soph?

«A ti».

Conseguí tragarme las palabras antes de que se me escaparan de los labios.

—Nada. Solo quería saber cómo estabas.

—Oh. De acuerdo.

—No me gustaría que te murieras de hambre y enfermaras —bromeé—. ¿Qué va a pasar con mi estancia gratis y mi trabajo si lo haces?

El humor llenaba sus facciones, y Dios mío, cómo me dolía.

—Aún lo tendrías.

—No es lo mismo si tú no estás.

Sus cejas se fruncieron al oír las palabras. Era una locura ver cómo me movía entre la preocupación y las ganas de saltar sobre él. Sospechaba que haber dado rienda suelta a todas mis emociones en aquel auto me liberaba y me hacía ver mejor el mundo. A su vez, me hizo ver mejor a este hombre, y anhelé todo lo que vi de él.

—Claro —reflexionó—. Porque no tendrías un hombro en el que apoyarte.

—Así es.

Era una cobarde.

Salí de la oficina antes de que pudiera decir algo de lo que me arrepintiera, intentando mantener la compostura. Por suerte, Sebastián fue la primera persona que vi, que seguía charlando con Charity. Justo cuando estaba a punto de acercarme a ellos, la puerta giratoria del lateral se abrió.

Rupert estaba allí de nuevo para entregar la mercancía, con el hombro empujando la puerta batiente. Me acerqué para ayudarlo a mantener la puerta abierta y me encontré con sus ojos grises cuando levantó la vista.

—Gracias —dijo. Gruñón, pero al menos ya no me lanzaba esas miradas. Asentí, sin saber qué decir. Así que no dije nada.

Tampoco estaba dispuesto a hablar conmigo. Estaba demasiado ocupado con las cajas que llevaba. Miré hacia el camión, donde sus hombres sacaban más cajas de ingredientes y las llevaban también al interior. Pero mi mirada volvía una y otra vez a Rupert, que insistía en ayudar.

No debería fijarme en él así, pero era difícil no fijarse en Rupert. Me daba cuenta de cómo se le contraían los músculos cada vez que levantaba una caja y de cómo gruñía al bajarla. Era consciente de sus muslos duros cuando era una caja particularmente pesada. Se me aceleraba el pulso cuando levantaba una caja y el dobladillo de su camisa se deslizaba hacia arriba, mostrando unos abdominales duros y relucientes. Otra vez aquel rastro de vello, burlándose de mí. Tentándome.

Fruncí el ceño, no me gustaba lo irresistible que era. Resultaba inquietante que lo encontrara excitante, que mi cuerpo reaccionara a la forma en que se movía y al modo en que tomaba el mando. Por fin terminaron y pude retroceder de nuevo, pero cuando la puerta giratoria se cerró y sus hombres estaban al otro lado, nos quedamos solos en el estrecho pasillo privado que conducía a los almacenes. Esperaba que se marchara rápidamente, pero el motor del camión se había puesto en marcha y él seguía de pie en el interior.

—¿Aún no has terminado?

—He terminado con las entregas —dijo, levantando la mirada—. Pero he venido en otro auto y tengo que hablar con Matthew luego. —Hubo una pausa. Fue silenciosa pero no incómoda—. ¿Cómo va el trabajo?

La sorpresa floreció ante su pregunta.

—Es divertido. El personal es increíble y muy servicial. También es un trabajo decente y puedo practicar mis habilidades sociales.

—¿Habilidades sociales?

—No soy la mejor hablando con gente que no conozco. En mi antiguo trabajo no hablaba más que para decir *sí, señora, y lo hago enseguida*.

¿Fue mi imaginación o sus labios se curvaron?

—¿Secretaria?

—Asistente de dirección. Trabajaba directamente a las órdenes de la directora general.

Levantó una ceja. Se me puso rígida la columna, preparada para un comentario mordaz. Había sido un gran problema que me ascendieran rápidamente, pero eso se debía a que no veían mis noches en vela perfeccionando informes y haciendo todo lo posible por aumentar la calidad de mi trabajo. Solo me veían a mí, una mujer joven y a veces tímida, y no podían comprenderlo.

—Seguro que eras brillante si conseguiste ese puesto a tan temprana edad.

Parpadeé, intentando encontrar el sarcasmo y no lo encontré. Lo miré fijamente.

—Yo... Gracias.

—Hmm.

—No te he visto por el departamento —continuó. Mi deseo de llevar las cosas más lejos era extraño, pero aquel hombre era tan cerrado y misterioso que despertó mi curiosidad.

—Vuelvo tarde a casa y salgo temprano. A veces no duermo allí.

No hacía falta ser un genio para deducir que el hecho de que no durmiera allí significaba que dormía en otro sitio. Que se acostara con una mujer era otra conclusión natural porque, bueno, solo había que mirarlo. Me vino a la mente la imagen de Rupert en la cama, encima de una mujer, su enorme cuerpo engulléndola, su polla enterrada dentro de ella y empujando con desenfreno. Incluso sin conocerlo, sabía que esa intensidad suya se traduciría en que sería una bestia en la cama, alguien con una enorme pulsión animal. La agotaría, seguro, y lo haría una y otra vez hasta que la mujer enloqueciera de placer.

Me mordí la lengua cuando mis bragas se mojaron y me impedí frotar los muslos.

—Oh. Bueno.

No sé cómo conseguí parecer despreocupada. Antes de que pudiera hacer más preguntas y quedar en ridículo, Sebastian se acercó, de buen humor.

—Hola, queridos amigos. ¿Qué tal?

Se interpuso entre nosotros y rodeó a Rupert con un brazo. Rupert se lo quitó de encima y le dirigió una mirada indiferente.

—Oh, nada. Solo viéndote actuar descaradamente y tomar decisiones tontas.

—No hay nada de tonto en mis elecciones —se mofó Sebastian—. Y si te refieres a que encante a los clientes... ya sabes, es importante para el negocio.

—Importante, una mierda.

—¿Sabes? Es bueno que yo sea el gerente y no tú. Imagínate frente a los clientes con ese ceño perpetuo. —Sebastian se estremeció—. Saldrían corriendo y gritando.

—Vete al diablo.

—O llorando. Les llamarías mariquitas por emborracharse tontamente o no beber lo suficiente.

—A la mierda.

—Sí, sí, o los mandarías a la mierda.

Sebastian sonreía mientras Rupert lo miraba y refunfuñaba. Sus bromas eran fascinantes y me di cuenta de que eran buenos amigos. Aun así, tener a dos tipos buenos tan cerca me estaba afectando, así que tomé la decisión consciente de excusarme y volver al trabajo. Rupert se quedó un rato, ayudando también, cuando llegó una avalancha de clientes del viernes. Me mantuve ocupada ayudando y haciendo lo que los camareros no podían. Sentí que me vigilaban y pensé que era alguien del personal que estaba comprobando cómo me iba hasta que levanté la vista y capté la mirada de Rupert.

Mi cuerpo respondió de inmediato, estallando en cosquilleos. Los pezones se me endurecieron bajo la camiseta, y menos mal que esta y el sujetador eran lo bastante gruesos para ocultarlo. Me sentí aliviada cuando la excitación disminuyó y por fin se marchó, dejándome espacio para ordenar mis sentimientos. Sabía que Matthew me atraía desde el principio, pero ¿por qué me excitaba tanto cuando Rupert me miraba? Luego estaba Sebastian, que ni siquiera flirteaba conmigo pero me hacía sentir cosas.

¿Qué me estaba pasando?



—Tómate un descanso, querida —me dijo Darla cuando chocó conmigo—. Y gracias por ocuparte de esa mesa. Ese cliente es bastante duro y estoy segura de que habría recibido una queja si no hubieras estado allí.

—De nada, Darla. —Le sonreí y luego me uní a Sebastian.

—¿Cómo están los pies? —preguntó.

—Bien. Gracias a Dios que no insisten en una política de tacones altos. O tacones en general.

—No estamos locos. —Me lanzó una mirada incrédula—. Sabemos lo brutal que puede ser. No es que lo prohibamos ni nada de eso. Si te van los tacones, adelante.

—No, gracias.

—Vamos. —Me sonrió—. He hecho una mezcla y quiero saber qué te parece.

Nos pusimos detrás de la barra, sin molestar a Ricky. Observé cómo Sebastian removía los ingredientes hasta que el líquido del vaso era anaranjado, y luego tomé un sorbo tentativo. Afloró el placer.

—Esta es buena. Un toque decente con tonos afrutados y florales. ¿Qué es?

—Aún no lo sé. He estado experimentando. Digamos que se me está yendo de las manos a la vez que me hace plantearme sugerir a Matthew y Ricky que lo vendan.

—Hazlo —le insté—. Sabe bien, y eso es suficiente para muchos clientes.

—Lo pensaré. Me alegro de que te guste.

Una clienta pasó y le saludó al salir. Él le devolvió el saludo e imitó su guiño. Me asaltó una chispa de celos, no porque coqueteara con otras mujeres, sino porque no lo hacía conmigo. Al principio, no pensé que fuera intencionado. Pero cuando veías a un tipo tratar a todas las mujeres como si fueran tan especiales, era difícil no preguntarse si había algo inherentemente aborrecible en mí. Tenía suficiente confianza en mí misma como para no ceder a la inseguridad, pero...

—¿Por qué nunca coqueteas conmigo?

Para mi sorpresa, Sebastián se atragantó con la bebida que estaba probando.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Vaciló, dejó el vaso y se quedó pensativo. Por un segundo, algo se oscureció en sus facciones, pero desapareció demasiado rápido y me pregunté si había sido mi imaginación. Sonrió, no con coquetería, sino con su habitual sonrisa amistosa cuando se dirigía a mí, como quien aplaca a un niño. Lo oí.

—¿Honestamente?

—Sí.

—Eres demasiado joven e inocente. Francamente, no creo que puedas soportarlo.

Me había preparado para su respuesta, pero aun así me sorprendió. Y sí, me dolió. Sin embargo, algo dentro de mí se negaba a dejarlo pasar, no cuando ya llevaba bastante tiempo defendiendo mi posición. El desafío surgió en mí, rápido y feroz.

—Pruébame.

—¿Qué?

—Pruébame, Sebastian. Te reto a que intentes ligar conmigo. Y te equivocas.

—¿Me equivoco?

—Te equivocas —confirmé. Luego lo miré audazmente a los ojos—. No soy inocente en absoluto.

## CAPÍTULO 7

### SEBASTIÁN

No podía creer lo que estaba oyendo de ella.

No era la Sophie a la que estaba acostumbrado. Pero tampoco era como si la conociera desde hacía mucho tiempo, y cada nuevo aspecto que aprendía tenía un atractivo que me atraía como un imán. Esto tenía un enorme atractivo, pero ya era un terreno peligroso. Sabía que no debía picar el anzuelo. Intenté no hacerlo.

Pero también tenía mucha curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Sophie estaba ocupada limpiando el mostrador aunque no hubiera ningún derrame y no tuviéramos nuevos clientes aparte de los que Ricky estaba atendiendo. Se encogió de hombros y me miró.

—Oh, ya sabes. Tuve un novio durante más de un año y vivíamos juntos. El sexo siempre será parte de la ecuación. Cuando juntas a dos personas ansiosas, es muy difícil mantenerse inocente.

No dije nada, no sabía qué responder. Ella tampoco parecía esperar que lo hiciera, pues siguió hablando.

—Mi primera vez fue con él y yo era muy inexperta, claro. Pero no tardamos en cogerle el ritmo y, antes de darnos cuenta, practicábamos sexo con regularidad. El sexo es divertido. Además, alivia mucho el estrés y es una buena forma de pasar el rato.

—Sí. Es divertido. —Era más que divertido. El sexo era una delicia, sobre todo si el hombre sabía lo que hacía, y yo siempre sabía lo que hacía. La forma en que hablaba de ello despertaba más mi curiosidad, pero algo me impedía preguntar. Al cabo de un rato, me di cuenta de lo que era.

Sophie estaba nerviosa. Hacía todo lo posible por ocultarlo, pero yo lo notaba bajo sus bravuconadas. Eso me afectó y me pregunté si nunca antes había hablado de sexo con nadie.

—Lo es —murmuró ella, ajena a la agitación de mi mente—. Siempre experimentamos. Yo encontraba lo que más le complacía y viceversa.

De repente, me vino a la cabeza la imagen de ella complaciendo a su amante. Y también las advertencias. Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para reprimir cualquier imagen restante, negándome a entretenerme con ellas.

«Aborta la misión. Huye lejos y nunca mires atrás».

—Sophie...

—¿Qué? ¿No quieres oír más sobre cómo no soy tan inocente?

Mierda. Iba a matarme.

Me aclaré la garganta.

—Lo entiendo. No eres inocente. No hace falta entrar en detalles.

—Solo intentaba decirte que he tenido sexo y he experimentado cosas, lo que significa que puedo manejar lo que me echas. Así que, adelante.

—¿Qué?

—Prueba tu encanto conmigo. Coquetea conmigo. —Sus ojos se volvieron a encontrar con los míos—. Te reto.

Yo vivía de retos. Yo prosperaba con ellos, pero Sophie era diferente. Al mismo tiempo, sabía que su ego saldría herido si rechazaba su desafío. No podía hacer eso, no cuando su ex ya se lo había hecho pasar mal. El angustioso dilema rebotó como una pelota de ping-pong en mi cabeza antes de que lo dejara de lado y decidiera lanzarme. Tratando de parecer despreocupado, le sonreí.

—Tú te lo buscaste. Recuérdalo.

Me devolvió la sonrisa con ojos brillantes y seguros. Miré a mi alrededor, comprobando que todo

el mundo estuviera servido y que no hubiera nuevos clientes. Luego me volví hacia ella. Me di cuenta de que esperaba que empezara de inmediato. En lugar de eso, le toqué un mechón de pelo que le caía de la trenza y se lo recogí. Cuando retiré el pulgar, su atención se centró en ella.

—¿Siempre has tenido el pelo tan rubio?

—Sí. ¿Por qué? —La confusión brilló en su rostro.

Volví al vaso que había dejado y se lo ofrecí. Ella bebió un sorbo de lo que quedaba.

—Queda muy bien así. No me había dado cuenta de lo bien que resaltan tus ojos. Podría perderme en esos ojos, cariño.

Sus ojos se abrieron de par en par, ya fuera por el cumplido o por el apodo que le puse. Pero se recuperó rápidamente, sin dejar escapar ni una sonrisa.

—Gracias, pero no suena muy divertido.

—¿Perderme en tus ojos? ¿Me tomas el pelo? —Me incliné hacia ella. Fue un movimiento sutil para acorralarla y, al mismo tiempo, ocultar nuestra interacción a los observadores externos. La burbuja de espacio zumbaba a nuestro alrededor mientras yo suspiraba—. Es el mejor pasatiempo del mundo.

—¿Estás seguro? ¿No hay otra afición que te guste más? —reflexionó.

Preferiría hacerlo con ella, pero era una afirmación que era mejor no decir en voz alta. También era chocante porque me había comportado muy bien con ella y esos pensamientos ni siquiera deberían cruzárseme por la cabeza.

—Oh, tengo muchas aficiones interesantes. Pero, ¿tus ojos que parecen el océano? ¿La profundidad que tienen y lo bonitos que son? —Le guiñé un ojo—. Los supera a todos, cariño.

Esperé que se sonrojara o sonriera tímidamente, pero no fue así. Sophie enarcó una ceja.

—¿Sí?

—Completamente. Lo mejor, después de verte sonreír.

Eso acabó por arrancarle una sonrisa mientras ladeaba la cabeza.

—¿Ah, sí? Qué dulce. Es tan dulce, de hecho, que me lo podría tragar todo.

Parpadeé, sorprendido. Luego noté su picardía y me di cuenta de que estaba cambiando las tornas y flirteando conmigo. Era una nueva faceta de ella que no esperaba, y me encontré respondiendo con gusto.

—Con la forma en que bebiste mi líquido, no me sorprendería.

—Oye, lo sorbí con delicadeza. Así soy yo. Me tomo mi tiempo. Saboreo la dulzura. —Levantó la vista, con una sonrisa tímida—. Tú eres dulce. No me importaría saborearte.

Volví a parpadear, encantado, realmente encantado, de cómo lo hacía sonar tan ligero y juguetón.

—Mierda, Sophie. Eres buena en esto.

Se iluminó como si le hubiera hecho el mayor de los cumplidos. Luego sonrió.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. —Asentí con la cabeza—. Acabas de envolverme alrededor de tu dedo como una profesional.

—Gracias. No he tenido práctica.

—¿Y tu ex?

Su sonrisa vaciló.

—En realidad ya no lo hacíamos. Al principio sí, pero esa fase terminó.

—Ligar es para todos, incluso para los que tienen pareja. Es un lenguaje universal de cariño y halago hacia otra persona.

—¿O meterse en los pantalones de una persona? —bromeó.

—Yo coqueteo con todo el mundo, pero no *quiero meterme* en los pantalones de todos —le respondí—. Solo quiero hacer que la gente se sienta especial.

—¿De verdad? ¿No es nada sexual?

—Soy un hombre de naturaleza sexual, cariño. —Sonreí con satisfacción—. El sexo siempre estará presente si ambos somos solteros y nos atraemos.

—¿Ah, sí? ¿Cuál fue tu última aventura sexual?

—Con una mujer que conocí tomando unas copas.

—¿Aquí?

—Aquí —confirmé—. Un poco de coqueteo, un gran contacto visual, y ambos sabíamos cómo iba a terminar la noche.

—¿Cómo terminó?

El tintineo de las copas se hizo prominente en algún lugar del fondo. Dudé, preguntándome si estaría preparada para oírlo. Luego deseché esa duda.

—Con ella inclinada sobre este mostrador cuando el lugar estaba cerrado y no había nadie alrededor. Me caló hondo y tuve que decirle que se callara para que no nos pillaran.

Sus pupilas se dilataron, mi único foco de atención ahora que no podía apartar la mirada de ella. Una mano se enroscó inconscientemente alrededor de mi camisa, como si no supiera qué hacer con ella, pero entonces despabiló y la soltó.

—Haces que suene emocionante. Apuesto a que lo es.

¿Era yo o sonaba melancólica?

—¿Qué? ¿Tener sexo en un restaurante?

—No. Tener sexo agachado. Suena muy... crudo. Primitivo.

Todo mi cuerpo se paralizó ante sus palabras.

—¿Me estás diciendo que tú y tu ex nunca...?

Sophie negó con la cabeza.

—Lo hicimos en la cama. Al estilo misionero. Probamos otras posturas, pero él nunca daba en el clavo si no era en el misionero, así que nos ceñimos a él.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—Entonces no sabía lo que hacía —le dije. Cuando bajó la mirada, le toqué la barbilla con el pulgar y volví a subírsela.

—No lo sé —reflexionó, dubitativa—. Fue lo suficientemente placentero para mí. ¿Qué más hay que hacer?

¡Ah, si ella supiera! Saldría corriendo gritando o se excitaría tanto que me lo suplicaría. Antes de que me diera cuenta, había vuelto a ese pensamiento persistente de ser yo quien le enseñara cosas, de hacer que pasara de no ser tan inocente a ser tan obscena que no volverían a pillarla haciéndolo normalmente. Esa idea se apoderó de mi cuerpo con tanta fuerza que corrí el riesgo de sacarla a rastras de aquel espacio público y llevarla a un lugar tan privado que nadie la oyera gritar de placer.

Y no podía permitirlo. No podía mancillarla así, no cuando confiaba en mí lo suficiente como para compartir sus pensamientos más íntimos.

Con cuidado, retiré el pulgar de su barbilla y di un paso atrás, rompiendo la burbuja de intimidad que teníamos. Parecía desconcertada, pero lo único que hice fue dedicarle una sonrisa tranquilizadora y guiñarle un ojo.

—Hay mucho que hacer, pero ese es otro tema para la próxima vez. Ahora, ve a ver si la cocina necesita ayuda. Volveré pronto.

\*\*\*

Fue una mala idea hablar con ella de eso, y ahora estaba sufriendo las consecuencias. Me quedé mirando el bulto de mis pantalones, que tanto me apretaba. Al menos estaba en un baño privado reservado para cuando estábamos llenos, donde nadie podía presenciar mi caída. Pero, ¿cuánto duraría esta maldita erección si no hacía nada al respecto?

Intenté disuadirme, de verdad. Pero en cuanto mi mano envolvió mi polla, se acabó el juego y perdí el control. Siseé al primer contacto y luego solté un gemido de alivio cuando empecé a acariciarme. No solía masturbarme a menos que estuviera en la cama, excitadísimo después de un largo día, pero estar cerca de Sophie era como encender el interruptor de la excitación al máximo. No ayudaba que nuestra conversación anterior me hiciera pensar en todas las cosas que podría hacerle. En todas las cosas que podría enseñarle.



—Quítatela de la cabeza, joder —refunfuñé para mis adentros, a pesar de que mi polla se lo estaba pasando bomba.

Intenté desconectar mi mente, pero las imágenes aparecían sin control. Desvié mis pensamientos hacia mis encuentros sexuales pasados, recordando todas las posturas y lugares en los que había follado a mujeres y lo bien que se habían sentido cada vez. Imaginé a una mujer sin rostro arrodillándose para recibir mi polla y abriéndose más mientras le follaba la boca. La imaginé haciendo todo tipo de ruidos placenteros mientras yo penetraba su húmeda caverna, disfrutando tanto como yo. Pero la imagen no se me quedó grabada y pronto se transformó hasta que la mujer sin rostro dejó de serlo. En su lugar había un rostro joven y hermoso, sus ojos azules y verdes me miraban mientras sus labios succionaban mi erección.

—Mierda. A la mierda.

Agarré el lavabo que tenía delante y me miré en el espejo. Tenía la camisa subida y los pantalones desabrochados, mostrando mi vientre hinchado y el pene que sobresalía y se asomaba de vez en cuando entre mis dedos. Me sentí lascivo y a la vez tan bien, y pronto la imagen de Sophie chupándomela se convirtió en la de ella inclinada sobre el mostrador del baño mientras yo le levantaba la falda y me colocaba detrás de ella. Me la follaría bien y a ella le encantaría cada segundo. Incluso me la imaginé desde el principio de la fantasía, cuando entraba, con los ojos muy abiertos y la boca abierta...

—¿Sebastian?

Tardé un segundo o dos en comprender que mi imaginación estaba dando paso a la realidad y que la Sophie que estaba junto a la puerta era *real*. Eso debería haber bastado para detenerme, pero su visión fue un detonante que me hizo apretarme con más fuerza. Apreté hasta que tuve que contener un gemido y luego me agarré al mostrador con tanta fuerza que temí que se viniera abajo por la fuerza.

—Vete —le dije, y luego suavicé la voz—. Por favor. No quieres ver esto, cariño.

Emitió un sonido. Cerré los ojos, dispuesto a no imaginar que era un sonido de placer.

—¿Se te puso dura con nuestra conversación? ¿O fue otra cosa?

Mis ojos se abrieron de golpe y volaron hacia ella ante su pregunta. La incredulidad se apoderó de mí cuando vi que la puerta volvía a estar cerrada... excepto que ella estaba dentro, tan

insegura como fascinada mientras me miraba. No mi cara, sino la mano en mi polla. Una vez más, me obligué a parar, pero era casi imposible.

—Fue una combinación de cosas —logré decir—. Sophie, el personal también usa este baño, así que te sugiero que te vayas o...

El clic de la cerradura me impidió decir el resto. Busqué en su rostro y noté su determinación.

—Quiero ver —susurró—. Solo quiero ver.

—Estás loca.

—Tengo curiosidad.

—Mierda. —Esto era una tortura. También era una fantasía hecha realidad, solo que no de la forma en que me la había imaginado. Un caballero se habría detenido, pero yo nunca he pretendido serlo. Decidido, aminoré la marcha, alejándome del pico hasta un lugar donde aún pudiera tener tiempo para saborearlo. Era un movimiento lascivo, pero no podía evitarlo cuando se trataba de ella.

—Está muy dura.

—¿Tú crees? —La risa se me atragantó en la garganta.

—Y grande. Eres enorme, Sebastian.

Era una observación más que nada, pero me lo tomé como un cumplido.

—No he tenido ninguna queja.

El silencio llenaba la habitación, y los únicos sonidos presentes eran el slap-slap-slap de mis dedos y mi respiración agitada. Al cabo de un rato, capté también su respiración.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Adivina.

—Alguien inclinada sobre el mostrador.

—¿Qué más?

—Follando con alguien. —adivinó—. ¿Charity, tal vez?

—Tienes que buscar un poco más cerca que Charity.

Se detuvo y agarró el pomo de la puerta, pero seguía cerrada. Me miró fijamente, sin comprender, y aun así no se fue.

—¿Por el flirteo?

—Parcialmente.

—Entonces...

—Deja de hacer preguntas, Sophie, a menos que quieras saber las respuestas.

Abrió la boca y la cerró. Me preparé para su interrogatorio, pero en su lugar salió otra cosa.

—Te excitaste antes y pensaste en follarme.

No era una pregunta. Esta vez era una afirmación.

—Sí —admití.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Doblada sobre este mostrador. En el almacén, el más cercano al mostrador del bar donde estábamos flirteando. —Hice una pausa, apretando especialmente fuerte y conteniendo un gemido ante el líquido preseminal que goteaba de la punta—. En la cocina, donde te conocí. Agachada, también, o simplemente tumbada sobre la encimera de la isla y deleitándome con tu cuerpo.

La última imagen la hizo jadear. A mí también me torturó hasta que era en lo único que podía pensar, sobre todo en mi cabeza entre sus piernas mientras ella tiraba agresivamente de mi pelo. Mis pelotas se tensaron. También mi estómago, y sabía lo que venía a continuación.

—Oh...

—Míralo, Sophie —la interrumpí, la orden chasqueando en mi tono como si alguien se hubiera apoderado de mí. Mi puño se movió más rápido, su ritmo se volvió descuidado y agresivo—. Estoy cerca. ¿En qué estás pensando?

—Sebastian...

—Míralo y sé honesta conmigo...

—Estoy pensando en tocarlo. Quiero saber cómo la siento de dura.

Fue la gota que colmó el vaso y me lanzó directamente a un orgasmo cegador que me consumió por completo. Vi las estrellas y sentí el paraíso, una combinación salvaje que me hizo bombear la polla repetidamente. Cuando volví en mí, me quedé mirando el semen que había derramado por toda la encimera, con algunas gotas pegadas al estómago. Era un desastre.

Pero el mayor desastre fue que ella se quedara allí para presenciarlo todo, cambiando paea siempre nuestra amistad.

## CAPÍTULO 8

### SOPHIE

Todavía estaba aturdida cuando salí del restaurante y fiché sin acordarme de que ya había fichado. Nadie podía culparme, no cuando lo único en lo que podía pensar era en la escena que había visto antes, más visceral y cruda que cualquier otra cosa que hubiera visto en mi vida. Ver a Sebastian sintonizar con sus instintos primarios y masturbarse fue el espectáculo más excitante de la historia, y solo una persona increíblemente fuerte podría olvidarlo.

Yo no era tan fuerte. Tampoco era una hipócrita, no cuando sabía que él me atraía y que nuestro flirteo anterior también me había excitado. Descubrir que a él le había pasado lo mismo fue un impulso a mi ego, y me dejó flotando en las nubes mientras lo repetía en mi cabeza.

—Pero no dejó que te quedaras —me recordé—. Limpió, te sacó de allí y fingió que todo iba normal durante el resto de la noche.

Su polla aún estaba semidura cuando se la guardó, y sabía que no tardaría mucho en volver a ponerse dura. Aún podía imaginar su forma en mi mente, su suavidad y las venas que sobresalían cuando estaba a punto de alcanzar el clímax. Pero verlo llegar al clímax era lo mejor, y no podía dejar de pensar en los gemidos de Sebastian mientras eyaculaba. Si se hubiera girado y me hubiera tendido la mano, lo habría entendido y no me habría resistido.

Pero no lo hizo.

¿No me tocaba porque intentaba ser respetuoso o porque realmente no me quería y yo solo era la mujer más conveniente para conjurar una fantasía? No saberlo era frustrante, y pronto se me pasó el subidón y me sentí muy confusa. ¿Y si...?

—Hola, cariño.

El apodo era el mismo, pero no tardé en deducir que no era Sebastian. Tampoco tardé en darme cuenta de que me había desviado en mi estado de distracción y ya no era muy visible para la multitud. Había dos hombres delante de mí, con chaquetas de cuero y tatuajes a juego de una cabeza de lobo. Técnicamente, aún podía gritar, pero...

—Hola. ¿Puedo ayudarlos? —pregunté, optando por una táctica más amistosa. Fue un movimiento equivocado, ya que el mayor de los hombres sonrió, mostrando una hilera de dientes amarillentos con uno de oro en el centro.

—Eres la camarera de ese restaurante, ¿no?

Me relajé un poco, suponiendo que eran clientes si sabían quién era yo. Nunca los había visto, pero aún era nuevo en el trabajo.

—Así es. ¿Están buscando trabajo?

Se rieron como si hubiera dicho la cosa más graciosa. El más joven se adelantó, mostrando un pendiente de oro en el lóbulo de la oreja. Tenía un aspecto menos rudo que el otro, con el pelo peinado hacia atrás y todo eso, pero, de algún modo, se me erizaron las tripas.

—Eres muy amable, pero no. Queremos que vengas con nosotros, cariño.

Contuve un escalofrío. Levanté la barbilla, los miré a los ojos y negué con la cabeza.

—No, gracias. Me tengo que ir.

Antes de que pudiera continuar, una mano me rodeó la muñeca, rápida como un rayo y con fuerza. El dolor palpitó en esa zona cuando me arrastró hacia él, y pronto el otro hombre se unió también. El pánico se apoderó de mí al darme cuenta de que lo había calculado todo mal. Abrí la boca para gritar, pero una sombra voló hacia los hombres y se precipitó sobre ellos hasta que me soltaron.

Empujé hacia atrás para distanciarnos aún más, y mi mirada contempló atónita la pelea que se desarrollaba frente a mí. Pero lo más chocante fue que reconocí al hombre que los golpeaba contra el suelo.

—Rupert —susurré, luego encontré mi voz y lo llamé—. ¡Rupert!

Era como si estuviera ciego y sordo al mundo que lo rodeaba, solo concentrado en los dos hombres a los que sujetaba con facilidad incluso mientras se agitaban con fuerza. No dejó de golpearlos hasta que la sangre brotó de sus fosas nasales y labios. Me di cuenta de que ya no podía gritar, no cuando él sería la primera persona arrestada por esto.

—Rupert —intenté de nuevo, más bajo ahora. Esta vez levantó la vista y se apartó de ellos. La

violencia latía en cada fibra de su ser mientras se acercaba a mí, pero su voz era sorprendentemente suave cuando por fin habló.

—¿Te han hecho daño?

Temblorosa, giré la muñeca y negué con la cabeza.

—No. Pero ellos sabían quién era.

—¿Qué? —Los ojos grises se encendieron.

—Sabían que trabajaba en el restaurante. Así fue como se acercaron a mí.

Se tensó mucho al oír eso. Sus siguientes palabras fueron al límite.

—Hmm. Vamos.

Miré a los hombres que se agarraban el estómago, todavía muy vivos.

Entonces lo seguí lejos de allí.

\*\*\*

Que Rupert condujera una moto era muy propio de su personaje de chico malo, pero que yo fuera detrás de él, con nuestros cuerpos apretados y el viento azotando mi ropa, era algo que jamás habría imaginado. Me aferraba a él cuando tomaba curvas bruscas y de nuevo cuando salíamos del tráfico enrevesado y aumentaba la velocidad. Los campos salpicaban a ambos lados mientras él pasaba borrosamente junto a ellos, y luego bosques con frondosos árboles que daban aires de ciudad. Sabía que seguíamos en la ciudad, pero no era una zona con la que estuviera familiarizada.

Aunque los hombres ya habían desaparecido, la energía oscura que rodeaba a Rupert no. Podía sentirla en mis huesos, conectada a ella a través de nuestro contacto físico. Era tan fuerte como cuando golpeó a esos hombres, perdido en su intención de hacerles daño. Pero más allá de eso había un reconocimiento, como si supiera que se lo merecían y que la violencia era personal.

—¡Rupert! —Mi voz era débil sobre el viento, pero su cabeza se inclinó ligeramente.

—¿Qué?

—¿Quiénes eran?

Silencio.

—¡Rupert!

Era como hablar con una roca. No se movía. Ni siquiera me dirigió una mirada mientras seguía avanzando a una velocidad que me secaba la garganta. Solo cuando llegamos a una zona boscosa muy espesa aminoró la marcha, se detuvo y se apeó de la moto. Me apresuré a bajar y corrí tras él, observando cómo se paseaba por un claro.

Había una tormenta gestándose en su interior que yo no conocía. Vibraba en el aire, a punto de consumirlo. Dudé, pero la curiosidad y la preocupación se apoderaron de mí.

—¿Rupert?

Como si mi voz fuera un detonador, se dio la vuelta y cargó contra mí. Di un paso atrás y me golpeé contra el tronco de un árbol cuando se acercó a mi cara.

—¿En qué estabas pensando, caminando sola en una zona oscura como esa?

—Yo... —La cara de Sebastian apareció en mi mente, luego desapareció—. No estaba pensando. Estaba distraída.

Mi admisión no ayudó. Frunció el ceño. Justo cuando creía que la reprimenda había terminado, volvió a la carga contra mí con gran intensidad.

—Y mira a dónde te llevó eso. ¿Y si yo no hubiera estado cerca y no te hubiera visto ir allí? ¿Y si no hubiera visto a esos hombres siguiéndote? ¿Te has parado a pensar que tus acciones están causando molestias o de verdad eres así de necia?

La irritación se disparó. Antes de darme cuenta, las emociones que había estado conteniendo se desbordaron y me aparté del árbol.

—Deja de insultarme. Deja de actuar como si fuera una mocosa estúpida cuando eso es lo último que soy, y no me he metido a la fuerza en tu vida. Vivo en tu departamento porque necesitaba un hogar, no por un plan deliberado para incomodarte. Si estoy haciendo eso, entonces lo siento. Lo siento mucho.



—Eso no es...

—Cállate. Cállate.

—Lo único que digo es que podría haber salido de otra manera y parece que no te das cuenta — espetó.

—Ya lo sé. ¿Crees que no lo sé?

—Y me importa. A todos nos importa. ¿Crees que quiero que salgas herida? ¿O muerta?

—¡No te importaría si me muriera! ¡No te importo en absoluto!

—¡Claro que no! Eso es una maldita mentira.

Estaba tan cerca, respirando caliente y fuerte en mi cara. Apreté la mano, luchando contra el impulso de empujarlo. La violencia nunca era la respuesta, pero por Dios, me sentía violenta. Enfadada. Excitada. La última idea me golpeó con fuerza y me di cuenta de que aún no había superado la sensación de ver a un hombre mayor y guapo excitándose al pensar en mí. Ahora, aquí estaba otro hombre mayor y guapo, que parecía tan enfadado que iba a tirarme por encima del hombro en cualquier momento. Por supuesto, el miedo a lo que aquellos hombres podrían haberme hecho seguía ahí, pero el deseo lo dominaba.

Me humedecí ante su admisión y lo que implicaba. Vi cómo se oscurecía más allá de su ira, reflejando la mía. Sin darme cuenta, di un paso adelante y acorté la distancia que nos separaba. Sus ojos se abrieron un poco ante mi imprevisible movimiento y se puso rígido. Pero mi boca ya estaba allí, acercándose a la suya.

Lo volqué todo en aquel beso y me sentí consternada cuando no obtuvo respuesta y permaneció tan rígido como siempre.

—Joder, Sophie.

Su boca se abrió. Se acercó y se inclinó contra la mía, empujándome a abrir los labios para que su lengua pudiera penetrar y tomar. Hice un sonido con la garganta cuando me rodeó con un brazo y me devolvió el beso con un fervor que rozaba la desesperación, pero con una habilidad que me aseguró que yo también llegaría al borde del abismo, sin quedarme atrás. El hambre zumbaba a nuestro alrededor mientras él me empujaba contra el tronco del árbol y me levantaba de un tirón hasta que mis pies colgaban en el aire. Luego me apretó la falda con los puños y se

estrechó contra mí, y me sentí en el cielo cuando sentí su polla caliente y dura, incluso a través de las capas de ropa que nos separaban.

En ese momento estaba perdida de placer, pero Rupert seguía trayéndome de vuelta con cada nuevo beso que iniciaba. Besaba como el hombre que era, competente, agresivo y duro. Salvaje, incapaz de predecir su próximo movimiento. Por eso me quedé boquiabierta cuando su mano me tocó el pecho y se quedó ahí mientras nos mecíamos el uno contra el otro. Cuando por fin movió el pulgar, presionando el pezón endurecido que se veía a través del vestido, grité y arqueé la espalda, deseando más. Necesitaba más. Quería que me quitara completamente el vestido para que tocara mi piel sin barreras entre nosotros. Quería que se quitara la ropa para poder tocarlo con la misma libertad y memorizar cada centímetro de músculo y dureza. En lugar de eso, estaba atrapada, retorciéndome contra el pulgar que jugaba con mi pezón, enloquecida por cada caricia que me daba.

Pero yo tampoco me quedé quieta, enredaba mi lengua en la suya y chupaba cuando se presentaba la oportunidad. Eso lo hizo gemir hasta que mi palma se deslizó entre nosotros y rozó el bulto de sus pantalones. Se quedó inmóvil. Siseó y luego gruñó en señal de advertencia. Cuando apreté, el gruñido se hizo aún más pronunciado, golpeándome profundamente hasta que me estremecí.

Un segundo después, ya no nos besábamos y yo ya no estaba pegada al árbol. Estaba al otro lado del claro, con el ceño fruncido y la frustración reflejada en el rostro. Aturdida, luché con mi voz, todavía tan excitada.

—Esto es un error.

Aquellas palabras me sacaron rápidamente de mi aturdimiento. Me quedé boquiabierta y por fin me di cuenta de que su cuerpo volvía a estar rígido y de que se negaba a mirarme.

—¿Qué?

—Vamos. Se está haciendo tarde y necesito llevarte a otro sitio. A un lugar seguro.

Su voz no dejaba lugar a preguntas, ni siquiera a una protesta. Se había vuelto a cerrar como si no acabara de embelesarme y estuviera a punto de perder la compostura.

—Rupert...

—Fue un error, Sophie. Me dejé llevar. Y tú también. Olvidémoslo.

El dolor me atravesó. Me mortificaba saber que había interpretado todo mal y que su cariño por mí era el de un amigo y que la adrenalina había sido un factor importante para que me devolviera el beso de aquella manera. Me tragué la necesidad de discutir y me aferré a mi orgullo. Era lo único que me quedaba y que me condenaran si también renunciaba a eso.

Si no me quería, prefería morir antes que hacerle saber lo que sentía de verdad.

—Bien. Llévame a casa, entonces.

\*\*\*

No me llevó a casa. Al menos, esa fue mi deducción cuando la moto siguió acelerando fuera del centro de la ciudad y hacia una zona más natural que me hizo desear que hubiera una casa de campo donde pudiéramos descansar y recuperar fuerzas. Las ilusiones se acabaron cuando llegamos a una zona remota y empezó a bajar por un camino de tierra que ni siquiera era visible desde donde yo miraba. Pero Rupert parecía conocerlo. La confusión se desató cuando vi un gran edificio tipo almacén justo detrás de unas enormes rocas, oculto a los transeúntes. Cuando aparcó la moto y me hizo bajar, me quedé aún más perpleja.

—¿Dónde estamos?

—Cuartel general de los Cazadores.

—¿El qué?

—Los Cazadores —repitió, señalando el edificio al que se dirigía. No tuve más remedio que seguirle—. Es el nombre de nuestro club de moteros.

Me quedé con la boca abierta, pero lo pensé mejor y decidí que no me sorprendía. Por supuesto, el malo sería miembro de un club de moteros. Eso explicaba muchas cosas sobre aquellos dos hombres y su reacción ante ellos.

—Esos tipos... ¿Eran tus rivales, entonces?

—Más o menos. Es complicado. Pero creo que es hora de que lo averigües.

—¿Averiguar qué?

—Por qué me opongo a que te quedes con nosotros. Por qué Sebastian siempre está pendiente de ti.

Me estremecí ante el nuevo dato. Esperaba a Rupert, claro, ¿pero que Sebastian formara parte de una banda de moteros?

Miré a mi alrededor, observando el espacioso interior y cómo no estaba tan mal como esperaba. Las lámparas iluminaban el pasillo, y en el interior había puertas que salpicaban la parte trasera y una plataforma elevada donde supuse que se reunían para discutir. Estaba todo muy organizado para algo que se suponía salvaje y alborotado, y me sorprendió ver no solo hombres, sino también algunas mujeres y niños paseando. Algunos me miraron con curiosidad, pero estaban lo bastante lejos como para no dirigirme la palabra. El aura de Rupert debía tener mucho que ver con eso, ya que marchaba como un hombre en una misión hacia un destino que yo aún desconocía.

—¿Qué más debo saber? —pregunté, sintiendo que me seguían ocultando cosas.

—Solo una cosa más. Es hora de que conozcas a nuestro líder.

Eso me dejó perpleja, sin saber por qué tenía que reunirme con el líder de una banda de la que ni siquiera formaba parte. Pero entonces doblamos una esquina y apareció una figura familiar. Rupert le hizo un gesto.

—Sophie, este es nuestro líder. Lo siento, amigo. Nos metimos en problemas y tuve que traerla aquí. También tuve que decírselo.

El shock me sacudió cuando miré fijamente a Matthew, que me devolvió la mirada.

## CAPÍTULO 9

MATTHEW

Me invadía la furia, no sabía si por lo que le había pasado a Sophie o por qué Rupert la había llevado allí. No pensaba hablarle de los Cazadores, al menos no todavía. No cuando ya tenía muchas cosas en la cabeza. Al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en cazar a esos hombres y hacerles cosas aún peores, no satisfecho con que Rupert los dejara ir así como así.

—Tuve que traerla aquí —dijo Rupert, ya consciente de dónde tenía la cabeza—. Y no podía quedarme allí con ellos mientras *ella* estuviera allí. Tenía que alejarla de esa violencia tan rápido como pudiera. El departamento tampoco era una buena opción, porque no sabía si tenían refuerzos vigilando que nos pudieran haber seguido.

Todo lo que decía tenía sentido, y tuve que respirar hondo para calmarme.

—Hiciste lo correcto —espeté—. La próxima vez...

Ni siquiera pude terminar antes de que Rupert estuviera frente a mí, con su ira tan palpable como la mía. Habló en tono de advertencia.

—No debería haber una próxima vez, lo que pone sobre la mesa lo que ya te dije antes. No debería vivir con nosotros. Ni siquiera debería estar trabajando con nosotros o cerca de nosotros, no cuando estamos bajo una amenaza como esta y lo más probable es que ella vaya a ser el próximo objetivo. —Un siseo salió de él—. Sabían que trabajaba en tu restaurante. Probablemente la vieron fichar antes de seguirla.

Ojalá pudiera ponerle las manos encima a esa gente y hacerles daño por aterrorizarla de esa manera. Mis manos se crisparon.

—Tienes razón. Debería haber pensado en eso cuando la invité a quedarse en nuestro departamento.

—Sí.

Lo miré a continuación, encontrándome con su mirada.

—Pero no puedo alejarla ahora. No cuando ha sido atacada así y no hay garantías para su seguridad si se va.

—Ella es una distracción, Matt. Ya lo sabes. —A Rupert no le gustó mi respuesta.

—Ella se queda. Como mi amiga y como alguien a quien necesito proteger de todo esto.

Nos invadió el silencio, pero no eliminó del todo la tensión que flotaba en el aire. Me preparé para una discusión, tal vez incluso una pelea, teniendo en cuenta lo tenso que estaba el hombre. Al final, me fulminó con la mirada y suspiró.

—Es tu funeral.

El insulto no contenía veneno, y supe que la verdadera razón por la que quería que Sophie se fuera era que ella también empezaba a importarle. El hombre podía ser duro en apariencia y una amenaza para sus compañeros cuando estaba de un humor atronador, pero también era el primero en luchar por lo que era justo y proteger a los que necesitaban protección. Sabía sin lugar a dudas que, con mi decisión, él también haría todo lo posible por cuidar de ella.

Cuando se hubo ido, volví al lugar donde había dejado a Sophie con Marianne, una de nuestras compañeras de más edad y la madre no oficial del grupo. Sophie ya no estaba tensa, y sabía que Marianne tenía mucho que ver en ello.

—Ahora, tienes que mantener esta receta en secreto y no tirarla. Cuando tengas la oportunidad, cocínala y pruébala. Quiero que me des tu opinión porque no hay alma viviente que haya dicho que no funcionó. ¿Me oyes?

Eso arrancó una sonrisa de los labios de Sophie.

—Sí, te entiendo. No soy la mejor cocinera, pero lo intentaré. Gracias, Marianne.

—Cuando quieras, querida. Ahora intercambiamos nuestros números para que pueda seguir sabiendo de ti aunque ya no nos visites.

Esperé a que terminaran de hablar antes de aparecer. Sophie levantó la vista y su sonrisa cambió al verme. Se volvió menos relajada y más vacilante, pero también... esperanzada.

—¿Es la famosa sopa de pollo de Marianne?

—Supuestamente —dijo cuando Marianne se fue para darnos intimidad—. Por lo que deduzco, está garantizado que cura mi alma y rejuvenece mis sentidos.

—Te sorprendería saber que no exagera, pero dejaré que lo descubras por ti misma.

La estudié, recorriendo su cuerpo con la mirada e intentando detectar el menor moratón. Ella se dio cuenta y sacudió la cabeza.

—Estoy bien. De verdad. Sin heridas. Ni siquiera un rasguño. Rupert se aseguró de eso.

—Eso está bien.

La mirada esperanzada se mantuvo y me di cuenta de que, a pesar de lo que había averiguado sobre mí, seguía confiando en mí. Aquello me estremeció. Como no quería alarmarla, mantuve la calma, me acerqué y le ofrecí la mano. Ella la cogió sin vacilar.

—¿Vas a presentarme al resto de tu pandilla?

Mis labios se torcieron, pero negué con la cabeza.

—No. Te llevo a casa.

\*\*\*

Fue un largo viaje en auto acompañado de silencio y de Sophie dándole vueltas a sus pensamientos una y otra vez, así que la dejé estar. Cuando llegamos al departamento, ni Sebastian ni Rupert estaban allí, y supuse que Rupert aún no se lo había dicho a Sebastian si este no irrumpía para alborotarla.

—Descansa un poco —le dije—. Responderé a tus preguntas mañana.

Me dirigí a mi habitación y me senté en el borde de la cama, sintiéndome más cansado que antes. Suspiré, deseando que las cosas se resolvieran fácilmente, pero nada era fácil cuando se trataba de asuntos delicados como este. Debería haberle pedido a Rupert que describiera a aquellos hombres y haberle dado el mando a Jansen, pero mi energía estaba demasiado baja y no podía reunir más para buscar mi teléfono y hablar con ellos.

—Parece que necesitas un masaje.

Levanté la vista y encontré a Sophie junto a la puerta abierta, ya vestida con una camiseta medio suelta y unos pantalones cortos de algodón. La preocupación fruncía sus cejas, pero la ignoré.

—No pasa nada. Estoy bien.

—Entonces, ¿no necesitas un masaje?

—Lo necesito. Pero creo que tú también lo necesitas y no sería justo.

Sus dedos se clavaron profundamente en mis hombros, conectando con músculos que ni siquiera sabía que se sentirían tan bien cuando se apretaban. Reprimí un gemido y le lancé una mirada de advertencia.

—Sophie...

—No discutas. Estoy ofreciendo un servicio. Y soy buena para los masajes.

Me resistía a dejarla, pero no bromeaba sobre sus habilidades cuando continuó masajeándome como una profesional. La tensión desapareció de mis hombros y las buenas sensaciones continuaron hasta que me relajé bajo sus caricias. Sin embargo, una parte de mí era consciente de que era Sophie la que me estaba tocando, que estaba tan cerca y que no me costaría mucho acortar la distancia que nos separaba.

Me obligué a salir de ese pensamiento y, en su lugar, reflexioné sobre la situación. Hice planes y los descarté en mi cabeza, luego volví a ser consciente de ella cuando apretó más fuerte una vez antes de soltarme los hombros.

—Gracias, Sophie.

—De nada, Matthew.

Esperé a que me diera las buenas noches y se marchara, pero se sentó en la cama. Reprimí el impulso de acercarme a ella, al ver su expresión pensativa. Presintiendo lo que estaba a punto de preguntar, me adelanté.

—Los hombres que te atacaron son parte de una banda rival llamada los Guerreros Lobo.



Sus ojos azules y verdes se encontraron con los míos y asintió.

—Rupert me habló de ellos. Aunque no el nombre de su banda.

—¿Te dijo que él y Sebastian son la razón del comienzo de la rivalidad?

—No. —Eso la pilló desprevenida.

Debatí entre contárselo o no, pero luego supuse que el hecho de que se hubiera metido en líos con ellos significaba que tenía derecho a saber dónde había empezado todo.

—Había una mujer. Era joven y guapa, y Sebastian la conoció durante su fase de juerga. Congeniaron y empezaron a salir, y la cosa se puso lo bastante seria como para que él se planteara irse de aquí y vivir con ella. Estaba de subidón, siempre contento cuando la veía, y me dijo que probablemente ella era la elegida.

Noté que fruncía el ceño. Quizá intuía lo que iba a pasar, pero aun así preguntó.

—¿Qué pasó?

—Resultó que ella también salía con Rupert, que era más reservado a la hora de salir con alguien. No hizo clic hasta que lo hizo, y ambos finalmente se dieron cuenta de que ella estaba jugados con ambos. Y... la cosa se pone peor.

—¿La mujer era de los Guerreros Lobo?

—Sí. Y era la amante de otro miembro. Hizo las cosas más complicadas y hostiles entre nuestros dos grupos, y ahora su banda sigue causando problemas en un acto de venganza. Hemos tenido incidentes con huevos, incidentes con neumáticos pinchados...

—¡Las ratas! —Jadeó.

—Las ratas —confirmé.

—¿Pero por qué harían eso? No es como si Sebastian y Rupert lo supieran. —Sus ojos se abrieron de par en par—. Ella les dijo que fueron los dos hombres quienes jugaron con ella.

—Sí. Ella les hizo pensar así. Hizo que Sebastian y Rupert fueran los malos, no al revés, y no tenemos pruebas que demuestren lo contrario. De todos modos, no es como si pudiéramos

convencerlos, ya que los Guerreros Lobo ya tomaron una decisión.

—Eso es una locura. Y es malvada por hacer eso.

Asentí con la cabeza. No hubo mucho que comentar después, pero Sophie me miró como si aún no hubiera terminado.

—Adelante —la animé—. Dime lo que tienes en mente.

—¿Por qué unirse a un club de moteros? —soltó—. ¿Por qué ser su líder? ¿Has sustituido a alguien?

—No. Yo lo empecé, Sophie.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ganas con ello? —Ladeó la cabeza, escrutándome.

—No se trata de lo que saco, sino de lo que aportó. —Ante su mirada de desconcierto, continué—. Cuando piensas en los MC, probablemente los asocias con la violencia. Motoqueros grandes y malos con chaquetas de cuero y tatuajes, que van en grupo y aterrorizan a todo el que encuentran. Pero nosotros no somos así. Nos juntamos desde distintos aspectos de la vida. Algunos son profesionales y otros solo necesitan un lugar donde estar, al que pertenecer. Eso no significa que no tengamos nuestros momentos difíciles, pero no somos tan violentos como crees. Se convirtieron en mi familia cuando estaba solo en la ciudad, y no me arrepiento de haber formado el club con ellos.

—Cuando lo dices así, suena encantador.

Pero aún podía ver restos de duda en su expresión. Instintivamente, le tendí la mano y esperé a que la cogiera. Electricidad y calidez se arremolinaron entre nosotros para formar un vínculo cuando ella lo hizo.

—Deberías volver.

—¿Volver?

—A nuestro cuartel general. Vuelve en otras circunstancias. Conócelos. Quiero que conozcas a la gente que me importa. —Sonreí con satisfacción—. Y Marianne querrá saber qué opinas de su receta de sopa de pollo.

Eso la hizo sonreír y borró algunas de sus arrugas de preocupación. Sin embargo, me fijé en las bolsas que tenía bajo los ojos, marcadas por la suavidad de su piel. No me costaría mucho llevar la mano a su cara y acariciarla, pero sabía que no me conformaría con su rostro.

Por eso le solté la mano primero y me aclaré la garganta.

—Realmente necesitas irte a dormir, Sophie.

—Hmm. —Como si mis palabras fueran un detonante, bostezó. Estiró los brazos en el aire, dejándome ver unos pechos amplios que estiraban la parte delantera de su camiseta. Intenté apartar la mirada, pero no pude, sobre todo cuando levantó las piernas en lugar de ponerse de pie. Luego se arrastró hacia un lado del colchón, acurrucándose en una posición acogedora mientras me miraba—. Hora de dormir.

—¿Sophie?

—Tu cama es acogedora —razonó—. Es enorme y acogedora. Prefiero quedarme aquí esta noche.

Y pensar en ella en mi cama iba a mantenerme despierto toda la noche. Me resigné y no tuve valor para echarla cuando volvió a bostezar.

—Bien. Puedes dormir aquí. Buenas noches.

Me giré. Una mano me agarró la muñeca antes de que pudiera dar un paso. Me tiró hacia atrás. Su voz era suave y soñolienta cuando habló.

—Ven a dormir conmigo.

—Sophie... —Mi mano se crispó.

—Por favor. No quiero estar sola.

Había mucha vulnerabilidad en su tono, y me arrastraba. Podía rechazarla y no pensar en ello. Podía mantenerla alejada y aumentar la distancia entre nosotros. Pero mi corazón ya no estaba en ello, ya fuera porque el cansancio estaba haciendo mella en mí o porque ella lo estaba. Por un segundo, su padre cruzó mi mente. Pero se desvaneció con la misma rapidez.

Sin mediar palabra, asentí y entré primero en el cuarto de baño para cambiarme de ropa. Cuando

salí, ella seguía esperándome obedientemente, aunque ya tenía los ojos medio cerrados. Como no quería hacerla esperar más, me deslicé en el espacio que me había dejado, con cuidado de que nuestros cuerpos no se tocaran.

—Ven aquí, Matthew —murmuró, destruyendo cualquier esperanza de que siguiera así.

De mala gana, dejé que me atrajera hacia ella hasta que pudo rodearme la cintura con las manos. Apreté los dientes al sentir su aroma, que me volvía loco de deseo. Alargué la mano para meterla bajo mi barbilla, donde ella enterró la cabeza con un suspiro. No dijo nada, pero no hacía falta. Mi deseo por ella aumentaba por mucho que intentara luchar contra él, y sabía que llegaría un momento en que ya no podría hacerlo. Pero esta noche no era ese momento.

Me perdí en mis inquietos pensamientos. Luego me dormí con el sonido de la respiración profunda y uniforme de Sophie.

## CAPÍTULO 10

### CASOPHIE

Despertarme en mitad de la noche envuelta en los grandes y cálidos brazos de Matthew no era algo que hubiera soñado que ocurriera, pero era un buen lugar en el que estar. No quería estar en ningún otro sitio, ni siquiera escabullirme a mi habitación antes del amanecer y fingir que no había venido voluntariamente solo para que él me abrazara. Lo acogedor de todo aquello me habría adormecido, hasta que descubrí algo a mi espalda.

Se quedó en algún lugar entre mi trasero y la parte baja de la espalda, pinchando como si estuviera destinado a pinchar allí. Tardé un par de parpadeos en despejar mi mente confusa antes de que me diera cuenta y me quedara inmóvil. La polla de Matthew estaba dura, e incluso podía sentirla palpar ligeramente contra mí. Por lo que sabía, podía deberse a la erección matutina o a un sueño, pero el mero hecho de que estuviera dura contra mí era suficiente para provocar una reacción.

Mi cuerpo zumbaba de electricidad. La piel me hormigueaba mientras la excitación me invadía y me endurecía los pezones. Me mordí un gemido cuando me di cuenta de que su mano estaba cerca, justo debajo de mi pecho y acariciándome la piel como si tuviera todo el derecho. No se me escapó que la intimidad me parecía natural y buena, y que lo único que necesitaba era retorcerme un poco para ponerla en marcha. Podía arquear las caderas en el ángulo adecuado hasta que él me devolviera el roce, y entonces podíamos olvidarnos de las inhibiciones y tocarnos en la oscuridad.

Unos besos compartidos y podría estar encima de él. Cabalgándolo. Estaba tan mojada por la fantasía que tuve que taparme la boca con una mano para ahogar el siguiente sonido.

Pero no quería cruzar los límites. No quería aceptar lo que Matthew no me ofrecía, no cuando no daba indicios de querer cambiar las cosas entre nosotros. Siempre había sido amable y confiable. Había sido tan bueno conmigo.

Y no tuve el valor de aprovecharme.

Luché con un suspiro, mi cuerpo deseando sentirlo más cerca. Entonces salí de la cama tan

silenciosamente como pude, con cuidado de no despertarlo. Me entraron ganas de quedarme un rato más observándolo dormido, pero me las quité de encima y salí de puntillas antes de cambiar de opinión.

Fuera, respiré aliviada. Pero no duró mucho, ya que doblé una esquina y me topé con otra figura. Lancé un grito y las manos me sostuvieron para evitar que me cayera. Los ojos grises de Rupert no eran tan tormentosos como lo habían sido en el bosque, así que le ofrecí una sonrisa tentativa.

—Vaya. Por fin te pillé en tu departamento.

—Eso parece.

No dijo nada más, pero algo parecía preocuparle. Quise preguntarle, pero sabía que me cerraría la puerta, así que di un paso atrás.

—Bueno, buenas noches, entonces.

—No le rompas el corazón.

Eso me paró en seco.

—¿Qué?

—Tampoco finjas que no está en su dormitorio —continuó, mirando hacia el dormitorio de Matthew y luego hacia mí—. Los dos sabemos que está ahí durmiendo. Todo lo que digo es que Matthew es un buen hombre y no deberías romperle el corazón.

Lo entendí, y ahora su reacción tenía mucho sentido. ¿Rupert siempre pensó que terminaría acostándome con Matthew? No pasó nada, pero me di cuenta de que ya se había formado una opinión, y que parte de ella era que yo lastimaría a Matthew. Eso me dolió.

—Sé que es un buen hombre. Créeme, lo sé.

—Entonces no le hagas daño.

—¿Por qué asumes automáticamente que le haría daño?

—No es una suposición. Es una advertencia. Lo que pasó hoy lo afectó ya que es nuestro líder, y...

—Y me estoy aprovechando de él.

Eso le hizo reflexionar.

—Yo no he dicho eso —protestó.

—Entonces, ¿por qué es para tanto? —Se me ocurrió una idea—. ¿Es porque estás celoso?

—No. —Rupert negó con la cabeza—. Es porque me preocupo por él.

—¿Por qué? —insistí. Si él no quería dejarlo pasar, yo tampoco iba a hacerlo—. ¿Por qué te preocupas por él? De hecho, ¿por qué eres tan sobreprotector con él, como si no pudiera valerse por sí mismo?

—No es eso. Sé que puede arreglárselas solo. Yo solo... Mira, no lo entiendes.

La frustración se reflejaba en sus facciones. Sabía que sería más fácil poner fin a la conversación y marcharme, pero ya estábamos demasiado metidos y no podía quedarme sin saberlo. Así que volví a acercarme. Le cogí el codo e ignoré las chispas que se encendían con aquel simple contacto, deseando que me mirara de frente.

—Entonces ayúdame a entenderlo, Rupert. Por favor.

Me miró la mano y luego a mí. Luchó con las palabras, pero esperé hasta que lo superó.

—Yo estaba en un mal lugar. Un lugar realmente malo cuando era adolescente. Fui lo suficientemente estúpido como para hacer cosas malas y confiar en la peor gente. Esa estupidez casi me lleva a la cárcel, pero conocí a Matthew y él vio algo en mí que otros no vieron. Me sacó de ese mal momento de mi vida y me obligó a hacerlo mejor. Y no se rindió conmigo ni siquiera cuando me rebelé al principio. —Su boca se afinó. Me di cuenta de que era odio hacia su yo del pasado—. Podría haberlo hecho, pero él no es así. Si se hubiera rendido cuando me rebelé, no sé dónde estaría ahora. En realidad, no. No hay duda de dónde estaría ahora mismo. Habría vuelto a hacer las peores cosas y habría acabado en la cárcel en un santiamén. Él me redimió.

—No.

—¿Qué?

—Te redimiste con su ayuda. —Le apreté el codo—. No creo que hubieras vuelto a las andadas.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque él ya influía en ti en ese momento —dije con firmeza—. Porque te habrías tragado la culpa si volvías a esa vida. Porque... también hay bien en ti, tanto como en Matthew. Trabajaste duro para llegar a donde estás. Hiciste que tu negocio tuviera éxito, ¿verdad? Y protegiste a la gente. Fuiste tras ese hombre que mató a esas ratas y evitaste que me secuestraran. Así que no te atrevas a intentar menospreciarte.

Parpadeó enmudecido. Lo supe en el momento en que mis palabras lo golpearon, calando hondo hasta que su cuerpo se puso rígido. Apartó la mirada. Cuando volvió a mirarme, la mayor parte de su actitud defensiva había desaparecido y en su lugar había incredulidad y asombro.

—Le debo mucho, Sophie.

—Sé que crees que sí. Y conozco a Matthew lo suficiente para saber que él considera que cualquier deuda que tengas en tu mente ya está pagada.

—Hmm. No cambia mi advertencia.

—Yo también lo sé. —Pero ya no se sentía tan pesado cuando apreté su codo una vez más y lo solté—. No le haré daño.

—Bien —susurró. Él también se inclinó, nuestras caras estaban muy cerca. Luego cambió de opinión y se aclaró la garganta—. Buenas noches.

La nostalgia se arremolinaba y el dolor que sentía por Matthew era igual de fuerte por Rupert. Ahora los conocía a los dos, dos hombres que procedían de entornos no muy agradables, pero que habían optado por el trabajo duro y la dedicación para superar su situación. Dios, eso era tan excitante. Pero más allá de la excitación había un sentimiento más suave que no quería diseccionar todavía, así que no lo hice.

En lugar de eso, me fui a mi habitación, lo apagué todo y me volví a dormir.

\*\*\*

Cuando me desperté por la mañana, Matthew se había ido y Sebastian no estaba a la vista. Pero Rupert seguía allí, exprimiendo unas naranjas y ofreciéndome un vaso de zumo.

—Gracias —dije—. Buenos días.



—Buenos días.

Su mirada me recorrió, deteniéndose en algunas zonas. Mi cuerpo se puso firme hasta que apartó la mirada.

—Te llevaré al restaurante. Ve a ducharte, vístete. Haz lo tuyo.

Abrí la boca para discutir, pero la cerré al recordar lo que había pasado la última vez que me quedé sola. Minutos después, íbamos en su moto y yo me agarraba con fuerza. El vestido que llevaba se convirtió en un incordio cuando no paraba de levantarse con el viento, pero la forma en que sus músculos se tensaban cuando apretaba mis piernas desnudas contra sus caderas merecía la pena. Sintiéndome atrevida, apreté mis tetas contra su espalda fingiendo que necesitaba agarrarme para mantener el equilibrio. No dijo ni una palabra. Solo aceleró como si nos persiguieran monstruos.

Cuando llegamos a la puerta del restaurante, había pasado de sentirme atrevida a temeraria. Acababa de ir cuerpo a cuerpo con el chico malo de la casa. Demonios, incluso lo había besado. También descubrí que el hombre que yo consideraba educado y correcto era el líder de la banda del chico malo, y esa información zumbaba en mi interior como un diabólico secretito.

—Deberías entrar —dijo.

—Gracias por traerme.

Desmonté con cuidado, luchando contra el viento y mi vestido. Me quedé sin aliento cuando unas manos me agarraron por la cintura y me levantaron, para luego dejarme en el suelo con facilidad. Nuestras ropas se rozaban, no nuestra piel, y lamenté lo que faltaba. Él retrocedió primero, como de costumbre, para hacerme un gesto enérgico con la cabeza.

—Te veré más tarde, Sophie.

Dentro del restaurante, los preparativos para atender a los clientes más tarde ya estaban en marcha, y no necesitaban tanto mi ayuda. Comprobé que Matthew no estaba en la oficina, y luego caminé hasta que vi a Sebastian. Él se me acercó primero, con su sonrisa preparada.

—Vamos. Hoy es día de seguirme como una sombra.

—Hola a ti también. —Levanté una ceja—. ¿No es el día de seguirte como una sombra otra forma de día de entrenamiento? Creía que ya me había graduado.

—Considéralo un reentrenamiento, solo en caso de que nos hayamos perdido algunas cosas durante tu entrenamiento. Ah, y Matthew no estará aquí hoy.

—Oh. —Era decepcionante—. ¿Por qué no?

—Cosas de espías. Quiere salvar el mundo y nadie puede detenerlo.

Me guiñó un ojo. No mencionamos el club de moteros, pero yo sabía lo que quería decir y él sabía que yo lo entendía. En ese momento me preocupé por Matthew, preguntándome qué estaría haciendo, pero Sebastian parecía preparado mientras me arrastraba a la cocina y charlaba con la nueva ayudante de pastelería, Francine, que empezaba hoy. Como de costumbre, hubo algo de coqueteo por su parte, pero Francine se mostró tímida y a mí me divirtió el intercambio. Cuando mencionó que tenía novio, Sebastian se deshizo en elogios sin perder un segundo.

—Es un hombre afortunado, cariño, por poder probar primero estos pasteles que has hecho, pero también porque pareces una persona dulce. Dinos si te hace daño, ¿de acuerdo? Me aseguraré de que el personal esté listo para tomar represalias.

Solté una risita y lo aparté de un tirón antes de que Francine pudiera sentirse abrumada.

—Bueno, eso es demasiado. La vas a asustar.

—¿Qué? —Me lanzó una expresión inocente, como si nunca hubiera roto un plato—. Has probado los pasteles, ¿verdad? Y has visto cómo era. Es muy dulce.

Lo decía en serio, el flirteo era más un desahogo para hacer que la gente se sintiera mejor y aumentar su ego que otra cosa. Yo tampoco creía que se hubiera pasado de la raya, no cuando siempre lo hacía con ligereza y sinceridad. Me hizo apreciar más sus bromas.

—Sí. Lo vi. Ahora dejemos de molestarla para que pueda concentrarse en su prueba.

—Tú también eres dulce. Muy dulce. —Me sonrió Sebastian.

—Y tú eres implacable.

No supe el alcance hasta que pasaron las horas y él siguió a mi lado con la excusa de hacerme compañía. Me empezó a parecer que tal vez habían acordado vigilarme. Eso también era dulce, pero innecesario, ya que podía arreglármelas sola. Pero no dije nada en voz alta, deduciendo que estaba bien si les hacía sentir mejor. Diablos, ni siquiera yo me lo perdía, ¿verdad? Tenía a tres

hombres buenos como compañeros de piso y protectores. Ahora también eran mis amigos, con lo unidos que estábamos.

Estaba ganando en el juego de la vida.

Para cuando terminamos en la cocina y nos trasladamos al almacén, yo ya estaba de subidón. Mis pensamientos no dejaban de oscilar entre los tres hombres y mis interacciones con ellos, todas llenas de tensión y suficiente calor como para provocar un incendio. Matthew era el más confuso, pero Rupert era impredecible porque, a pesar de que decía que había sido un error, su reacción a cualquier contacto físico entre nosotros me decía lo contrario.

Luego estaba Sebastian. Tenía que sentir algo, ¿no? Aunque solo fuera porque yo era la mujer más cercana a él en ese momento, incluso cuando su corazón aún no confiaba plenamente en mí después de lo que él y Rupert habían pasado.

—Se masturbó delante de mí —susurré—. Él es diferente a mi alrededor.

—Soph, ¿puedes traermme una cesta marrón? Quiero arreglar esto antes de que llegue Rupert. Cuando se trata de cómo almacenamos sus productos, el hombre es tan intratable a veces.

Sacudí la cabeza, intentando borrar cualquier pensamiento persistente. Me puse de puntillas, tanteando dónde estaba la cesta y luchando aún con la imagen de estar en brazos de Matthew, de los besos calientes de Rupert y de Sebastian gimiendo en el baño.

—¡Cuidado!

No lo vi hasta que las cajas ya estaban cayendo del estante superior. Le grité a mi mente que se moviera, pero el paso atrás que di fue inútil, ya que seguían viniendo hacia mí. Preparada para el impacto, las empujé con las manos.

Alguien las apartó de un manotazo y luego se abalanzó para ocupar el espacio que quedaba entre las dos filas de estanterías. No me cayó ninguna caja encima, sino que cayeron sobre Sebastian, golpeándolo en la espalda mientras se cernía sobre mí como un escudo. Hice un sonido de consternación ante la idea de que sufriera, pero las cajas dejaron de caer y su expresión no cambió. Levantó la caja que llevaba al hombro y la tiró al suelo junto con las demás que nos rodeaban. Se quedó donde estaba, acunándome como si yo fuera algo delicado, con su vena sobreprotectora a flor de piel.

Estaba muy cerca y podía olerlo. Olía tan bien, una nota cítrica mezclada con sudor y humo de madera de nuestra visita a la cocina.

—Seb...

—No pasa nada. Estuvo cerca, pero parece que eran cajas vacías. —Se aclaró la garganta, aún sin apartarse—. ¿Estás bien?

Me estremecí. El miedo a que la situación pudiera haber salido al revés me embargaba por dentro, pero se desvanecía rápidamente hasta que solo quedaba un sentimiento. Pero...

—Lo siento —solté—. Lo siento mucho. Estaba distraída.

—He dicho que no pasa nada. Fue un accidente. Deberíamos haber asegurado mejor esas cajas.

—Había diversión en su tono, luego un toque de preocupación—. ¿Estás segura de que estás bien, cariño?

—Sí, yo... Sí. Tal vez deberíamos... ¡Tienes un moretón!

Todo pensamiento se borró de mi cabeza al ver la camisa rota en su hombro, donde se estaba formando un leve moratón.

—Dijiste que las cajas estaban vacías —acusé.

—Así es. —Se rio entre dientes—. Esto fue porque me golpeé el hombro contra la estantería al llegar aquí. Supongo que mi camisa también se enganchó en la estantería.

Froté la zona para curarla, aliviada cuando no se oscureció más. También me la froté para sentirme mejor, necesitaba saber que estaba bien. Como si lo notara, suspiró y sacudió la cabeza.

—Estoy bien, Soph. Esto no es nada.

—No es nada —insistí—. Es un moratón por mi culpa y...

Como las palabras se me agolpaban en la cabeza, me callé y seguí calmándolo con suaves movimientos circulares. Cuando noté que apretaba el estómago, mi mano se dirigió automáticamente hacia allí, aplastando la palma y palpándolo.

—¿Dónde te duele? —pregunté.

Su vientre se contrajo, acentuando las duras ondulaciones del músculo. Me detuve y levanté la vista, sobresaltada al ver que sus ojos marrones se oscurecían.

—Está... bien.

Pero apretó los dientes y luchó con las palabras. Me invadió una audacia que me impulsó a deslizar la mano hacia abajo hasta que quedó justo por encima de sus pantalones. La forma en que se estremecieron sus músculos me excitó como ninguna otra cosa. Dios, qué bien se sentía su cuerpo. Tan tocable. Claro, podría ser solo porque, de nuevo, yo era la mujer más cercana aquí y podía tocarlo. Pero eso no me impidió tomar mi oportunidad y el mayor riesgo.

Un rechazo más y terminaría con aquello. Le daría espacio.

—Dime dónde te duele, Seb. Te lo besaré para que sane.

—Soph...

Su respiración cambió. Se hizo más superficial y parecía música para mis oídos, incitándome.

—¿Aquí? —Me puse de puntillas para besar el moratón de su hombro y luego bajé para poder besarle el estómago—. ¿O es aquí?

—Joder, Soph. —siseó. Pero no se apartó.

—Dímelo. Tengo todos los besos preparados. ¿Y aquí?

Le llovían besos por el abdomen hasta que llegué al ombligo y luego a la piel de debajo. Un gemido casi animal salió de su garganta antes de que me levantara de un tirón con tanta fuerza que me hizo tropezar. Pero estaba allí para atraparme. Estaba allí, con el hambre en el rostro y una expresión que me decía que no había vuelta atrás.

—¿No quieres más? —musité, negándome a echarme atrás.

—Quiero más —espetó, arrastrándome más cerca.

*Funcionó* era todo lo que mi mente me gritaba. Mi seducción funcionó. Pero todo eso se esfumó en el instante en que su boca chocó contra la mía y empecé a comprender cuánta hambre me esperaba.

Me besó como si estuviera hambriento y yo fuera lo que pudiera detener el dolor. Me besó con la boca abierta y con tanta pasión que me derretía y temblaba en sus brazos. Pero Sebastián estaba allí para atraparme a cada paso, sus manos tocando cualquier parte de la piel desnuda que podía y prendiéndome fuego hasta que me puse estúpida y ciegamente cachonda.

—Lo lograste —acusó, aunque su voz contuviera tanta reverencia. También era áspero. Me mordió el labio inferior, lo chupó para calmarme y empezó a dar golpecitos con su lengua contra la mía—. Me hiciste perder el control cuando me esforzaba tanto por luchar contra esto.

—Y no me arrepiento ni un segundo —respondí, incapaz de disimular el triunfo en mi tono.

—Pícara. —Otra risita y ya me estaba tocando las tetas. Esperaba que me bajara el vestido y me desabrochara el sujetador, pero me llevé una sorpresa cuando su boca bajó y me chupó los pezones directamente por encima de la ropa. El tirón instantáneo de su succión disparó calor entre mis piernas—. ¿Es esto lo que quieres?

Me agarré a su pelo, dejándome llevar por las olas del placer. Lo besé apresuradamente cuando su boca volvió a la mía, y luego jadeé cuando me apretó el culo por debajo del vestido. Luego me apretó las dos nalgas y jugó con ellas, a la vez que tiraba de mí contra él hasta que sentí su dureza contra mi vientre. Me retorcí contra él.

—Seb...

—Aquí no —gruñó—. La primera vez que te folle será en nuestro departamento. Pero no te preocupes, cariño. No te dejaré colgada.

Un segundo después, me dio la vuelta para ponerme de cara a la estantería, con la mano aún bajo el vestido. Gemí cuando aquellos dedos hábiles y callosos llegaron por fin a mi coño y se deslizaron para tocarme.

—Ya estás mojada, cariño, pero quiero escuchar tus palabras. Lo necesito.

—Sí —le supliqué. Arquee las caderas hacia él y abrí las piernas para facilitarle el acceso—. Esto es lo que quiero. Por favor, no dejes de tocarme.

—Por favor. Joder. Pides demasiado, cariño.

Pero me dio lo que le pedí, sus dedos se hundieron profundamente en un movimiento de empuje que me hizo sentir tan bien. Apretó su cuerpo contra mi espalda, atrapándome para que no

pudiera escapar de lo que hacía su mano. Cuando su polla me rozó el costado, mi mano se echó hacia atrás, buscando lo que no podía ver, y no me sorprendió encontrarlo ya fuera de sus pantalones. Gimió cuando rodeé con los dedos el eje liso y rígido, doblándolo.

—Dios, nena. Eres increíble, Soph.

—Recuerdo cómo te masturbabas —jadeé—. Estoy tratando de replicarlo.

—Lo estás haciendo bien, nena. Cualquier cosa que me hagas es buena. ¿Pensaste en mí, Soph? ¿Te has tocado mientras pensabas en mi polla?

Nunca creí que Sebastian hablara sucio, pero debería haber sabido que lo haría. Sacudí la cabeza.

—No. Todavía no.

—Está bien. Piensa en esto en su lugar.

Sus dedos tamborilearon más rápido hasta que el placer se acumuló en mi organismo y formó una bola de calor en mi vientre. Me empujó la cabeza hacia un lado para poder besarme y me perdí mientras nos follábamos el uno al otro con las manos y competíamos por llegar al clímax. Supe que estaba cerca cuando sus caderas empezaron a bombear hacia delante para que su polla pudiera follar mi mano con más agresividad. Lo acaricié aún más rápido, sin parar hasta que se puso rígido detrás de mí y una humedad pegajosa cubrió mis dedos. Incluso entonces, seguí apretándolo, dejando que toda su semilla se derramara.

—Oh, joder. Oh, lo siento, debería haber esperado. Oh, joder. Qué bueno.

Su reacción, sus estremecimientos y sus palabras soeces aumentaron mi excitación hasta que me retorcí contra él. A pesar de haberse corrido antes, sus dedos no dejaban de moverse dentro de mí, solo ganaban en velocidad e intensidad. Cuando llegó a un punto especialmente placentero, levanté las caderas y grité, cerrando los ojos ante la progresiva sensación.

—Eso es. Eso es. Más rápido, por favor.

Hizo lo que le pedí, concentrado ahora en mí. La bola en mi estómago crecía más y más, al borde del abismo, y sabía que solo haría falta un golpecito más para empujarme fuera de ese mundo.

—Tienes que estar bromeando.

Mis ojos se abrieron de golpe, fijándose en Rupert, que estaba de pie junto a las cajas caídas. Me corrí al oír su voz, justo cuando Sebastian tocó ese punto exacto que directamente golpeó mi clítoris. Sebastian también siguió, asegurándose de que yo no pudiera hacer nada mientras una oleada tras otra de placer se abalanzaba sobre mí sin remordimientos. Me rendí a él, con puntos blancos bailando en mis ojos cuando el orgasmo no paraba.

—Hermosa —murmuró Sebastian, besando mi mejilla—. Tan hermosa.

Tardé un rato en recuperarme de una caída tan dura, pero conseguí abrir los ojos y volver a mirar a Rupert. Estaba helado de asombro y eso me hizo recuperar la sobriedad.

—Puedo explicarlo —empecé—. Es...

Pero no podía explicarlo, no cuando la forma en que me miraba me hacía sentir caliente de nuevo, como si Sebastian no acabara de follarme hasta el olvido con sus dedos y sus sucias palabras. La falta de claridad que había entre Rupert y yo había desaparecido, borrada por la mirada fundida de sus ojos grises. Pero de nuevo, estaba luchando activamente contra ella, sus dientes rechinando entre sí.

Temiendo que volviera a darse la vuelta, le agarré de la mano, comprendiendo que era más fuerte que yo y podría apartarse fácilmente. Lo que no tuve en cuenta fue que Sebastian también lo agarró y tiró de él para que se quedara quieto. La voz de Sebastian era un eco de acero y frustración cuando habló.

—¿Quieres dejar de alejarte y escucharla de una puta vez?

Rupert lo fulminó con la mirada, pero no a mí. Miró hacia abajo, fijándose en la ropa interior que me colgaba de las rodillas. En lugar de avergonzarme, me la quité del todo, me la metí en el bolsillo y le cogí la otra mano.

—No me follé a Matthew. Sé que piensas eso y te sientes obligado con él, pero solo quiero aclarar que lo único que hicimos fue dormir en la misma cama. Dormir de verdad, no sexo. Eso fue cuando me encontraste anoche escabulléndome de su habitación. Él es importante para mí.

Sebastian parecía fascinado, con las cejas levantadas.

—Te prometo que no estoy jugando con Sebastian —continué—. Mis sentimientos por él son sinceros... y también lo son mis sentimientos por ti. Prefiero salir lastimada que jugar con tus



sentimientos.

—No quiero que te hagan daño —dijo Rupert bruscamente.

—Entonces no lo hagas. ¿Por qué no te unes a nosotros aquí, Rup? —Sebastián lo engatusó con un toque de burla en su voz.

Me dio valor para acercarme a Rupert hasta que apenas hubo espacio entre nosotros. Apreté sus manos y me detuve al ver lo que no había visto antes. Su expresión no era lo único duro. Los vaqueros negros que llevaba escondían bien su erección, pero ya no podía ocultarla.

Y de ninguna manera iba a aceptar otra excusa de que esto era un error, no cuando él lo deseaba tanto como yo. De ninguna manera.

Aun así, miré a Sebastian, necesitaba un empujón más. No dijo ni una palabra, pero el pensamiento se reflejaba en sus rasgos y asintió sutilmente. Era suficiente. Me arrodillé y alcancé el cinturón de Rupert, desabrochándolo.

Entonces levanté la vista, encontrándome con unos ojos grises, tormentosos y ardientes como el pecado, mientras le sacaba la hermosa y dura polla de los pantalones.

## CAPÍTULO 11

RUPERT

—Ni siquiera nos besamos todavía.

Mis palabras sonaban débiles y roncadas. Era como si no salieran de mí. Sophie me dirigió una mirada cómplice, llena de confianza. Esa confianza provocó una oleada en mi sistema, como una sirena llamándome. Atrayéndome.

—Sí, ya nos besamos. —Fue su suave y ligera respuesta—. En el bosque, justo después de que me salvaras la vida y lucháramos.

Alguien silbó, y miré a Sebastian mientras levantaba la ceja mirándonos con interés. Por mi parte, fue más que nada para poder dejar de mirar la tentación que tenía delante.

—Oh, esto es interesante. ¿Así que se besaron en el bosque? ¿Una sesión de besos?

—Cállate. Fue un error —gruñí.

—No, no lo fue —protestó Sophie, ignorando las burlas de Sebastian. Su atrevida mirada solo estaba puesta en mí—. Esto tampoco lo es, a menos que te vayas.

Eso era lo correcto. Debía alejarme y no ceder. Pero sentía las piernas de plomo, pegadas al suelo por más que intentaba resistirme. O tal vez no tenía fuerzas para resistirme, no cuando me tocaba la polla como si fuera lo más fascinante que había visto. Como si *no pudiera* dejar de tocarla.

Todo mi cuerpo estaba rígido, los músculos en tensión. Cuando dio el primer masaje, fue como morir y vivir al mismo tiempo, mientras el placer me asaltaba y la electricidad me recorría de pies a cabeza. Caricia tras caricia, estaba en guerra conmigo mismo, manteniendo toda una conversación en mi cabeza sobre por qué no debía permitirlo. Cuando sus caricias cesaron y sus dedos se aflojaron, pensé que tal vez había dicho algo en voz alta y, después de todo, ella finalmente había decidido que no quería hacerlo.

Pero estaba muy equivocado.

Los ojos azules y verdes de Sophie me devoraron con una mirada hambrienta antes de que esos labios suaves y rosados se cerraran sobre mi pene, que ya estaba dolorosamente duro por sus caricias. Diablos, si he de ser sincero, ya estaba duro cuando entré aquí al verla tomar lo que Sebastian le estaba dando. Era impresionante cuando se arqueaba contra mi amigo, intrépida cuando lo acariciaba hasta que se corría en su mano. Me pareció aún más hermosa cuando finalmente estalló en su clímax, reprimiendo tanto sus gritos que sentí un deseo enorme de presenciarlo cuando no lo expresó.

Ahora todo eso se borró de mi mente cuando su lengua salió para acunar la base de mi polla. Me estremecí. Ella también. Me agarré a su pelo y en ese momento supe que había perdido la batalla contra mi fuerza de voluntad.

—Con cuidado, Rup —dijo Sebastian, interrumpiendo mi dilema. Su tono me dijo que sabía exactamente dónde estaba mi cabeza ahora—. Puede que sea la primera vez que hace esto.

Ni lo confirmó ni lo negó. En lugar de eso, me acarició con la lengua como si fuera un puto cucurucho de helado y le encantara su sabor. Eché la cabeza hacia atrás, contra la repisa que tenía detrás, necesitando anclarme. Pero no había anclaje contra alguien como Sophie, cuyo afán superaba la experiencia mientras experimentaba con lamidas hasta que encontró la que finalmente me hizo gemir. Cuando siguió lamiendo la parte inferior, cerré los ojos, ya atterradoramente cerca de correrme.

—Tócalo, cariño. No dejes que tu otra mano se desperdicie.

Las palabras de Sebastian eran débiles ecos en algún lugar de mi cabeza. Segundos después, se sumaron sensaciones cuando su mano se extendió sobre mi estómago, frotando mis rígidos abdominales. Una uña me rozó y me hizo apretar los dientes, estupefacto por lo mucho que me gustaba.

Abrí los ojos de golpe cuando su gemido de sorpresa vibró alrededor de mi erección, engrosándola aún más. Sebastian se había movido detrás de ella sin que me diera cuenta, y sus manos estaban en sus tetas, palmeándolas por encima del vestido. Pude ver cómo sus pezones se tensaban incluso a través de la tela mientras Sebastian jugaba con ellos, lo que solo me benefició cuando ella empezó a chupar al ritmo de sus dedos.

Era una sensación surrealista cada vez que gemía, y aún más cuando empezó a tragarme entero. Mil maldiciones sonaron en mi cabeza, pero solo salió una.

—Joder. Joder, Sophie.

Eso no hizo más que incitarla, moviendo la cabeza arriba y abajo mientras trabajaba su boca sobre mí. Cuando le agarré el pelo con fuerza y empecé a dirigir sus movimientos, obedeció. Cuando la agarré para que se detuviera, sobre todo para poder mantener el ritmo, lo hizo, y su mirada se cruzó con la mía mientras esperaba lo que venía a continuación.

Perdí el control en ese momento. Mis caderas se movieron hacia delante mientras le cogía la cara con la mano y me tragaba el sonido de sorpresa que hizo. Mis ojos contemplaron cómo Sebastian estimulaba sus tetas mientras yo le follaba la boca. Aún tenía la apariencia de no embestirla como un camión, pero la forma en que movía la lengua cuando la penetraba me volvía loco. La había deseado aquel día en el bosque, la había querido contra el tronco de aquel árbol para follármela hasta dejarla inconsciente. No era el escenario que tenía en mente, pero lo aceptaría, aunque solo pudiera experimentarlo una vez.

Me detuve cuando sus uñas presionaron mis caderas. Gemí cuando me tocó los huevos y jugó con ellos. Volvió a tomar el control, era una criatura atrevida que acariciaba y chupaba con avidez. El calor en mi estómago crecía tan fuerte que estaba al borde del abismo.

—Estoy cerca —balbuceé.

Si esperaba que eso la ralentizara, no fue así. Sophie aceleró el ritmo, acariciando tan fuerte que casi podía imaginar que era mi polla la que le taladraba el coño. Luego chupó durante el tiempo más largo sin tomar aliento y eso fue todo. Mi caída fue un río de placer cegador y el gemido de Sophie vibrando a mi alrededor de nuevo para elevar la experiencia. Ella no me soltó, tomando todo lo que solté dentro de su garganta hasta que yo estaba medio derrumbado contra la repisa.

Aturdido, tardé un rato en recuperarme. Cuando lo hice, descubrí que aquellos ojos de sirena seguían clavados en mí, tan inocentes y sensuales al mismo tiempo. Sebastian la levantó y la envolvió en un abrazo. Le murmuró algo al oído, pero la puerta se abrió y se cerró de golpe antes de que pudiera decirles nada.

Volví a metérmela en los pantalones y empecé a recoger las cajas caídas. Sebastian salió corriendo del local y pronto se enzarzó en una animada conversación con el empleado que había entrado. Sophie se quedó un rato esperando a los dos hasta que volvieron a salir por la puerta. Había una timidez en ella que no había estado presente antes, pero por Dios, estaba radiante.

Abrí la boca y la cerré, sin saber qué decir. Me esforcé por decirle que se trataba de un trato

único, destinado únicamente a saciar la lujuria que se suponía que no debía sentir por ella. Al final, la dejé salir de la habitación sin decir palabra, observando su trasero bamboleante y sintiéndome impotente.

Porque aún la deseaba. Porque lo que había probado no era suficiente.

\*\*\*

Salí del restaurante, pero seguía distraído. No dejaba de pensar en Sophie, sobre todo en su aspecto mientras me chupaba y se tragaba toda la leche que le chupaba. Se me puso dura de nuevo, una reacción que tuve que reprimir para guiar a mi personal en el manejo de algunos nuevos contratos de entrega.

Pero cuando terminé, lo único que me quedaba era luchar contra la tentación de masturbarme. Conseguí no hacerlo, pero las fantasías eran más difíciles de combatir y pronto me consumieron las imágenes de ella. Porque era mi imaginación y deseaba tomarla en mi terreno, allí mismo en el despacho con la puerta cerrada mientras me la follaba en mi escritorio. Quizá también en el sofá, mientras ella se arqueaba a cuatro patas y recibía todos mis golpes. Fue tan visceral y tan caliente que sentí como si ya hubiera sucedido y solo quisiera repetirlo.

Acabé acariciándome a pesar de mis recelos y me derramé ante la visión de ella temblando mientras llegábamos al orgasmo juntos. Incluso entonces, seguía distraído, así que me mantuve ocupado con un trabajo que a menudo me limitaba a supervisar. También me mantuve en contacto con Jansen para hablar de nuevas pistas, aunque Matthew ya se había puesto en contacto con él.

—Llámame si encuentras algo nuevo —le dije.

—Naturalmente. Hablando de cosas nueva, he oído que has traído a alguien a la sede. La primera vez, además. ¿Es quien creo que es?

Una vena sobreprotectora surgió de mí y tuve que reprimirla. Sorprendido, respondí con la mayor naturalidad posible.

—La conociste por el incidente de las ratas. Es nuestra compañera de piso, por cierto, por si Matt no lo mencionó aún.

—Hmm, lo hizo. ¿Pero por qué traerla al cuartel general?

—Una larga historia —fue todo lo que dije, cortando de raíz su curiosidad—. Llámame, Jansen.

Cuando terminé la llamada, me sumergí en el papeleo durante el resto de las horas. No fue hasta que llamaron a la puerta cuando por fin dejé que mis ojos respirasen y pasasen de leer documentos a echar un vistazo a la puerta. Dennis, uno de mis empleados más antiguos, se asomó.

—Ya me voy. ¿No se va todavía, jefe?

—Ve tú delante. Yo terminaré estos papeles. Cierra cuando salgas.

—Ya lo hice.

Luego me quedé solo en mi despacho, lo que no era habitual en mí. Pensé en ir a la central, pero rechacé la idea, ya que no quería hablar con la gente, y menos con Jansen, que podía ser implacable cuando quería respuestas. Pensé en montar en moto y dejar que me llevara a cualquier parte, pero no era una buena idea cuando los problemas estaban tan cerca. Tal vez podría volver a casa.

O tal vez podría vigilar a Sophie y asegurarme de que no volviera a casa sola, como mujer testaruda que era.

—Diablos, no. Seb la tiene —refunfuñé para mis adentros.

En ese momento, mi teléfono emitió un pitido y apareció un mensaje de Sebastian. Lo abrí y fruncí el ceño.

Departamento, ahora.

La alarma sonó en mi cabeza mientras intentaba llamarle. Cuando repitió el mensaje, cerré el despacho con llave y me dirigí a casa a toda velocidad, con diferentes escenarios en mi cabeza. No podía imaginarme que entraran a robar en nuestro piso teniendo en cuenta las medidas de seguridad que tomábamos para mantenerlo protegido, pero siempre había una primera vez para todo. Me preparé cuando abrí la puerta, esperando que alguien se abalanzara sobre mí. Quizá con un cuchillo. Estaba dispuesto a coger el cuchillo y darle un puñetazo al cabrón que se atreviera a intentarlo.

Me detuve en la sala de estar.

No había ninguna emergencia. Solo estaba Sebastian en el sofá, en calzoncillos y camiseta. Se le había subido la camiseta cuando unos dedos le recorrieron el pecho y luego se aferraron a sus hombros. En su regazo estaba Sophie, sentada a horcajadas sobre él... No, chocando contra él, vistiendo incluso menos ropa que Sebastian. La camisa y el sujetador estaban arrugados en el suelo, y le faltaba el pantalón corto. La endeble ropa interior de encaje que llevaba apenas cubría su fantástico culo.

Luego estaban sus tetas. Eran globos puros y perfectos, salpicados de los pezones más sonrosados que había visto en mi vida. Observé, atónito, cómo unas manos grandes y ásperas los amasaban antes de que los pulgares de Sebastian rodearan repetidamente las puntas. Reaccionaron al instante, frunciéndose con tanta firmeza que me dolió la lengua. Ya podía imaginarme a qué sabrían, pero Sebastian se lo imaginó con creces cuando se inclinó hacia delante y atrapó uno entre sus labios.

En respuesta, se estrechó más contra él y se quitó las bragas. Su coño rosado se frotó contra la erección de Sebastian. Sebastian echó la cabeza hacia atrás y gimió de placer, con las manos agarrándola por las caderas mientras ella marcaba el ritmo. Podía ver cómo ella se mojaba más cada vez que su raja entraba en contacto con el bulto de él, como si este le estuviera haciendo cosas maravillosas. Lo mismo le ocurría a Sebastian, que trasladó sus manos a las nalgas de ella y empezó a ayudarla a moverse más deprisa.

Me quedé en el borde de la sala de estar observándolos. Al final, unos ojos castaños se fijaron en mí, pero Sebastian estaba demasiado absorto como para sonreír.

—Diablos. Está tan cachonda, Rup. Y mira esas tetas. Mira lo jugosas que son.

Le amasó las tetas una vez más, enfatizando sus palabras. Sophie me miró, sorprendida de que yo estuviera allí. Pero, al igual que Sebastian, estaba demasiado metida como para parar.

—Seb, deja eso —le reprendí, pero mi voz era débil.

—Rupert, no pretendía que nos descubrieras... —se interrumpió, incapaz de terminar la frase cuando él le chupó el pezón con especial fuerza.

—Le envié un mensaje, cariño. —Sebastián se rio entre dientes—. No te preocupes demasiado.

Sus ojos se abrieron de par en par. Abrió la boca para decir algo más, pero Sebastian levantó las caderas, haciendo retroceder su erección hasta que ella prácticamente se derritió contra él. Su

gemido fue directo a mi polla, y sentí como si quisiera bajarme los pantalones. Seguí observando cómo Sebastian le metía la boca en la suya y compartían un beso caliente y frenético. Cuando su lengua se deslizó dentro de ella, gimió.

—Tan sensible —murmuró—. Tan deseosa de ser tocada. De ser follada. ¿Quieres que te folle, nena?

Ella asintió con brusquedad, sin ningún atisbo de vacilación. Sebastian introdujo una mano entre sus piernas y frotó el pulgar sobre su entrada hasta que ella se agarró a su pelo. Arqueó las tetas hacia su cara y él volvió a reírse.

—Tan escurridiza. Es tan escurridiza, Rup.

—Sebastian —volví a gruñir, pero mi determinación flaqueaba.

Sebastian puso los ojos en blanco.

—Oh, bájate del caballo, hombre. Tú también lo quieres. Tú también quieres hacérselo. ¿Por qué no vienes aquí y te unes a nosotros? Creo que necesita otra mano.

Como si quisiera demostrarlo, la levantó con un movimiento rápido y la volvió a sentar en su regazo. Esta vez, estaba de espaldas a Sebastian y de cara a mí, donde podía ver mejor sus tetas rebotando y los jugos brillantes en el lugar donde mi amigo la frotaba. Sus manos se agitaban salvajemente, buscando agarre.

—Necesita a alguien a quien aferrarse, Rupert —sugirió Sebastian.

—Rupert, por favor.

Sus palabras fueron la gota que colmó el vaso. Rompió mi última resistencia y me acerqué a ella tan rápido que en un segundo estaba frente a ella. Atrapé su boca con la mía y me arrodillé para que pudiera apoyarme las manos en los hombros. La besé como un hambriento, regocijándome cuando la encontré tan dulce como me había sabido en el bosque.

Ese beso fue todo lo que necesité para dejarla en un frenesí, que compartí mientras tomaba más. La lógica se desvaneció para ceder ante el instinto, y el instinto me llevó finalmente a tocar su pecho para comprobar su peso. Lo sentí lleno en mi mano, un ajuste perfecto. También era suave, y su pezón me llamó hasta que tampoco pude resistirme.



—Rupert... —gimió en señal de protesta cuando rompí el beso, pero no antes de morderle el labio inferior. Su protesta murió cuando cerré la boca en su pezón y lo rodeé con la lengua—. ¡Oh! ¡Oh!

La doble sensación —yo jugando con sus tetas mientras Sebastian seguía jugando con su coño— la afectó tanto que, cuando terminamos, estaba apoyada en el pecho de Sebastian sin dejar de sujetarse a mí para apoyarse. Volví a besarle la boca, luego tomé el lugar del pulgar de Sebastian y la toqué entre las piernas.

—Joder, Sophie —juré cuando descubrí lo resbaladiza que estaba. Y no solo eso, también estaba apretada, ya que su núcleo se resistió a mi dedo cuando lo introduje. Se apretó a mi alrededor, y me la imaginé rodeando mi polla.

—Te lo dije —dijo Sebastian. Le besó el cuello y le pasó la lengua—. Entonces, Sophie, nena, ¿cuál de nosotros te gusta más? ¿Rup o yo?

Con los ojos azul verdosos nublados y muy distraída, Sophie me soltó los hombros para deshacerse de mi camiseta. Me acarició el pecho hasta que apreté los dientes, luego se inclinó hacia delante y frotó sus pezones contra mí. Siseé. El placer se reflejó en sus facciones.

—Cielos, Sophie —espeté—. Y vete a la mierda, Seb.

—Solo preguntaba. —Sebastián se encogió de hombros.

—Ambos —soltó Sophie—. Tú y Rupert. Matt...

Por un segundo, el aturdimiento desapareció de su rostro y palideció considerablemente. Mi mirada se cruzó con la de Sebastian por encima de su hombro, sus ojos marrones adquirieron un brillo impío.

—¿Te gusta Matthew? —preguntó.

Abrió la boca para protestar, pero una mirada mía le dijo que no podía mentirnos. Sus hombros se hundieron.

—Primero me gustó él —admitió en voz baja—. Pero tú también me gustas. Y Sebastian.

—¿Te atraemos los tres? —pregunté.

Ella dudó, luego asintió.

—Deben pensar que soy una...

—No termines esa frase —le advertí. Sebastian se convirtió en el callado mientras yo volvía a besarla, esta vez con suavidad para asegurarle que no creíamos que nos estuviera engañando. De hecho, éramos nosotros los que engañábamos a otra persona, porque mi sospecha de que Matthew miraba a Sophie de forma diferente se hizo más grande en ese momento.

Como si me hubiera leído el pensamiento, los dedos de Sebastián se movieron hábilmente a su lado, donde encontré su teléfono escondido detrás de un cojín. Cuando lo movió ligeramente, vislumbré el mensaje que había enviado a cierta persona.

Ven a casa ahora. Tenemos una emergencia.

Sophie, desprevenida, siguió frotándose contra mí hasta que me volví loco de deseo. No pudiendo esperar más a que apareciera el resto de la fiesta, di unos golpecitos en la rodilla de Sebastian hasta que leyó mi señal y se sentó junto a ella.

—¿Todavía quieres follarnos a los dos, Sophie?

Ella asintió. Sebastian me lanzó una mirada inquisitiva, pero ahora mis ojos solo estaban puestos en ella.

—Bien. Ahora, ¿qué tal si te acuestas en este sofá y abres las piernas para nosotros?

## CAPÍTULO 12

### SOPHIE

Era una locura cómo me convertí en esclava de las órdenes de Rupert, indefensa ante el sonido de su voz y el hambre que bullía en ella. Pensé que significaba que ya estaban a punto de follarme, así que obedecí y en un instante estaba en el sofá, con la excitación extendiéndose por mi cuerpo. Sebastián se rio de lo rápido que me moví, pero no se levantó del sofá. En lugar de eso, se deslizó hasta apoyarse en el reposabrazos y mi cabeza en él, una posición que no tenía sentido... hasta que lo tuvo.

Cuando Rupert me quitó las bragas y bajó la cabeza entre mis piernas, comprendí que me había equivocado y que querían ir despacio. Habría protestado, pero su lengua acarició mi entrada y todos mis pensamientos desaparecieron. El placer se encendió y luego palpitó con fuerza cuando lamí mi entrada de punta a punta. Cuando me separó con los dedos y me penetró con la lengua, eché la cabeza hacia atrás, contra el estómago rígido de Sebastian, y la electricidad se disparó dentro de mí con tanta fuerza que me hizo tambalear.

—Tranquila, cariño —me tranquilizó Sebastian, masajeándome los hombros.

Sus manos pronto volvieron a mis pechos, masajeándolos suavemente mientras su gruesa y palpitante erección se clavaba en algún lugar detrás de mi cuello. Pero no podía concentrarme en ello, no cuando Rupert estaba haciendo tanto con aquella lengua, no cuando se unió un dedo, entrando y saliendo de mí mientras su lengua también entraba y salía. Cuando encontró mi clítoris, chupó. Con fuerza.

Y fue entonces cuando una tercera figura entró en el departamento y nos encontró exactamente en esa posición, yo contra Sebastian, las piernas abiertas para Rupert. Conteniendo un gemido, lo dejé escapar junto con un grito ahogado al ver a Matthew.

Sus ojos azules se abrieron de par en par al ver lo que estábamos haciendo. El horror se apoderó de mí, luchando con el placer de las ministraciones de Rupert y Sebastian, mientras me preparaba para su juicio. Para mi sorpresa, fue Sebastian el primero en hablar.

—Ya era hora de que aparecieras.

Rupert dejó de lamerme para mirarlo, callado. Esperando.

Para mi sorpresa, Matthew se aclaró la garganta y empezó a acercarse a nosotros.

—Tráfico. Me he retrasado. Lo siento, llego tarde.

Caminaba con determinación, y cada paso que daba me ponía los nervios de punta. Como si lo percibiera, Sebastian volvió a masajearme los hombros.

—Hola —dijo Matthew, con los ojos clavados en mí.

—Hola. —Tragué saliva.

Nos quedamos en silencio un momento mientras nos mirábamos, pero aún no había acusación ni ira en su expresión.

—Escucha, aquí no se juzga a nadie. No te avergüences.

¿Acaso Matthew, el correcto y educado, no iba a sermonearme? Asentí con la cabeza.

—De acuerdo.

Me miró las tetas. Un hambre oscura se arremolinaba en su mirada, pero la reprimió a la fuerza.

—Y si quieres que me vaya...

Me acerqué a él y lo besé antes de que pudiera terminar la frase. Puede que dos hombres dándome placer ya fuera suficiente, pero yo era una criatura codiciosa que los deseaba a los tres, y sí, había deseado a Matthew con cada fibra de mi ser desde que abrió aquella puerta y me dejó entrar en su vida.

Para mi consternación, fue él quien rompió el beso primero, pero la consternación no duró mucho cuando solo se apartó para sentarse en la mesa de café. Una inclinación de cabeza fue todo lo que necesité para que los dos hombres volvieran a moverse, y pronto me perdí entre la intensa lengua de Rupert y los juguetones dedos de Sebastian. Grité cuando de repente me dieron la vuelta y miré hacia abajo para encontrar a Rupert ya tumbado en el sofá, con la cabeza aún entre mis piernas.

—Móntame —me instó—. Cabalga mi lengua.

No necesité más invitaciones para cabalgar sobre él y cerré los ojos al ver cómo su lengua penetraba más profundamente en esta posición. Me mordí un gemido cuando unas manos grandes rozaron mis pezones sensibles y la boca de Sebastian encontró la mía. Sintiendo demasiado, alargué la mano hasta encontrar su erección y se la saqué insistentemente de los calzoncillos hasta acariciarle la polla desnuda. Gimió suavemente, pero yo quería oír más. Así que tiré de él hasta que se acercó, luego lamí su punta hasta que su gemido se hizo más fuerte.

—Sophie, cariño...

Lamí y lamí, hasta encontrar un ritmo que acompañaba mis lamidas a las de Rupert. Cuando los dedos de Rupert volvieron a penetrarme, me tragué la polla de Sebastian y me deleité con su temblor, sintiendo una especie de poder básico al hacer reaccionar así a otro hombre fuerte y orgulloso. Me dieron todo lo que tenían, manejándose con tanta pasión que no tuve ni un segundo para respirar del placer.

Mientras tanto, miraba fijamente a Matthew, que me devolvía la mirada con ojos llenos de lujuria. Seguí mirándolo mientras él también se liberaba de los pantalones y me encontré ante un miembro grande y palpitante con la punta en forma de seta. Se agarró con fuerza y luego se la acarició mientras alternaba entre mirar cómo Rupert me lamía y cómo se la chupaba a Sebastian. Seguía sin juzgarme, solo estaba fascinado, y su mandíbula apretada era un gran signo revelador de que apenas se contenía y también deseaba abalanzarse sobre mí.

De nuevo, fue otra oleada de poder que disfruté. Me animó a cabalgar a Rupert con más fuerza, y luego me incitó a chupársela más a Sebastian. Me di cuenta de que Sebastian estaba cerca cuando el semen se derramó por mi garganta, pero mis esfuerzos se detuvieron cuando Rupert me metió dos dedos y me chupó el clítoris al mismo tiempo.

En ese momento perdí el control, y el clímax no tuvo límites. Sebastian derramó su semen en mi garganta y me lo tragué todo, luego miré a Matthew. Cuando bajé de mi subidón, apenas tuve tiempo de recuperarme porque Matthew ya estaba a mi lado, arrancándose de Rupert y sosteniéndose porque mis rodillas estaban demasiado débiles.

Me besó. La ternura de nuestro segundo beso me dolió, pero no fue suave por mucho tiempo, ya que su polla presionaba insistentemente contra mi estómago. Cuando me cogió en brazos, no protesté y me relajé en su abrazo mientras me llevaba a su dormitorio. No me sorprendió que los dos hombres siguieran su ejemplo y cerraran la puerta hasta que quedamos aislados del resto del mundo.

—Eres preciosa —murmuró, haciendo llover sus besos hacia abajo y llevándose mi pezón a la boca—. ¿Recuerdas ese viaje en auto?

—¿Sí?

—Quería follarte ahí. Quería que me cabalgaras como antes cabalgaste a Rupert.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Tú estabas vulnerable y yo era un viejo verde.

—No eres viejo —resoplé—. Cualquiera mujer sería una idiota si no te quisiera, Matthew.

—Móntalo, Sophie —sugirió Sebastian, con una nota burlona en la voz.

—Yo también quería follarte —confesé, luego no perdí el tiempo y le quité la ropa. Mis movimientos frenéticos hicieron que dos de ellos se rieran entre dientes, pero apenas pude prestar atención mientras Matthew me levantaba y me sentaba sobre su verga prominente. Alargué la mano para acariciársela un par de veces, triunfante cuando se puso más gruesa y dura. Me quedé quieta cuando su polla encontró por fin mi entrada y empezó a deslizarse, centímetro a centímetro, con una lentitud insoportable y alucinante.

En la última parte, la impaciencia se apoderó de mí y empujé hacia abajo hasta enterrarlo hasta los cojones. Las fosas nasales de Matthew se dilataron. Siseó cuando me retorcí.

—Santo cielo. Estás muy apretada. Locamente apretada.

Pero no se movió. En lugar de eso, me dejó marcar el ritmo, lo que hice lentamente cuando me di cuenta de que quería saborearlo y no apresurar mi tiempo con él. El Matthew remilgado y correcto que yo conocía había desaparecido hacía tiempo, y en su lugar había un hombre con instinto animal que me hablaba con descaro.

—¿Me la chuparás como se la chupaste a Seb la próxima vez, Sophie? ¿Te meterás mi polla en la boca?

Asentí, incapaz de decir palabras. Estaba chupando la polla de otro mientras cabalgaba a Matthew con avidez, y las dos sensaciones se fundieron en una gloriosa bola de calor. El placer no tardó en aumentar de nuevo hasta que llegué a la cima. Miré a Matthew, que comprendió. Chupé la polla con fuerza una vez más antes de soltarla, me aferré a Matthew y dejé que me

levantara y me bajara hasta que me abalancé una y otra vez sobre su enorme y maravillosa polla. A su vez, su polla seguía rozándome el clítoris, y luego chocaba contra él, y eso fue todo lo que necesité para que llegara mi siguiente clímax.

Pensé que estaba agotada, incapaz de dar más. Pero cuando me pusieron a cuatro patas, con Matthew tumbado en la cama y yo encima de él, me di cuenta de que aún me quedaba mucho por experimentar. Matthew se tragó mi gemido cuando Rupert se colocó detrás de mí y me penetró de una sola vez, con sus improperios volando por los aires. No perdió el tiempo, tampoco, poniendo un movimiento hasta que yo estaba llorando de lo fácil que era volver de la dicha al placer intenso, de necesidad de liberación. Empujé mis caderas hacia las suyas y emití sonidos ininteligibles cuando él se acercó a mi pecho. Matthew se ocupó del otro pecho, chupándolo y lamiéndolo a placer. Sebastian me empujó la cabeza para besarme, y los dos se turnaron entre mi boca y mis pechos hasta que me ahogué en ellos.

—Estoy cerca —gruñó Rupert, inclinándose hacia delante hasta que su pecho quedó pegado a mi espalda y yo quedé atrapada entre los dos. La mezcla de sensaciones me abrumó y sufrí un cortocircuito, mi siguiente orgasmo fue tan abrupto que casi grité. Pero fue igual de bueno y me dejó tumbada inmóvil cuando Matthew me hizo rodar suavemente hasta el colchón.

Sebastián fue el último en tomarme, dándome unos minutos para recuperarme antes de empezar a lamerme de pies a cabeza. Luego estaba dentro de mí, con su polla golpeando a un ritmo agradable y constante que finalmente se aceleró y me hizo agarrarme a las sábanas. Me cubrió las manos con las suyas y me levantó las caderas para que pudiera penetrarme más profundamente. Se me doblaron los dedos de los pies cuando estuve cerca.

Besé a Matthew y luego a Rupert. Sebastian y yo llegamos juntos al siguiente clímax, mientras él gritaba mi nombre repetidamente. Esta vez, me quedé más tiempo en ese espacio de dicha, tan aturdida por cómo tres hombres tan diferentes eran capaces de encontrar justo lo que necesitaba cuando Brett solo podía conseguirlo en la posición del misionero.

Quería decirles lo mucho que significaba para mí, pero el cansancio se apoderó de mí. Así que me di la vuelta y me apoyé en el cuerpo cálido más cercano mientras la cama se movía para acomodar a los demás.

Segundos después, dormía profundamente.

\*\*\*

Despertarme abrazada a Rupert no estaba en los libros y era lo último que esperaba, pero fue una agradable sorpresa. Ya estaba despierto, con sus ojos grises clavados en mí y observándome mientras me sacudía la somnolencia.

—Buenos días —saludó, con voz baja y aún ronca. Nada había cambiado. Pero todo había cambiado también, como se demostró cuando se inclinó hacia delante para besarme.

Murmuré un saludo en su boca y le devolví el beso, saboreando lo bien que sabía y el talento de su lengua. Me dolía todo el cuerpo por el sexo que habíamos tenido la noche anterior, pero también zumbaba, indicando que quería más. Pero cuando busqué la erección matutina de Rupert, él solo se rio y me esquivó. El sonido me sobresaltó lo suficiente como para no insistir, ya que solo pude mirarlo con incredulidad.

—Te estás riendo. Tú nunca te ríes.

Había una ligereza en Rupert que no había notado antes. Cuando me sonreía, me calentaba por dentro.

—Oh, yo sí. Además, no vamos a hacerlo ahora.

—¿Por qué no? —pregunté, haciendo un pequeño mohín. Me disipó el mohín con un beso y luego me besó un poco más para hacerme saber que no me rechazaba de plano.

—Porque si empiezas a tocarme la polla ahora mismo, te estaré follando todo el día hasta que no puedas andar. No tendrás oportunidad ni de protestar porque te voy a follar hasta los sesos y te lo voy a hacer bien cada vez.

Había tanta hambre en sus palabras que no dudé de él ni un segundo. Lo imaginé, él follándose en la cama en todo tipo de posturas, y me excitó tanto que apreté mis sensibles pezones contra su pecho. Pero Rupert tenía más autocontrol que yo y solo maldijo una vez antes de levantar la manta entre nosotros.

—Sophie —siseó.

—Lo siento. Me he dejado llevar.

En respuesta, me besó con más fuerza y se levantó de la cama. Me quedé mirándole el culo mientras salía, suspiré y me obligué a levantarme de la cama. Me estremecí cuando me dolieron aún más los músculos, pero había una cosa que lo arreglaría.



Después de una ducha caliente y un juego de ropa limpia que ya me habían preparado en el baño de Matthew, me sentí atraída por los maravillosos aromas procedentes de la cocina, donde Sebastian acababa de terminar de cocinar y estaba ocupado colocando las cosas en varios platos. Se me hizo agua la boca, aunque no estaba segura de si era por la comida o por los dos hombres con el torso desnudo.

—¿Es mío? —pregunté señalando uno de los platos.

La cara de Sebastian se iluminó cuando me vio. En dos rápidas zancadas, estaba encima de mí y besándome, y yo lo rodeé con los brazos para dejarle más espacio. Solté una risita de sorpresa cuando me agarró por la cintura, me levantó en el aire y me hizo girar en medio del beso, para luego dejarme en el suelo con otro beso en la frente. Rupert puso los ojos en blanco ante la grandeza del hombre, pero me di cuenta de que también le hacía gracia.

—Todo tuyo, cariño, lo que puedas terminar. Come. Necesitas toda la energía que puedas conseguir.

Intenté encontrarle algún significado sucio, pero Sebastian no lo dijo con picardía. Me senté en el taburete junto a Rupert y probé los huevos, luego hiqué los dientes al resto cuando los encontré aún mejores de lo que esperaba. Me los acabé con un poco de zumo de naranja y me detuve al ver que los dos se miraban.

—¿Qué? —pregunté.

—Es lunes —me recordó Sebastian.

—¿Qué pasa con los lunes?

Cuando me acordé de que el restaurante cerraba los lunes, supe dónde estaba Matthew y lo que me esperaba.

—¿Qué te parece volver con nosotros al cuartel general?

\*\*\*

Marianne me encontró primero y le confesé que aún no había cocinado su receta especial. No pareció importarle, ya que me presentó a más gente. Segundo a segundo, los nervios que se habían apoderado de mí de camino al cuartel fueron desapareciendo a medida que las mujeres se

mostraban amables y los niños eran un manojo de alegría. Los hombres se mostraban más recelosos, pero eran bastante amables y no me hacían sentir incómoda. Una vez más, no era lo que esperaba, pero empezaba a darme cuenta de que era porque ya me había formado un prejuicio sobre las bandas de moteros sin haber estado realmente expuesta a ninguna. El hecho de que Rupert y Sebastian entraran conmigo —y que Matthew fuera mi amigo— me ayudó a asegurarme de que sería bien recibida, sin hacer preguntas.

Hablando de Matthew...

Me distraje cuando me metí en una conversación sobre ropa con Jean Ravener, hermana de uno de los miembros del MC, y una burbuja de felicidad. Su alegría contrastaba tanto con su ropa emo que no podía entenderla, pero también era muy simpática.

—Vayamos de compras algún día. *Hace años* que no me relaciono con nadie de mi edad y quiero tu opinión sobre algunas cosas. Todavía me gusta mi ropa, pero estoy pensando en cambiar un poco.

—Me encantaría —dije, contenta de haber hecho una amiga en poco tiempo. Pero mi mirada seguía vagando, buscando a una persona en ese espacio tan grande—. Por cierto, ¿dónde está Matthew?

—Oh, está en algún lugar al fondo, creo. Acogió a una joven pareja y los está familiarizando con los demás.

—¿Los acogió? —Mi mirada se desvió hacia Jean, sorprendida.

—Sí. Lo hace mucho. Así es como mi hermano y yo entramos en este club. Nuestros padres nos pegaban y Matthew los conocía. Los amenazó y nos dio un lugar donde quedarnos cuando tuvimos edad para irnos. Ahora tenemos trabajos decentes y un bonito departamento en la ciudad.

—Vaya. No lo sabía. —La calidez se extendió por mi pecho.

—Le encanta ayudar a la gente. Es su naturaleza. Apuesto a que esa pareja también necesitaba un lugar donde quedarse, ¿y quién sabe? Quizá pronto formen parte del club. ¿Vas a ser parte del club, también?

—No lo sé —dije sinceramente—. Por ahora, supongo que solo soy una amiga del club.

Mi mente volvió a la historia de cómo Matthew también había salvado a Rupert, y por fin tuvo sentido para mí que estas personas no eran solo camaradas, sino una familia real, incluso sin el nombre y sus motocicletas. No era de extrañar que Matthew también fuera su líder, con su compasión que envolvía a todos, negándose a dejar atrás a una sola persona.

En el momento justo, mis ojos se desviaron a un lado justo cuando él salía de un rincón con otras personas. Mi corazón dio un vuelco y luego se calmó al verlo reunirlos y hablar con tanta seriedad pero con tanta autoridad. Rezumaba tanto carisma y pasión que no pude evitar que mis sentimientos cambiaran y se intensificaran en unos segundos. Sabía que ya no era solo atracción, pero aún no podía ponerle nombre.

Como si percibiera mi mirada, levantó la vista y se encontró con ella. Una sonrisa se formó en sus labios y el calor se me enroscó en el vientre al recordar esa misma sonrisa cuando me folló, y luego cuando jugó conmigo mientras Rupert me follaba. Pero Matthew no se acercó a mí. No quedaban rastros de la lujuria de la noche anterior, ya que había vuelto a ser el hombre tranquilo con la cabeza fría que hacía las cosas y dejaba las emociones a un lado. Al final, me di cuenta de que en cuanto llegamos, Sebastian y Rupert también me evitaron, con cuidado de no mostrar intimidad con los demás.

Tal vez significaba que la noche anterior fue casual para ellos y un cuarteto era algo que hacían a menudo. Tal vez significaba que no había sentimientos más profundos por su parte. Intenté no preguntármelo demasiado.

Pero mi corazón ya había pasado de la euforia a la pesadez.

## CAPÍTULO 13

### MATTHEW

Había sido una tortura intentar no tocar a Sophie en cuanto la vi en el cuartel general, con ese aspecto tan sonrojado y resplandeciente que dejaba claro que haber sido follada repetidamente la noche anterior le había sentado bien. Esa tortura se extendió cuando el resto de mi día también estuvo ocupado, e incluso Sebastian y Rupert tuvieron que involucrarse, así que no nos quedó más remedio que pedirles a Jean y a su hermano que la llevaran a casa.

Eso no significaba, sin embargo, que ella no estuviera en mi mente, porque la ocupaba a todas horas. Era una locura intentar no reaccionar cada vez que me la imaginaba desnuda mientras dejaba que mis compañeros de piso se la comieran y usaran su boca en el sofá, para finalmente dejarme usar mi polla con ella mientras nos cabalgaba a los dos hasta el orgasmo. Baste decir que mi fantasía no tenía nada que ver con la realidad, ya que la auténtica Sophie me dejó alucinado cuando se corrió encima de mí.

Debería sentirme culpable. Debería castigarme, pero no podía, no cuando mi deseo por ella superaba todo lo demás. Quería quedarme en la cama con ella y volver a hacerlo. Quería oírla gemir mi nombre y gritar cuando se corriera alrededor de mi polla. Demonios, la quería en todas las posturas, experimentando con lo que la hacía correrse más y demostrándole que su ex era el problema, no ella. Pero alguien más también me necesitaba, así que tuve que salir de allí.

—Oye, concéntrate —me advirtió Rupert cuando pasó a mi lado, y me di cuenta de que estaba soñando despierto.

—Estoy concentrado —mentí, y luego me encontré con su mirada—. Tenemos que hablar.

Su única respuesta fue un gesto seco con la cabeza. No vi a Sebastian en ningún momento, pero las horas pasaron volando y, antes de que nos diéramos cuenta, estábamos demasiado cansados y el departamento estaba silencioso y oscuro cuando llegamos a casa. Me desmayé enseguida, dormí más de la cuenta y llegué tarde al trabajo. Pero tuve una llamada a tres bandas con los otros dos hombres durante el trayecto y cuando llegué al restaurante ya estábamos listos.

El primer punto del orden del día era llamarla al despacho. Me quedé dentro mientras ella

terminaba algunas tareas, sin querer alarmarla ni hacer sospechar a los demás. Cuando por fin entró y pude echarle un buen y largo vistazo, fue como una explosión en mi organismo, sabiendo los lugares íntimos que me dejaba tocar. Quería tirar mis palabras por la ventana por si lo arruinaba todo.

Pero no pude. Así que inhalé profundamente y le ofrecí una pequeña sonrisa.

—Ven a sentarte. Tenemos que hablar.

Mis amables palabras cambiaron su expresión de curiosidad por la de recelo. Pero su audacia se mantuvo al inclinar la cabeza y no dejarlo pasar.

—¿Por qué actuamos como extraños? ¿Tener sexo contigo por fin significa que pierdo tu amistad?

Abrí la boca, estupefacto, y luego la cerré. Como no salía nada de mi boca, me acerqué y la atraje hacia mí. Sus ojos se abrieron de par en par, pero la forma en que se abrió tan rápido cuando la besé seguía siendo alucinante. Me despertó el apetito y me dieron ganas de seguir besándola hasta que ambos nos olvidáramos del mundo, pero no podíamos, todavía no. Tenía responsabilidades, y empezaban con ella.

Mordisqueando su labio inferior y anhelándola en lo más profundo de mis huesos, rompí el beso y me aparté. Sus manos se aferraron a mi camisa, pero me soltaron al ver mi expresión seria.

—Sé que estamos en horario de oficina y que no debería sacar el tema ahora, pero tengo que hacerlo. Es lo justo para ti.

El deseo turbio en sus ojos se desvaneció ante eso.

—Escúpelo, Matthew.

—Los tres, Rupert, Sebastian y yo, somos mayores que tú, y la diferencia de edad debería haber bastado para prevenirnos. Pero no lo fue y no lo hizo. En lugar de eso, nos dejamos llevar por nuestros deseos más bajos y nos aprovechamos de alguien tan joven y vulnerable.

Abrió la boca para protestar, pero levanté la mano, deseando continuar. Sophie cedió y esperó.

—La cuestión es que acostarse contigo estuvo mal. Si la gente se enterara, estarías rodeada de chismes y mezquindades, sobre todo porque los tres somos esencialmente tus jefes. Habría

habladurías y malas especulaciones. Se complicaría.

—Bien, entonces. Creo que sé a dónde va todo esto...

—Pero eso no me impide desearte. Creo que nunca estaré satisfecho con follarte solo una vez, Sophie.

Me miró confusa.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que si queremos continuar esta relación, tiene que ser un secreto. Sabes lo que somos más allá de nuestros negocios y conoces el tipo de problemas que nos persiguen. No es algo de lo que puedas desentenderte fácilmente. Si descubren tu verdadera relación con nosotros, serás el próximo objetivo. Tu vida estará en peligro.

—Entiendo que no se lo digamos al personal, pero ¿estás diciendo que no podemos decírselo a nadie? ¿Ni siquiera al club de moteros?

—Sí. Ni siquiera ellos. Cuanta menos gente lo sepa, menor será el riesgo. Te lo propongo, no te lo impongo.

—Bueno, yo también tengo algo que decir.

Esta vez, fui yo el que reaccionó ante su tono firme, un tono que iba en serio. Me sentí orgulloso de que su firmeza siempre formara parte de su naturaleza, pero una parte de mí ya podía sentir la consternación de que rechazara mi propuesta. Tenía todo el derecho, por supuesto. Era solo que *yo no estaba* preparado para ello, ni siquiera la había tocado lo suficiente ni había pasado tiempo con ella de forma íntima. Era un bastardo codicioso y lo quería todo, pero...

—Por supuesto —dije.

El silencio se convirtió en nuestro compañero en el despacho, solo interrumpido por débiles risas en el exterior. Sophie cerró el espacio que yo había creado cuando dejé de besarla, pero no fue para el abrazo de despedida que yo esperaba. En su lugar, su mano se dirigió a mi pecho mientras la otra descendía hasta mi estómago. Fue posesiva y suave al mismo tiempo.

—Solo te quiero a ti, Matthew. Te he deseado durante demasiado tiempo como para renunciar a ello tan fácilmente. Así que sí. Mi respuesta es sí.

¿Sabes cuando esperas que algo vaya en una dirección pero va en otra y te quedas de piedra? Así me sentí mientras la miraba, atónito. Aún no había asimilado del todo las palabras. Era casi como un sueño.

—¿Estás segura?

Su respuesta, breve y firme, atravesó la neblina de ensueño hasta que se filtró a la realidad.

—Totalmente.

Era el sí que necesitaba. Con menos pulcritud que antes, la atraje hacia mí y volví a besarla. Esta vez fue un beso diferente, libre de las ataduras que me había puesto cuando aún no sabía su respuesta final. Esta vez lo sabía, así que la devoré como había estado deseando todas estas semanas, con mi lengua penetrando y acariciando la suya. Ella tembló pero no se apartó, solo se acercó más hasta que su pecho rozó el mío. Quería volver a tener sus tetas entre mis manos, pero, de nuevo, necesitaba pedirle una cosa más.

—¿Qué pasa con ellos?

Arqueó el cuello para que pudiera besarla mejor y me miró aturdida cuando le agarré las nalgas y se las apreté. Cuando se retorció contra mí, la levanté para que mi erección cupiera entre sus piernas y gruñí por la deliciosa fricción que se producía entre nosotros.

—Yo también los quiero —logró decir finalmente entre nuestros gemidos, muy distraída—. Me gustaste tú primero, lo admito, pero ellos me han atraído desde que me quedé a vivir aquí, y yo... los quiero, Matthew. No quiero ser deshonesto contigo.

Si esperaba mi disgusto, no lo estaba consiguiendo. Me froté contra ella con más fuerza, dejando que sintiera cada centímetro de mí y lo mucho que me estaba excitando. Dios, todo lo que hacía esta mujer me excitaba. Sus gemidos eran música para mis oídos, pero me los tragué en otro beso para acallarlos.

—Eres realmente especial, ¿lo sabías? —murmuré—. Espera.

—¿Qué?

—Los llamaré. Así podremos decírselo juntos.

Frunció el ceño, pero me limité a sonreírle y a marcar unos cuantos botones. Luego la llevé a mi

escritorio, donde abrí sus piernas con despreocupación para ponerme en medio y atacar de nuevo su boca. Mis manos estaban mucho más ocupadas cuando le desabroché la blusa hasta que su escote se agitó ante mí, pero no tardé en desabrocharle el sujetador para que sus hermosas tetas se derramaran en todo su esplendor.

Joder, era una sobrecarga de sensaciones solo con verlas, pero tenerlas en mis manos era algo totalmente distinto. Se las acaricié con los dedos y luego me deleité con la forma en que se le endurecían los pezones, tan visiblemente excitados. Cuando me metí uno en la boca, la forma en que se derretía me hizo esforzarme por ir despacio.

—Bueno, este sí que es un hermoso espectáculo.

La voz de Sebastian llamó la atención de Sophie, pero no la solté. En lugar de eso, les hice un gesto para que cerraran la puerta mientras le subía la falda, haciéndoles saber sin palabras cuál era su respuesta. Sebastian silbó por lo bajo mientras Rupert permanecía en silencio, con unos ojos tan oscuros que bien podrían ser negros.

Ambos hombres se apartaron, comprendiendo que primero era mi turno. Miré a Sophie.

—¿Se lo digo yo o se lo dices tú? —pregunté.

Se mordió para ahogar un gemido cuando le metí los dedos en el coño, y tuve que contener mis propios sonidos cuando la encontré ya mojada. Cuando empezó a hablar, me bajé la cremallera y me saqué la polla.

—Los quiero a los tres —declaró, y la audacia entró en guerra con la timidez—. Me parece bien mantener esto en secreto. Pensé que los había llamado para yo lo dijera, pero...

Sus palabras se convirtieron en gemidos cuando la penetré totalmente. Cerré los ojos de lo bien que me sentía, luego los abrí y le tapé la boca.

—Tienes que estar callada —murmuré—. Cualquiera podría oír el ruido y venir a investigar.

Sus ojos se abrieron de par en par, y me di cuenta de que la emoción de ser pillada la excitaba. A mí también me excitó, no podía negarlo. Pero ella asintió y obedeció, así que retiré la mano, agarré sus piernas y las abrí. Entonces empecé a follarla, observando cómo sus tetas rebotaban y su cuerpo se amoldaba al mío mientras se mecía contra mí. También observé cómo mi polla entraba y salía de su coño, una sensación húmeda y caliente que me volvía loco de deseo.



—Maldita sea —murmuró Sebastian, frotando ya el bulto de sus pantalones—. Lo tomas tan bien, cariño.

Se colocó detrás de ella, al otro lado del escritorio, pero yo estaba demasiado metido en el asunto como para darme cuenta de nada, salvo de sus manos en el pecho y su boca en la suya. Nos turnamos para besarla mientras Rupert se sentaba en el sofá, contento de observarnos desde lejos. Cuando sus músculos se cerraron con fuerza a mi alrededor, no tuve más remedio que ceder a la explosión del orgasmo, tan intenso como lo había sido la última vez. Sophie se aferró a mí mientras experimentaba el suyo, pero no por mucho tiempo, ya que Sebastian la levantó suavemente hasta ponerla de su lado.

A pesar de mi estado de flacidez, aún sentía punzadas de excitación cuando ella volvió a abrir las piernas y dejó que él la inclinara sobre la mesa, con el culo al aire. Sebastian la penetró por detrás y tuvo que calmarla de nuevo cuando gritó sorprendida y luego cuando gimió repetidamente ante sus embestidas. Esta vez fue más impaciente, la penetró sin delicadeza y ambos golpearon el escritorio. Luego apretó el torso contra la espalda de ella, apretó con fuerza y le dio un golpecito en el clítoris, y eso fue todo para Sophie. Yo solo podía devorarla con la mirada mientras se corría de nuevo, entregándose a ese momento de éxtasis con todo lo que tenía.

Una vez que Sebastian terminó de bombear su semilla, la besó más burlonamente hasta que ella le sonrió. Nos miramos antes de que llevara a Sophie al sofá, donde Rupert esperaba pacientemente. Pero los pies movedizos del hombre nos decían que su paciencia tenía un límite, y lo único que podía aliviarla era ella.

Se besaron mientras ella se sentaba a horcajadas sobre él, una sesión de besos calientes y pesados que empezó perezosamente antes de que ella volviera a entrar en frenesí. Le bajó los pantalones a Rupert hasta las rodillas antes de que él se inclinara contra la pared y *la* sentara sobre su pene. Ella se echó hacia atrás y contoneó las caderas para absorberlo por completo, luego se enderezó cuando él empezó a follarla. Como si se hubieran intercambiado los papeles, Rupert se tomó su maldito tiempo hasta que yo estaba tan excitado que no podía más.

Me acerqué a ellos en silencio. Rupert me miró y giró suavemente su cara hasta dejarla frente a frente con mi polla. Volví a alucinar cuando ella abrió la boca sin vacilar y me dejó entrar, y casi me vuelvo loco cuando me pasó la lengua por la punta. Unas palmadas a un lado me indicaron que Sebastian también estaba entrando en acción, con la respiración agitada. Intenté apartarme cuando llegué al clímax, pero Sophie me atrajo hacia sí, chupándome hasta la última gota.

—Cristo —susurré, todavía tratando de no gritar mi placer en voz alta—. Sophie, Dios mío.

Rupert sonrió con satisfacción, me apartó e hizo su magia con ella. Las embestidas lentas se volvieron rápidas mientras él la llevaba expertamente de vuelta a la cima hasta que ella arqueó la espalda de nuevo y casi golpeó la ventana de cristal junto al sofá en su frenesí. Pero Rupert la tenía encima, trabando sus brazos y caderas hacia abajo mientras él bombeaba con todas sus fuerzas, y segundos después, ambos se corrieron juntos, besando los ruidos del otro mientras Sebastian seguía su ejemplo y se derramaba por todo mi sillón.

—Puede que necesite un sillón nuevo. —Arrugué la nariz.

—Créeme, hermano, estarás pensando más en la vez que te la follaste en el escritorio que en la vez que me corrí en tu sillón.

Yo seguía mirándolo ferozmente, pero una mirada a Sophie toda agotada y suave me hizo desear que pudiéramos empezar otra ronda. Entonces fruncí el ceño. Se suponía que el sexo con ella debía saciar la lujuria, no avivarla. Pero estaba haciendo precisamente eso. No me saciaba.

Y eso estaba mal.

Intenté decirme a mí mismo que no me aficionara demasiado ni me volviera adicto. Intenté decirme a mí mismo que aquel acuerdo no podía durar, no cuando los tres llevábamos vidas diferentes y al final tendríamos que tener vidas amorosas separadas. Luego estaba Sophie, que probablemente solo buscaba pasar un buen rato hasta que estuviera lista para seguir adelante. En el fondo, seguía siendo la hija de mi amigo.

Y yo tendría que aprender a dejarla marchar cuando acabara conmigo y con todo esto.

## CAPÍTULO 14

SEBASTIÁN

Estaba en las nubes y solo había una persona a la que culpar por ello: Sophie. Su sinceridad acerca de sus deseos y sentimientos era refrescante, algo que no esperaba después de haberme enfrentado a una mujer deshonesta en mi vida, y luego a más mujeres que preferían la máscara de las mentiras piadosas para hacerse más atractivas en las citas rápidas. Últimamente, todo era artificio y tejer historias para excitar a la gente, aunque esas historias fueran exageradas o incluso falsas. Sophie no se preocupaba por eso, y poco a poco fue cambiando mi perspectiva sobre el romance y volver a confiar en las mujeres.

—Hola, Rup. Nos faltan algunos suministros ya que ayer vino un grupo de turistas y nos gustaría una reposición de emergencia. ¿Puedes conseguirnos las provisiones hoy?

—Tendrás que hacer cola, colega. —Rupert sonaba como si estuviera a punto de tener un mal día, que era lo normal en él cuando estaba preocupado—. Tengo unos pedidos para un cliente que se han complicado.

—¿Perecederos o no? Sabes que confiamos en ti.

—Bien, bien, lo conseguiré. Solo envíame la lista —suspiró—. ¿Cómo está ella?

Rupert seguía siendo obviamente un cínico, pero me di cuenta de que ella le gustaba de verdad. *Nunca* preguntaba cómo le iba a la gente con la que se acostaba. Oculté una sonrisa, intentando no burlarme de él y hacer que se volviera a poner tenso.

—Está bien. Trabajando como una loca en el restaurante y cumpliendo el trato. Ahora, si hablas de sexo, te hemos estado esperando, hombre. Date prisa y llega pronto a casa una de estas noches. Quiero volver a verla desnuda y gimiendo ante nosotros. Dios, quiero volver a follarme ese dulce coño.

—Eres un maldito perverso.

—Lo dice la persona a la que le gusta mirar. Aunque no te culpo. Sophie es increíble. Dentro y

fuera de la cama.

—Sí, bueno, no te encariñes demasiado. Este es un acuerdo temporal.

Sí, definitivamente el hombre seguía siendo cínico a pesar de que su voz se había suavizado. Matthew, mientras tanto, era el que más había cambiado, ya que trabajaba menos y pasaba más tiempo con ella. No me importaba en absoluto, porque mi amigo necesitaba algo para no pensar en los números. Diablos, él necesitaba una mujer más que nosotros. Y yo no me oponía a compartir.

Sophie tampoco, si la forma en que nos acogió a los tres sin pestañear era un indicio. Me mordí la lengua cuando mi cuerpo reaccionó al instante, aferrándose a las imágenes de nosotros en la cama y en el despacho de Matthew. Al colgarle a Rupert me sentí inquieto, así que marqué el único número que sabía que me ayudaría.

—Hola. ¿Dónde estás?

En cuanto oí su voz, me quedé sin aliento y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, señorita hermosa. ¿Por qué preguntas? ¿Me has echado de menos?

Se rio, con un sonido melódico y ronco al mismo tiempo. Me provocó ansiedad y ganas de abrazarla, aunque solo fuera para acurrucarme y dormir a su lado. Hacía tiempo que no hablaba con ella y echaba de menos nuestras conversaciones. Pero también anhelaba otras cosas, como salir con ella a cenar, beber vino y tratarla como a una reina. Quería ver cómo se le iluminaba la cara cuando la subía a una azotea mientras contemplaba las estrellas o los fuegos artificiales. Entonces podríamos hacer el amor allí mismo, donde nadie nos oyera hacer todo tipo de ruidos.

—Echo de menos que flirtees con todo el mundo menos conmigo —bromeó—. Me mantenía en vilo.

—Oh, ¿así que quieres estar al límite? —pregunté, oyendo ya el desafío en su tono—. Te pondré al límite... una y otra vez, nena, hasta que supliques alivio. ¿Qué te parece ese tipo de límite?

La línea se silenció, pero me di cuenta de que me escuchaba por su respiración aguda. Entonces gruñó, con un sonido tan parecido al de Rupert que me hizo pensar que se le estaba pegando.

—Deja de burlarte, Seb.

—¿O qué?

—O te arrastraré al baño en cuanto llegues y volveré a representar la primera vez que te pillé, solo que con la boca, no con la mano.

Así de simple, estaba caliente y palpitante por todas partes mientras la imaginaba trabajando mi polla con fervor mientras nos encerrábamos en aquel pequeño espacio. Tuve que cerrar los ojos para no tocarme en ese momento, porque mi imaginación no se detuvo solo en que ella me la chupara. En mi mente, también me la estaba follando en aquel cuarto de baño mientras ambos nos mirábamos al espejo, con los ojos ardiendo y las cabezas echadas hacia atrás en éxtasis.

—¿Cariño?

—¿Hmm?

—Sí que sabes cómo sacarme de quicio —murmuré—. Será mejor que estés preparada para cuando te coja esta noche.

Respiró hondo y respondió con firmeza a mi desafío.

—Entonces será mejor que llegues pronto. Porque soy toda tuya.

—Mierda, Sophie. Me estás volviendo loco.

Sophie soltó una risita. Luego se aclaró la garganta y se puso manos a la obra, transmitiendo lo que Matthew le había dicho sobre los planes de cenar tarde después de que cerráramos y la posibilidad de quedarse a dormir en el cuartel general. Cuando por fin colgó, aún no podía quitarme la sonrisa de la cara. Dios, me moría de ganas de verla, y tenía la sensación de que hoy nada iba a acabar con mi felicidad.

Nada, excepto otra voz.

—Hola, Seb. Cuánto tiempo sin verte.

Mi humor cayó en picado cuando me detuve y me encontré cara a cara con la ex de mis pesadillas. Lo irónico era que Vicky estaba tan guapa como siempre, con el cuerpo enfundado en un ajustado vestido blanco y el pelo negro rizado a la perfección. Sus botas de tacón de aguja eran sus zapatos de cabecera, algo que siempre me excitaba cuando se los ponía mientras me la follaba.

Curiosamente, nada de eso me excitaba ahora. Ni siquiera me quedaba ningún sentimiento de dolor, y lo único que sentía era una ligera amargura.

—Tienes el descaro de mostrar tu cara después de lo que hiciste, ¿eh? —inquirí, manteniendo mi tono ligero, negándome a ser arrastrado a la ira—. ¿Después de todas las mentiras que le contaste a tu grupo sobre nosotros?

Hizo un mohín, otro de sus movimientos característicos que mostraba sus labios manchados de rojo. Empezaba a ver un patrón en el que nunca me había fijado, una falta de sinceridad que debería haber visto desde el principio. Pero era inútil castigarme por ello.

Como era de esperar, Vicky ignoró mis palabras e intentó acercarse, pero mi mirada de advertencia la detuvo en seco.

—Pero Seb, no es culpa mía que no pudieras quitarme las manos de encima. Fue de mi amabilidad y hospitalidad de la que abusaste. Fui la parte inocente que atrajiste a tu mundo porque yo no lo conocía. Se aprovecharon de mí. Rupert y tú.

Por mucho que intentara contenerla, la furia se me disparó.

—Maldita mentirosa.

Vicky jadeó y se llevó una mano al pecho como si le doliera, pero sus ojos decían otra cosa. Brillaban con picardía y burla, saboreando nuestro pequeño intercambio.

—Oh, Seb, solo estoy tratando de enmendar las cosas, dado que tengo una naturaleza indulgente y todo eso. Pero basándome en esa llamada telefónica que tuviste antes, parece que lo has superado. Te felicitaría, pero la compadezco. ¿Quién es ella, por cierto? ¿También te hace gritar de placer? ¿Te hace suplicar como yo? Apuesto a que es una putita.

—Ella no es nadie —espeté, negándome a involucrar a Sophie en esto. La dulce pero dura Sophie, que distaba mucho de la mujer que yo creía que era Vicky—. Y a menos que quieras que te arrastre a la comisaría, será mejor que...

Una sensación de frío me recorrió la espalda. Me estremecí, repentinamente lleno de alarmas y una sensación ominosa. Pero fue demasiado tarde, porque cuando me di la vuelta, los hombres ya estaban en sus posiciones y me rodeaban.

Y ya era demasiado tarde cuando se abalanzaron sobre mí y me di cuenta de que Vicky era su

cebo.

## CAPÍTULO 15

### CRUPERT

Todo iba mal y me estaba cabreando. Me quedé mirando la mercancía de la furgoneta que conducía Anthony y traté de hacer una rápida clasificación para ver si aún se podía salvar algo. Anthony también parecía cabreado, pero estaba más preocupado por mi reacción.

—¿Estás seguro de que cerraste esto anoche? ¿Y todavía estaba en buenas condiciones?

—Sí, por eso llegué tarde a la oficina. Anoche estuve apilando todo en la furgoneta para que empezáramos temprano. Dennis puede dar fe de ello, ya que él y algunos trabajadores estaban conmigo, pero Dennis y yo fuimos los que cerramos.

Esto significaba que la manipulación había tenido lugar en algún punto del camino antes de que pudieran entregar la mercancía. Anthony también se dio cuenta, mientras se rascaba la nuca.

—Si hubiera sabido que esto iba a pasar, no habría parado a comer y...

—No —interrumpí y negué con la cabeza. Me hervía la sangre, pero no quería desquitarme con mis trabajadores cuando no habían hecho nada malo—. Siempre almuerzan entre viajes largos y están en su derecho. Se suponía que era una entrega normal.

Y ahora tenía una furgoneta llena de harina y arroz húmedos y flores rotas y secas para la inauguración de un restaurante. De todos modos, pudimos hacer una entrega urgente de harina y arroz al cliente, pero perder esas flores secas para su inauguración iba a hacer que cancelaran nuestro contrato.

—Parece una jugarreta, jefe —reflexionó Anthony, frunciendo las cejas—. Pero es una jugarreta bastante complicada.

Asentí, sobre todo porque no podía contarles la verdadera razón. Pero mi instinto me decía que esto no era una simple jugarreta, no cuando nunca había tenido jugarretas como esta en mis años en el negocio. Esto era algo más. En concreto, una banda específica que ya no solo tenía como objetivo el territorio de Matthew, sino también el mío.



Sin embargo, no tenía pruebas para culpar a esos bastardos.

—Haré que mi amigo investigue esto, pero escucha. No es culpa de nadie más que de quien lo hizo. Por ahora, tenemos retrasos en las entregas y tenemos que ponernos a trabajar en ello de inmediato antes de que metamos en problemas a nuestros otros clientes. ¿Anthony?

—¿Sí, jefe?

—Quédate y habla con Jansen un rato. Luego puedes ayudar a Dennis con el resto de sus entregas de hoy.

Mi tono firme hizo que todos los reunidos se movieran, conscientes de que tenía razón y de que no podíamos perder más tiempo ni más clientes. Pero estaba impaciente mientras esperaba a Jansen, que llegó media hora más tarde con una mueca de disgusto en el rostro. Echó un vistazo a la mercancía dañada y frunció el ceño, luego se puso manos a la obra.

—Cuéntamelo todo. Empieza por el principio y trae a los testigos.

Anthony se mostró dispuesto a colaborar, pero seguía sintiéndose culpable, así que me tomé mi tiempo para asegurarle que no había perdido su trabajo y que no era culpa suya. Cuando se tranquilizó, Jansen y yo nos miramos y nos entendimos.

—Esto tiene que acabar —declaró, cerrando las manos en puños. El hombre solía ser tranquilo, así que verlo así me dijo que este nuevo sabotaje también le afectaba—. Están jugando con nuestro medio de vida y hay que llevarlos ante la justicia.

—¿Alguna posibilidad de una grabación de seguridad de la zona donde Anthony paró para comer?

—Lo comprobaré enseguida.

Jansen se marchó inmediatamente, sobre todo porque aún tenía que cumplir algunas tareas policiales al margen de este fiasco. Yo me quedé para ocuparme de la limpieza con otro trabajador y estaba hasta la cintura de cosas mojadas cuando oí mi teléfono sonar débilmente de fondo. Lo ignoré por el momento, terminé y me dirigí directamente a la ducha para quitarme la suciedad. Después de vestirme, por fin eché un vistazo a mi teléfono. El identificador de llamadas de Sophie me hizo descolgar enseguida, poco acostumbrado a que me llamara.

—¿Sophie? ¿Qué pasa?

Y justo cuando pensaba que la mala racha había terminado, su voz recubierta de tensión y miedo me demostró lo contrario.

—Es Sebastian. Lo atacaron y está en el hospital.

\*\*\*

Matthew llegó al hospital al mismo tiempo que yo, y ambos mantuvimos un rápido contacto visual antes de apresurarnos hacia la habitación que Sophie había especificado. Cuando entramos, Sophie ya estaba allí, volviéndose inmediatamente hacia los brazos abiertos de Matthew mientras mi mirada se posaba en la figura de la cama de hospital que no debía tener tan mal aspecto.

Pero Sebastian se veía mal. Tenía un aspecto terrible. Estaba en peores condiciones de lo que esperaba, las vendas contrastando con los moratones negros que le recorrían de pies a cabeza. Sus costillas parecían ser las más dañadas, vendadas hasta los hombros, pero su cara tampoco escapaba a los problemas. Me quedé mirándole el ojo morado, el labio hinchado y el gran corte de la mejilla.

—Tiene un hombro dislocado, algunos huesos rotos, costillas fracturadas y un tobillo torcido —dijo Sophie.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunté.

Sophie se mordió el labio, claramente preocupada.

—Alguien lo encontró ensangrentado en una acera y llamó al número de su billetera. Ya habían llamado al 911 antes de llamar al restaurante.

Mis manos se cerraron en puños mientras mi mente ya sacaba conclusiones. Me giré y habría salido de la habitación de un portazo, pero Matthew lo había previsto y me bloqueó el paso. Lo fulminé con la mirada. Me miró fijamente y se aclaró la garganta.

—Sophie, ¿te importaría llamar al doctor? Nos gustaría hablar con él.

Sophie se dio cuenta de inmediato y comprendió que no se trataba solo de que tuviéramos que hablar con el médico. Se disculpó y me dio un apretón en el brazo al salir. Aunque su tacto me sentó bien, no hizo nada por aliviar mi mal genio mientras gruñía ante los continuos bloqueos de

Matthew.

—Necesito ir allí y...

—¿Y qué? ¿Hacer estragos? ¿Dejarles ver que han llegado hasta nosotros? —cuestionó Matthew—. Eso es lo último que debemos hacer. Lo que tenemos que hacer es calmarnos. Tenemos que ser racionales por la banda y por Sophie. Por Seb, también.

—A la mierda con ser racional. Hemos sido racionales desde que empezó todo esto. Ahora mira lo que le hicieron a nuestro amigo. Le dieron una paliza y se lo dejaron a los roedores...

—Chicos, dejen de actuar como si estuviera muerto. Sigo vivo y coleando, aunque probablemente no pueda decir lo mismo de mi preciosa cara.

Nos giramos hacia Sebastián, que tenía un ojo abierto y nos miraba con curiosidad. Intentó moverse pero enseguida hizo una mueca de dolor, así que nos apresuramos a acercarnos a él para que se quedara quieto.

—No te muevas demasiado —reprendió Matthew—. Estás herido y aún no sabemos el alcance.

Sebastián parecía desganado y suspiró resignado.

—Yo tampoco, pero chicos, necesito que me digan una cosa sinceramente. No pueden mentir al respecto.

—¿Qué? pregunté.

Hubo una fuerte pausa.

—¿Qué tan golpeada está mi cara? ¿Creen que los médicos aún pueden arreglarla o me verá feo para siempre?

Atónito, Matthew solo pudo mirar antes de reírse a carcajadas. Les gruñí, pero no pude evitar el alivio de ver que Sebastian seguía haciendo bromas. Eso significaba que no había perdido su buen humor.

—Cuéntanos qué ha pasado —dijo Matthew cuando todos nos habíamos calmado lo suficiente.

Al oír eso, Sebastian se puso serio y su diversión se desvaneció. Para mi sorpresa, me miró a los

ojos.

—Vicky. La vi.

Mi cuerpo se tensó.

—En realidad, chocó conmigo deliberadamente —continuó, apretando la mandíbula y aflojándola cuando le dolió visiblemente—. Me oyó hablar con Sophie por teléfono y me acosó. Me contó las mismas mentiras de siempre, tratando de hacerse pasar por la buena. Estaba tan concentrado en no dejar que me afectara que no vi a los hombres hasta que fue demasiado tarde. Intenté defenderme, pero eran demasiados.

—Así que todo era un montaje —deduje. De alguna manera, eso lo empeoró y solo cristalizó lo que Vicky era en mi mente. Una serpiente que no merecía una segunda oportunidad.

Antes de que pudiera seguir despotricando, alguien se aclaró la garganta. Miré a Sophie, que probablemente llevaba allí de pie desde que empezó nuestra conversación, con la mirada fija en Sebastian. Él se iluminó al verla, y luego gimió cuando instintivamente se movió y volvió a sobrecogerse de dolor.

—El médico está aquí —anunció y se acercó a su otro lado. No lo tocó, quizá temía hacerlo, insegura de dónde más le dolía.

Pero llegó el médico y nos dio buenas noticias. A pesar de las heridas de Sebastián, sus órganos no estaban dañados y sus huesos fracturados se curarían. Solo necesitaba pasar un tiempo en el hospital y descansar en casa cuando le dieran el alta. Cabe decir que todo el mundo dejó de contener la respiración en cuanto se fue el médico, sobre todo porque estábamos preparados para un diagnóstico peor.

Jansen entró unos minutos después. Sacudí sutilmente la cabeza cuando me miró, indicándole que no quería que hablara aún de mi asunto de la manipulación y que diera prioridad a esto. Se metió de lleno en el tema, interrogando a Sebastian sobre Vicky y los hombres que lo habían asaltado. Pero las respuestas de Sebastian eran frustrantes.

—No lo sé. Estoy bastante seguro de que vi sus caras, pero es como... —Parecía frustrado mientras trataba visiblemente de recordar lo sucedido—. No puedo recordar ningún rasgo distintivo. Solo colores de pelo. ¿Y Vicky?

—Sigo sin saber su verdadero nombre ni dónde se aloja. —Jansen sacudió la cabeza—. No puedo seguirle la pista más que cuando se deja ver, así que supongo que tienen un cuartel general secreto como nosotros donde se esconde. Es difícil atraparla, Seb, pero la he puesto en la lista de vigilancia por sus estafas. Es lo mejor que la policía puede hacer por ahora.

A nadie le gustó esa respuesta, pero no podíamos hacer nada. Cuando Jansen volvió a marcharse, Sebastian estaba agitado, pero Sophie lo calmó con un suave beso en la frente.

—Sophie, gracias por ponerte en contacto con nosotros y venir —empezó Matthew, su mente ya entrando en modo líder—. ¿Qué tal si vuelves al trabajo y...

—No. —Se enderezó y se encontró con la mirada de Matthew—. Me tomo un permiso.

—¿Un permiso?

—Del restaurante, Matthew. Del trabajo. No voy a dejar a Sebastian aquí. Puedes despedirme si no estás de acuerdo. No me importa.

Ja. Es poco probable que la despida.

—Sophie, cariño...

—No me vengas con zalamerías —interrumpió, fulminando con la mirada a Sebastian. Luego nos miró a cada uno con firmeza, su terquedad se apoderó de ella—. Me quedo con Seb y punto. Necesita a alguien a su lado y yo soy la mejor candidata. Puedo llamarlos de inmediato si hay problemas y ustedes pueden centrarse en atrapar a los malos y a Vicky.

—Yo la relevo —me ofrecí de inmediato, ya mirando a Matthew porque sabía que sería el primero en discutir. El hombre quería estar en todas partes a la vez y ocuparse de todo el mundo, pero no era posible y tenía que aprenderlo. Sophie también lo sabía y me miró antes de seguir mi postura mientras esperábamos a Matthew.

Sebastian se aclaró la garganta y, para nuestra sorpresa, se unió también.

—No me importa que se turnen. Sophie es agradable a la vista y Rupert no es tan feo, al menos.

Eso me arrancó una pequeña sonrisa. Noté que Sophie lo miraba. Nos miramos el uno al otro, con la suya intensa, y me encontré deseando que los tiempos fueran diferentes y pudiera simplemente disfrutar del descanso con ella. Estar con ella era tan... diferente, como si me sacara

de mi vida acelerada y me diera un propósito.

Un propósito temporal, tuve que recordarme. Pero era mejor que nada.

Finalmente, Matthew se rindió y asintió.

—De acuerdo. Tengo que advertir a la pandilla, de todos modos. Solo...

Me lanzó una mirada que solo decía una cosa: vigílalos a los dos.

Asentí con la cabeza. No había necesidad de palabras porque pensaba dar mi puta vida por ellos si eso significaba ponerlos fuera de peligro.

## CAPÍTULO 16

### SOPHIE

No me había dado cuenta de lo mucho que importaba la edad y de lo mucho más joven que era Sebastian en comparación con los otros dos hombres hasta que fui testigo de cómo lo mimaban en cuanto le dieron el alta y volvió a casa, a nuestro departamento. Claro, solo había cinco años de diferencia con Matthew y un año con Rupert, pero esos dos eran mentalmente más maduros que él. Tal vez tenía mucho que ver con la crianza y cómo Matthew y Rupert habían tenido vidas más duras en su infancia, mientras que Sebastian venía de una bastante buena.

El hecho de haber estado a punto de perderlo les había afectado, así que no podía culparlos por haber estado pendientes de él cuando volvimos a instalarnos en el departamento. Pero a Sebastián no le gustaba que la gente se cerniera sobre él.

Y no le gustaba que no se recuperara tan rápido como había previsto el médico.

—¿Podrían ayudarme por aquí? ¿Hay alguien en casa?

Miré a Matthew, que había dejado de arreglarse la corbata y parecía dispuesto a salir corriendo hacia la habitación de Sebastian. Negué con la cabeza, luego tomé la medida extra y le bloqueé el paso también. Sabía que quería ocuparse de esto como quería ocuparse de muchas cosas de primera mano, pero ya se había ocupado de esto durante demasiado tiempo y necesitaba volver a ocuparse del restaurante.

—Yo me encargo —le susurré y le besé en la mejilla—. Ve a hacer lo tuyo.

—Se enfadará contigo. Últimamente está gruñón.

—No es nada que no pueda soportar —prometí, y luego cedí cuando su boca buscó la mía. Nos besamos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, prolongándolo hasta que sentí su erección rozándome el vientre. Ansiaba sostenerla y hacerle sentir bien, tal vez incluso tenerlo dentro de mí. Pero sabía que llegaría tarde si empezábamos con eso.

Matthew, sin embargo, no tenía las mismas preocupaciones mientras deslizaba una mano entre mis piernas y me tocaba donde más lo necesitaba. Gemí en su boca y cabalgué sobre sus dedos,

luego estiré la mano y lo restregué por encima del pantalón. Sus dedos eran tan hábiles que me corrí primero, y vi, aturdida, cómo se metía los dedos en la boca y chupaba la humedad. Aquello volvió a excitarme, pero se apartó antes de que pudiera sacarle la polla y acariciársela.

—Parece que no puedo hacer nada cerca de ti —refunfuñó, pero le hacía gracia—. No puedo esperar a estar dentro de ti otra vez, Soph.

—Entonces ven a follarme. —Hice un mohín.

—Más tarde. Cuando podamos ir despacio y pueda tomarme mi tiempo contigo.

Su promesa sonaba oscura y deliciosa. Sabía que no había forma de convencerlo si no era seduciéndolo agresivamente para que cambiara de opinión, así que lo besé una vez más y lo dejé marchar. Luego fui a ver a Sebastian.

El hombre estaba sentado en la cama, con el torso vendado, el brazo en cabestrillo y la mano escayolada. El vendaje de la cabeza había desaparecido y el ojo y la boca, antes hinchados, tenían mejor aspecto. Con su pelo dorado revuelto y la sombra de la barba incipiente que aún no se había afeitado, estaba adorablemente guapo. Me entraron ganas de colmarlo de besos y mimos. Pero fruncía demasiado el ceño y no estaba de humor, así que le ofrecí una sonrisa.

—Hola. Siento llegar tarde. ¿Con qué necesitabas ayuda?

Se señaló la mano y me hizo un mohín. Era el mismo mohín que le ponía a Matthew cuando quería salirme con la mía.

—Quiero que me quiten esta maldita cosa.

Debería haber sabido que se trataba de la escayola, teniendo en cuenta que se quejó de ella desde el primer día y de cómo limitaba el movimiento de sus manos. Me di cuenta de que Sebastian era todo gestos y movimiento de manos, su dramatismo era máximo cuando los utilizaba.

Comprendí cómo puede afectar a una persona perder su mejor válvula de escape, porque estaba bastante segura de que yo habría actuado igual si no se me hubiera permitido hacer las cosas que me gustaban. Era una faceta nueva para Sebastian, ya que normalmente era un hombre paciente, y le concedí otra sonrisa mientras me sentaba en la cama a su lado.

—Escucha. Podemos discutir sobre esto todo el día o puedes aceptar que la escayola no se quita hoy.



—¿Por qué diablos no? —refunfuñó. Pero la mirada que le dirigí lo tranquilizó lo suficiente como para abstenerse de sus habituales desplantes. Al cabo de un rato, suspiró de mala gana—. ¿Seguro que el médico ha dicho que no puedo quitármela antes?

—Si te la quitamos antes de tiempo, puede que aún no esté completamente curado y acabes aún más lesionado. ¿Qué tal si esperamos tres días más? Solo son tres días. No es tan grave, ¿verdad? Y tu otra mano aún tiene bastante movilidad.

Para enfatizar mi argumento, le cogí la otra mano y se la besé, luego apoyé la cabeza en su hombro bueno.

—Bien. Es mejor que nada.

—Sabía que entrarías en razón —le dije, sonriéndole.

Eso lo ablandó, pero me di cuenta de que seguía de mal humor y no había forma de convencerlo de que saliera de ese estado. Así que no me molesté.

—Por cierto, tengo que volver pronto al trabajo, así que probablemente no estaré aquí cuando te quites la escayola. Pero no puedo esperar a llegar a casa cuando se haya ido, bebé.

Eso lo hizo reflexionar.

—Me llamaste bebé.

—Solo porque ahora te comportas como uno —bromeé.

Volvió a hacer un mohín, pero cedió.

—Quizá me lo merezca.

Me reí entre dientes y le besé la mejilla. Me encantaba cómo perdía parte de su malhumor cada vez que le hablaba dulcemente. Esperaba que su buen humor durase los próximos días, sobre todo cuando yo no estuviese cerca.

O esperaba que si se ponía de mal humor, no fuera demasiado terrible.

\*\*\*

Fue divertido volver al trabajo, pero también estresante tratar de inventar excusas de por qué no

había estado con frecuencia, así que lo simplifiqué y dije que era una emergencia familiar. Para ser justos, Matthew ya era familia desde el principio y, por extensión, también lo eran los otros dos hombres. Pensé que era un buen comienzo para un día maravilloso y que nada podía estropearlo.

Me equivoqué.

Cuando volví al departamento con comida para llevar e historias de clientes que a Sebastian le encantaría escuchar, me recibieron unos débiles gritos procedentes de uno de los dormitorios. Que se convirtieron en fuertes gritos cuando abrí la puerta de la habitación de Sebastian y me encontré con Sebastian y Rupert teniendo una pelea a gritos sobre... ¿miradas?

—¡Eres un feo pedazo de mierda y deberías salir de mi departamento!

—¡Es nuestro departamento, matón, y tú tampoco tienes muy buen aspecto! De todas formas, ¿a quién coño le importa tanto cómo le quitan la escayola? Es solo un maldito yeso.

—¡Me lo arrancaste y podrías haberme roto los dedos! ¿Cómo diablos voy a funcionar sin mis dedos, zoquete?

Mis cejas se alzaron al intentar procesar lo ridícula que se estaba volviendo la discusión, sin que ninguna de las partes estuviera dispuesta a dar marcha atrás. Mi mirada se centró en la mano de Sebastian, libre de su yeso. Pero seguía teniendo problemas para mover los dedos, y me pregunté si eso había desencadenado la pelea.

—Chicos...

—Tu mano está *bien*. Es tu actitud la que necesita algunos ajustes en este momento.

—Yo no empecé esto —protestó Sebastian.

—Tú lo empezaste en el momento en que empezaste a actuar como si el mundo estuviera en tu contra —se mofó Rupert—. ¿Y sabes qué? No lo está. Estarás bien. Y no voy a tolerar más tus ridículas exigencias.

—Me parece bien.

—¡Chicos!

Mi segunda llamada de atención fue más fuerte y efectiva, deteniendo el resto de la discusión. Los dos hombres se fulminaron con la mirada, todavía muy agitados. Pero bastó una mirada mía para que Sebastian volviera la cabeza hacia otro lado. Rupert salió de la habitación sin mirar atrás. Besé a Sebastian en la frente, deduje que no quería hablar y cerré la puerta. Luego fui a la habitación de Rupert y traté de no mirar mientras se cambiaba de ropa delante de mí.

—Eso fue en parte culpa mía —murmuró—. Podría haber sido yo el primero en gritar.

—¿Por qué?

—Solo... cosas del trabajo. —Se pasó una mano por el pelo, luego se detuvo cuando yo hice lo mismo y finalmente tomé el relevo. Rupert cerró los ojos cuando empecé a masajearle las sienes, una señal de confianza que nunca dejaba de asombrarme, teniendo en cuenta nuestro accidentado comienzo. Le besé la mejilla.

—¿Los negocios van lento?

Se quedó un rato en silencio antes de acariciarse el regazo. Mis ojos se abrieron de par en par, pero no dudé en sentarme allí. Luego me tocó a mí guardar silencio mientras me contaba lo de la mercancía manipulada y cómo el cliente no solo había cancelado el contrato, sino que había anunciado a muchos de sus compañeros lo poco fiable que era el servicio de Rupert.

—¿Lo sabe Matthew? —le pregunté.

—Lo sabe. Pero acordamos no decírselo a Sebastian todavía. —Sus cejas se fruncieron—. Sé que se va a sentir aún más culpable por ello y no quiero esa carga adicional para él.

—Sabía que no estabas realmente enfadado con él.

—No, Soph. —Mi nombre sonó en parte advertencia, en parte gemido. Pero su bulto siguió endureciéndose bajo mi contacto, y creció aún más cuando lo liberé de sus confines. Rupert apoyó la cabeza en mi hombro mientras lo acariciaba lentamente, luego me agarró la nuca para poder aplastar su boca contra la mía—. Soph.

Su lengua era una locura y yo cedí, amando su sabor. Pero más allá del deseo había un entendimiento, nuestras mentes sincronizadas mientras él aceptaba la forma de consuelo que yo le ofrecía. Se me hizo la boca agua cuando sentí su semen en mis dedos, pero fue su gemido silenciado por nuestro beso lo que me hizo temblar.

Lo bombeé hasta que toda su semilla se derramó y luego le solté la polla cuando me estrechó con más fuerza en un abrazo feroz. Su profunda exhalación contra mí se sintió como una liberación aparte. Sonreí cuando sentí que la tensión desaparecía de sus hombros.

—Siento no poder ser de mucha ayuda, Rup.

En ese momento, me inclinó la cabeza y me besó más suavemente, con una intimidad que me hizo prisionera. Pero negué con la cabeza cuando su mano se deslizó entre mis piernas, deseando que aquel momento se centrara más en él que en mí. Cuando tomamos aire, unos ojos grises me miraron con tanta intimidad.

—Ya has hecho más que suficiente —dijo bruscamente—. Ni siquiera deberías estar involucrada en esto, Soph.

Pero quería estarlo, aunque no estuviera en primera línea. Sebastian estaba siendo un gruñón, Rupert se estaba guardando sus problemas para sí mismo, y Matthew estaba manejando demasiadas cosas al mismo tiempo. Mis hombres estaban estresadísimos.

Y debería hacer algo para al menos animarlos.

\*\*\*

Fue necesario que Matthew dijera por fin cuándo estaba libre para que yo pusiera en marcha mi plan, lo cual estuvo bien, ya que así Sebastian tuvo tiempo de recuperarse una vez que le quitaron los otros vendajes. Para cuando Sebastian pudo mover los brazos sin dolor, ya había globos y una pequeña variedad de comida en la isla de la cocina, con velas iluminando el ambiente. Sebastian salió de su habitación con los ojos marrones desorbitados.

—Vaya. ¿Qué es todo esto?

—Solo algo para celebrar.

—¿Celebrar qué?

No contesté, pero me alegré cuando empezó a comerse las fresas cubiertas de chocolate y bebió un sorbo de vino. Entonces llegaron por fin los otros dos hombres, se pararon en seco e hicieron la misma pregunta.

—¿Qué es todo esto?

Me aclaré la garganta y miré a cada uno de ellos a los ojos.

—Es un agradecimiento. Por dejar que me quede aquí y por ser tan... importante para mí. También es una celebración porque nuestro amigo está mejorando, y cuando digo mejorando, me refiero física y anímicamente. Ahora, ¿pueden ponerse cómodos?

Rupert se apoyó en la isla de la cocina y se cruzó de brazos, sin decir una palabra, su versión de estar cómodo. Matthew se sentó en el sofá, lanzándome una mirada interrogante. Yo les dirigí una de confianza antes de sentarme en el regazo de Sebastian, un movimiento que le hizo jadear de sorpresa. Pero enseguida me envolvió en un abrazo de oso por detrás y me respiró en el cuello.

—Te sientes mejor, ¿verdad? —pregunté, solo para estar segura.

Asintió con la cabeza. Me volví hacia él y me senté mejor a horcajadas sobre él, luego dejé que mi pecho rozara el suyo. Mis pezones ya estaban fruncidos y presionaban contra mi top. El calor de su cuerpo hizo que la humedad se filtrara en mi interior, y lo más natural fue apretarme contra él, con movimientos suaves y lentos que sabía que le gustarían. Sin duda, a su erección le gustaba, pues crecía y se endurecía frotándose contra mi muslo.

—Cariño, ¿me estás haciendo un baile erótico?

—¿No es obvio? —bromeé, y me mordí el labio cuando mi entrepierna cubierta con las bragas entró en contacto con su bulto. Incluso con las capas de ropa que nos separaban, la fricción era increíble. Mi baile erótico se volvió frenético cuando me quité la camiseta y dejé que me mirara el sujetador, pero le aparté la mano de un manotazo cuando intentó tocarme. Si me tocaba las tetas, me perdería en el placer y se acabaría todo.

Se me pusieron los ojos en blanco cuando inclinó la cabeza hacia delante y me pasó la lengua por la punta rígida del sujetador. Se rio cuando aparté la cabeza. Volví a ponerme a horcajadas sobre él, de espaldas a él.

—Cariño, ahora no puedo verte —se quejó.

Pero podía ver a Matthew y Rupert, que parecían sorprendidos por lo atrevida que me había vuelto con mi baile. Sus ojos me devoraban como si quisieran lamerme de pies a cabeza, como si quisieran abalanzarse sobre mí pero estuvieran aguantando por el bien de Sebastian. Me estremecí al añadir otra capa de excitación a mi ya acalorado estado.

—Entonces disfruta —susurré, echándome hacia atrás y girando todo mi cuerpo contra él hasta que pudo sentir cada centímetro. Maldijo, pero al igual que Rupert antes, sentí la tensión aliviarse de sus músculos, centímetro a centímetro glorioso, mientras yo continuaba mi pequeño baile.

Sebastián se comportó esta vez, ya no me tocaba. Pero seguía muy excitado, su polla era una barra de acero que yo deseaba cabalgar con todas mis fuerzas.

—Lo siento —murmuró.

—¿Perdón?

—Puede que haya sido un idiota estos últimos días.

—¿De verdad? —replicó Rupert, levantando una ceja. Sus ojos grises eran ardientes y solo me miraban a mí. Vi por el rabillo del ojo cómo Sebastian lo fulminaba con la mirada, pero esta vez no había calor.

—Lo fui —admitió Sebastian—. Fui un idiota y no llevé bien mis heridas. Pero seré mejor a partir de ahora.

—Es comprensible, Seb —canturreé, inclinando la cabeza para que pudiera besarme la mandíbula. Cuando por fin le hice un gesto para que se moviera, me agarró la barbilla y me metió la boca en la suya. Me sentí como en casa, y no tardó en devolvérmela con gusto, bajándome el sujetador de un tirón y acariciándome los pechos desnudos. Sentí descargas eléctricas en mi interior y tuve que contener un gemido de lo bien que me sentía—. ¿Cómo puedo hacerte sentir mejor?

—Ya me estás haciendo sentir mejor, cariño —gimió—. Dios. Si esto es una fiesta, quiero tener una fiesta todos los días.

Una risita suave salió de Matthew, que se acercó a la isla y probó la comida. Su voz también era áspera y su mirada devoraba cada movimiento.

—Las fiestas deberían ser eventos poco frecuentes —exhalé—. Pero podemos hacer cosas así todo el tiempo que queramos.

—Cuanto más tratas de mimarme, más me doy cuenta de lo imbécil que he sido. Diablos, fui un idiota aún más grande de lo que Rupert es a menudo cuando está de mal humor.

Miré a Rupert, que ocultaba una sonrisa tras la comida que sostenía. Como Sebastian se sentía realmente mal, me giré hacia él y lo besé para que no se sintiera culpable, y luego dejé que me quitara el sujetador por completo. Dos pares de ojos se quedaron mirándonos mientras Sebastian me lamía y chupaba los pezones hasta que me derretí. Queriendo tomar la iniciativa, me separé y me arrodillé ante él, le saqué la polla y me di un festín con ella.

Los gemidos de Sebastian resonaban en el salón mientras me agarraba el pelo con las manos y me suplicaba una y otra vez que pronunciara mi nombre. Cada vez que lo hacía, mi cuerpo se estremecía. Me levantó antes de que pudiera estallar, me quitó las bragas y me sentó sobre su polla antes de que pudiera protestar, aunque no quería protestar. Llena de él, lo cabalgué con fuerza, sin perderme la forma en que los dos hombres abandonaban la comida y se acercaban a nosotros. Luego me perdí en un frenesí de besos, caricias y mis amantes haciendo todo lo posible por complacerme cuando era yo quien debía hacerlos sentir mejor.

Sebastian estalló en mi coño mientras yo acariciaba dos pollas diferentes con las manos libres. Luego se turnaron para follarme mientras yo les devolvía la follada. La fiesta se volvió tan íntima y tan intensa que me sentí desbordada antes de darme cuenta. La pasión y el deseo chisporroteaban en el aire, provocados por estos tres que no parecían tener suficiente de mí. Yo tampoco podía saciarme de ellos, y hubo momentos en los que pensé que me estaba volviendo loca. Pero no importaba. Me regocijé en ello y dejé que sucediera, ávida de lo que pudieran darme y confiado en que no me dejarían caer.

Aunque solo fuera temporalmente.

## CAPÍTULO 17

SOPHIE

Las cosas iban viento en popa, con Sebastian ya totalmente recuperado y de vuelta al trabajo, donde todos lo acogieron de todo corazón. Luego estaba el asunto de los Cazadores metidos de lleno en la investigación, lo que significaba que también estaban en alerta para que lo que le pasó a Sebastian no le volviera a pasar a ningún otro miembro.

Aun así, iba con cuidado por la calle, siempre mirando a mi alrededor en busca de señales de algo extraño. Lo bueno era que siempre había alguien conmigo. Hoy, Jean era mi compañera.

—¿Seguro que te parece bien dejar el trabajo para venir conmigo? —pregunté por enésima vez.

—No he faltado al trabajo —protestó Jean, con los ojos centelleantes—. Te dije que tenía un permiso pendiente y este es el mejor momento para utilizarlo. Además, me ayudaste a elegir mi ropa nueva, así que es justo que yo te ayude a elegir la tuya.

Le sentaba bien su nueva ropa, una combinación de elegancia y emoción que la hacía parecer aún más atrevida.

—Y yo tengo dinero para gastar, así que me apunto —dijo Beth James. Era prima de un miembro de MC y le gustaba pasar el rato en la sede, así fue como nos conocimos.

Las dos mujeres me acompañaron al centro comercial, donde primero comimos algo antes de dirigirnos a la tienda de lencería. Pensé que podría elegir enseguida, pero la variedad de ropa expuesta me dejó abrumada. Beth no tuvo el mismo problema, eligió rápidamente un conjunto rojo y lo metió en una bolsa en cuestión de minutos. Yo me quedé rezagada, reduciendo la elección a un conjunto negro de bragueta y sujetador y un conjunto gris de pelo. Ninguno de los dos me convencía.

—¡Santo cielo! Coge el blanco —dijo Jean cuando descubrió dónde estaba.

Había muchas opciones blancas, pero mi mirada se centró en la que ella me señaló. Lo cogí del perchero e inspeccioné el forro plateado, apagado pero con clase. El dobladillo se detenía uno o dos centímetros por debajo del tanga de encaje, mientras que la parte del sujetador era de encaje



y seda. Sabía que llevarlo me dejaría los pezones al aire, y empecé a excitarme ante la perspectiva de que mis hombres me vieran con él puesto por primera vez.

—Con clase —comentó Beth, leyéndome el pensamiento—. Además, el color es perfecto. Resalta el color de tus ojos.

—Entonces voy a comprarlo.

Las dos se miraron y me dedicaron unas sonrisas pícaras y curiosas. Beth enarcó una ceja.

—Sé que yo estoy comprando mi lencería para mi novio. Pero no recuerdo que tú hayas mencionado uno.

—Estoy saliendo con alguien —confirmé.

—Basándome en tu rubor, apuesto a que no te ha visto en algo como esto antes. —La sonrisa de Beth se amplió—. Chica, lo vas a dejar alucinado.

—Yo... nunca me he propuesto seducir a nadie antes que a él. —A ellos—. Comprar cosas como esta es nuevo para mí.

—¿Es porque no es aventurero en la cama?

Me vinieron a la mente todas las posturas y cosas que nos habíamos aventurado a hacer y tuve que luchar contra otro sonrojo.

—No, él es aventurero. Solo quiero decir que en mis relaciones anteriores, nunca fue una opción. No nos dábamos tiempo para la variedad ni para sorprender al otro.

Tal vez a Brett le gustaba la variedad, pero yo ya no estaba involucrada.

—¿Y ahora? ¿Tu nuevo chico te obliga a experimentar o...?

—No, en absoluto. Quiero hacer esto. Me gusta hacerlo con él.

—Una vida sexual condimentada y no forzada, ni siquiera necesaria, significa que vas por buen camino —dijo Beth—. Me alegro de que estés en una relación sana, querida.

Cuando se dirigió a otra fila para elegir otro juego, Jean me dio un codazo.

—¿Quién es el afortunado, Soph?

Abrí la boca y luego la cerré. Una pizca de tristeza me invadió cuando me di cuenta de que no podía decírselo, a pesar de que eran tan buenas conmigo y sabía que podía confiar en ellas. Tenía que cumplir mi promesa a los hombres.

—Te lo diré cuando esté lista, ¿de acuerdo? Por ahora, todavía es bastante nuevo y quiero mantenerlo en privado.

Para mi sorpresa, a Jean no pareció importarle. Asintió con la cabeza en señal de comprensión. Pero la mayor sorpresa fue que no me había dado cuenta de que ya llevaba unos meses con mis amantes y esto ya no era nuevo. Habíamos cogido un buen ritmo y me había acercado a cada uno de ellos. Sebastian y yo actuábamos como mejores amigos en el trabajo, íntimos cuando podíamos robarnos tiempo a solas. Rupert y yo lo teníamos cuando me llevaba de excursión en moto y pasábamos tiempo en acantilados aislados, contemplando las luces de la ciudad y hablando de lo que se nos ocurría.

Y Matthew... Matthew me hacía sentir protegida cada vez que me metía en su cama por la noche y me quedaba abrazada hasta la mañana.

Me tembló la mano al darme cuenta de que las cosas entre nosotros ya no eran casuales.

Pero quizás nunca fueron casuales, ni siquiera al principio.

\*\*\*

Mi extraño estado de ánimo no duró mucho, ya que pasamos más tiempo en el centro comercial y simplemente pasamos el rato. Pero no fue hasta que me dirigía al restaurante que mi excitación se disparó, haciendo que las mariposas revolotearan en mi estómago. Había comprado otro conjunto que tenía muchos tirantes y me lo puse inmediatamente debajo de la ropa, y me moría de ganas de provocarlos todo el día y darles pequeñas pistas hasta que se dieran cuenta. Harían todo lo posible por fingir que todo era normal, pero sabía que en el fondo se volverían locos... y me moría de ganas de que volviéramos a estar solos en el departamento y pudieran utilizar toda su energía contenida conmigo.

—O en el despacho —murmuré. No habíamos vuelto a hacerlo en el despacho desde la primera vez, y me humedecía la idea de que me arrastraran allí y me ordenaran guardar silencio mientras me tocaban. ¿Podríamos pasar desapercibidos y en silencio la segunda vez?

—¡Sophie!

Todavía sonreía cuando oí que llamaban mi nombre. Debido a mi buen humor, tardé un rato en darme cuenta. Luego me tranquilicé cuando por fin reconocí la voz, un poco tarde, porque ya había visto a la figura que tenía delante.

—¿Brett?

—Sophie, menos mal que estás aquí. Estoy tan contento de haberte encontrado.

Realmente era Brett, llevaba vaqueros, una camisa y sus características gafas caras. Me di cuenta de que no tenía tan buen aspecto como creía que había tenido antes cuando se ponía esa ropa, pero lo más chocante era que estaba aquí, a pocos metros de mi lugar de trabajo. Parecía un sueño febril y mi mente se tambaleaba.

—¿Qué haces aquí? —cuestioné.

Dio un paso adelante, pero algo en mi expresión debió de hacer que dejara de dar otro. Extendió las manos en un gran gesto, con ojos suplicantes.

—Cometí un error. Quiero que vuelvas.

Seguía dándole vueltas a la cabeza, lo que no hizo más que aumentar la confusión. Sin embargo, mi boca fue más rápida que mi cerebro y empezó a hablar antes de que pudiera ordenar mis pensamientos.

—¿En serio? ¿Después de acostarte con mi jefa y traicionar mi confianza? ¿Me quieres de vuelta así como así?

Al menos decía palabras inteligentes, no tontas. Brett no perdió su mirada suplicante. Sacudió la cabeza, negando mis palabras.

—No es lo que piensas. En cuanto nos viste en esa oficina, corrí tras de ti. Te llamé y traté por todos los medios de localizarte. Ver el departamento vacío me hizo darme cuenta de lo mucho que me importabas, y desde entonces intento buscarte.

Intenté diseccionar lo que decía, sorprendiéndome al encontrar algo de sinceridad en ello. Pero tenerlo aquí no encajaba con el nuevo entorno en el que me encontraba, y aún no estaba preparada para ello.

—Brett...

—Soph, hablo en serio. Cada palabra.

Esta vez, había una pizca de insistencia en sus súplicas y eso me hizo sentir algo dentro. La sospecha aumentó. No había dado ninguna información sobre mi paradero, es cierto, pero tampoco había sido muy sigilosa con mis movimientos, e incluso había llamado a Recursos Humanos de mi antiguo trabajo para conseguir algunos documentos para mi próxima búsqueda oficial de empleo. Le bastó con indagar un poco para averiguar dónde estaba, así que ¿por qué había tardado meses en encontrarme?

Más allá de eso, algo resonaba con fuerza y firmeza en mi interior. No me invadió la alegría por el reencuentro. De hecho, tampoco sentía ningún tipo de dolor, la visión de él ya no tenía ningún efecto en mis entrañas.

Fue una locura. Me quedé estupefacta cuando me di cuenta de que había seguido adelante sin darme cuenta hasta ese momento. Pero me lo tomé con calma y lo miré.

—Lo siento, Brett. No quiero volver contigo.

Brett parpadeó, no muy preparado para lo fácil que me salió la respuesta.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Cuando siguió mirándome confundido, me entró un estremecimiento de lástima. Me aclaré la garganta—. Escucha, tuvimos una buena relación, pero...

—¡Pero no puedes hacer esto!

El cambio de voz suave a un grito en toda regla me hizo parpadear a mi vez.

—¿Qué?

—No puedes hacer esto, Sophie.

—¿Por qué no?

—Mi familia te echa de menos.

Hubo un segundo clic de comprensión, más duro que el anterior.

—Quieres decir que tu familia cree que cometiste un error y te presiona para que vuelvas conmigo —deduje—. Porque la familia de Sam no es rica y ella no tiene dinero. No encaja en la alta sociedad y, por lo tanto, no la aprueban.

Una mirada dura cruzó sus rasgos antes de que la frustración se asentara. Sacudió la cabeza.

—Ni siquiera era tan serio como para intentarlo. Ella no significaba nada para mí. Solo estaba estresado con el trabajo y no teníamos tiempo el uno para el otro. Ella era la única disponible y me aliviaba el estrés.

¿Acaso aquel imbécil me estaba culpando sutilmente de su aventura? Me reí con sorna.

—Sí, bueno, arruinaste nuestra relación por algo que no era serio, así que perdóname si no estoy entusiasmada con todo esto. ¿Quién sabe cuándo volverás a estar *estresado* y te follarás a la próxima mujer disponible?

—No lo haré. Esa fue la última y no volverá a ocurrir.

—No, Brett.

—Solo necesitas tiempo para pensarlo. Te daré tiempo. Podemos superar esto y tener un gran futuro juntos.

Intenté no enfadarme, de verdad. Pero poco a poco se estaba apoderando de mí. Sabía que tenía que poner fin a esta conversación antes de ceder a esa emoción.

—No necesito tiempo. No voy a volver contigo, Brett, y eso es definitivo. Tú y yo podemos tener un gran futuro, seguro. Separados.

Hablé con la mayor firmeza posible sin gritarle. Antes de que pudiera decir otra palabra, lo esquivé, con la intención de entrar en el restaurante y dejar este intercambio en el pasado, donde pertenecía. Pero una mano me rodeó la muñeca antes de que pudiera salir. Cuando tiré de ella, Brett pasó de mi muñeca a mi brazo y lo apretó con fuerza.

—Oye —grité, mientras el dolor se extendía hacia abajo—. Suéltame. Me estás haciendo daño...

—No estás siendo razonable. Si me escucharas...

Justo cuando estaba a punto de tirar por segunda vez, su agarre ya no estaba sobre mí y un

cuerpo se interpuso entre nosotros. Hubo un torbellino de conmoción antes de darme cuenta de que Brett estaba dando un paso atrás y Sebastian le estaba impidiendo llegar hasta mí. Los músculos de Sebastian estaban tensos y su expresión hablaba de una tormenta.

—¿No acaba de decir que no quiere volver contigo? Eso significa que no tienes derecho a obligarla. De hecho, ni siquiera tienes derecho a tocarla.

Sin bromas, sin complacencia. Su voz era de acero y me di cuenta de que se esforzaba por quedarse quieto. Antes de que pudiera estirar la mano para calmarlo, la voz de Rupert flotó en el aire.

—¿Qué demonios está pasando? Seb, ¿qué...?

Rupert echó un vistazo a mi brazo enrojecido y palideció. Entonces la furia estalló con tanta fuerza que mi corazón se desplomó y supe lo que vendría a continuación cuando su mirada se clavó en Brett. Salté hacia delante para detenerlo, pero de nuevo un cuerpo bloqueó el mío y alguien tiró de Rupert hacia atrás antes de que pudiera saltar sobre Brett y atacarlo como un loco.

—Aquí no —ladró Matthew, aferrándose al brazo de Rupert. Sebastian sujetaba el otro, pero ni siquiera su fuerza combinada era suficiente para evitar que Rupert se agitara. Me colé entre ellos sin decir palabra y me abracé a su torso.

Inmediatamente, Rupert se aquietó mientras su mirada volaba hacia mí.

—Rupert, no. Por favor, no. No merece la pena —susurré, suplicante. Volvió a mirarme el brazo y gruñó, pero negué con la cabeza insistentemente—. Es solo un moratón. Ya se me pasará.

—Te hizo daño. Te hizo daño, carajo.

El agarre de Sebastián se tensó sobre Rupert al oír sus palabras, y comprendí que él y Matthew también estaban refrenando su temperamento. Intenté concentrarme en Rupert.

—Y no volverá a hacerme daño. No se lo permitiré —prometí—. Deja que se vaya.

Detrás de nosotros, se oyó una sonora burla.

—Oh, ahora lo entiendo —dijo Brett.

Me estaba cansando de él y de su presencia aquí. Me giré y fruncí el ceño.

—¿Entiendes qué? —solté.

—Por qué no quieres volver conmigo. Has estado ocupada.

Mi mano libre se enroscó a mi lado, pero me obligué a desenroscarla. De nada servía decirles a los hombres que se calmaran si yo no podía hacer lo mismo. Respiré hondo.

—Brett, te sugiero que te vayas ahora mismo y te olvides de esto. Olvídate de mí. No estamos llegando a ninguna parte con esta conversación...

—Sí, bueno, qué cómodo para ti, ¿no? Teniendo en cuenta que tú ya te habías olvidado de mí —se mofó. El Brett suplicante e insistente había desaparecido, y en su lugar había un hombre que me miraba como si yo fuera la forma de vida más baja y estuviera más que asqueado. Pero más allá de eso había una malicia creciente que me revolvió el estómago—. Aquí estaba yo sintiéndome tan culpable, ¿y qué has estado haciendo tú? Te has estado divirtiendo.

—Cállate, Brett. Vete ahora.

Pero él se negó, todavía con ganas.

—Debería haber sabido desde el principio que acabarías así. Vine aquí con las intenciones más puras, pero ¿qué me encuentro? Que te prostituyes. Tienes a tres hombres llenándote el coño y follándote de lado como la maldita zorra que eres...

Antes de que pudiera hacer nada para callarlo, alguien estranguló a Brett. La mano lo envolvió con más fuerza y lo obligó a retroceder hasta que se estrelló contra la pared y se quedó allí. Pero la mayor sorpresa fue que era Matthew quien lo sujetaba. Matthew intervino, con un movimiento similar a un látigo que aún afectaba a la calma. Pero su voz era mortal cuando habló.

—Termina esa frase y te prometo que es la última palabra que saldrá de esa sucia boca.

Los ojos de Brett se abrieron de par en par. Abrió la boca para hablar, pero la mano que le rodeaba el cuello apretó con más fuerza.

—Estás al lado de mi restaurante, lo que significa que estás en mi propiedad —dijo Matthew en un tono bajo y controlado—. Lo que significa que estás causando una escena en mi propiedad y allanamiento de morada. Puedes seguir haciéndolo y tener a la policía encima en cuestión de minutos. Incluso puedo ponerte un ojo morado y a nadie le importaría, ya que solo estoy defendiendo mi propiedad. O puedes ser alguien con sentido común e irte mientras puedas. Solo

te hago esta advertencia.

La tensión subió tanto que yo también me ahogué y supe que Matthew estaba a segundos de matar a Brett si protestaba. Nunca lo había visto tan frío, el peligro impregnando cada fibra de su ser. Me estremecí, comprendiendo por qué era el líder de los Cazadores. Por qué, aparte de su compasión y sus dotes de autoridad, respetaban sus decisiones y lo admiraban tanto. Eso se demostró aún más cuando, en lugar de golpear a Brett contra el suelo, Matthew dio un paso atrás y dejó ir al hombre.

Brett emitió un sonido estrangulado y se agarró el cuello, donde los moratones eran tan rojos como los míos. Me miró por última vez, visiblemente enfadado. Pero junto a la rabia había una mirada de derrota, pues por fin comprendía que no podría volver a acercarse a mí. Levanté la barbilla para dejar claro el punto y me negué a decir otra palabra. Fue la gota que colmó el vaso y se hizo a un lado, evitando nuestro frente unido, para luego darse la vuelta y marcharse dando pisotones.

Me estremecí. Una mano me rodeó la cintura y me estrechó en un cálido abrazo, mientras otra me protegía de las miradas. Me di cuenta de que se había formado una multitud a nuestro alrededor, y eso no hizo más que agravar mis nervios y mi consternación. Mis hombres me abrazaban íntimamente en público, y las palabras de Brett...

Había salido a la luz. Todo lo que habíamos intentado ocultar y mantener sagrado estaba a la vista del mundo.

—Se acabó el espectáculo, amigos —gritó Matthew y dio una palmada—. Pasen si tienen hambre o sed. Tenemos algunos especiales esta noche y la primera ronda de bebidas va por cuenta de la casa.

El filo de su voz desafiaba a cualquiera a decir una palabra, y ni siquiera los clientes que habían salido a ver el alboroto estaban a salvo del peligro que emanaba de él. Observé la figura de Brett en retirada hasta que desapareció, aliviada de que todo hubiera terminado. Pero un duro sentimiento se arremolinaba en mi estómago, negándose a marcharse. El daño estaba hecho, irreversible por muchas excusas que pusiéramos. El restaurante lo sabría. Los Cazadores lo sabrían.

Lo peor de todo es que cualquiera de los testigos podría ser un Guerrero Lobo disfrazado.

Y ya no había vuelta atrás.



## CAPÍTULO 18

MATTHEW

—No has dicho una palabra desde que salimos del restaurante.

El tono de Sophie era suave, pero no me impidió recordar todo lo que le hizo y le dijo el imbécil de su ex. Como el negocio tenía que continuar, tuvimos que volver al restaurante y fingir que todo iba normal. Pero era consciente de los murmullos de la gente y de las miradas que nos dirigían, y cada segundo que pasaba me volvía loco hasta sentir que iba a explotar. Estaba tan furioso de que se hubiera hecho público y de no poder terminar lo que tanto deseaba hacer, retorcerle el cuello a ese bastardo hasta que dejara de respirar. Matarlo de una puta vez por tan solo respirar en su dirección. Era un tipo de violencia poco habitual en mí, y necesité todo mi autocontrol para mantenerla a raya y acabar reprimiéndola.

Ahora, horas más tarde en nuestro departamento, seguía sintiendo náuseas, pero por motivos diferentes. Me destrozaba que el secreto hubiera salido a la luz, sí, pero solo porque ella ya no estaba a salvo y podría experimentar algo peor de lo que había experimentado Sebastian. ¿Podría vivir con eso?

—Matt —intentó de nuevo, tratando de llegar a mí. Cuando seguí sin hablar, Sophie finalmente se hartó y me agarró de la muñeca. Podría haberme apartado, pero no tuve valor cuando ella tiró insistentemente de mí hasta que quedé frente a ella. Sus ojos preocupados se encontraron con los míos y su pulgar frotó automáticamente la palma de mi mano para tranquilizarme. Estaba funcionando.

Era demasiado buena para mí. Demasiado amable. Y por mucho que me doliera, sabía lo que tenía que hacer. No había otra opción.

—Deberíamos terminar con esto, Soph.

Su pulgar se detuvo. El resto de su cuerpo también lo hizo, poco a poco, hasta que se quedó completamente inmóvil. Tragué saliva, aprensivo ante la idea de hacerle daño. Pero que otra persona la hiriera más brutalmente era mucho peor, y no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que ocurriera. Intenté buscar en mi confusa mente las palabras adecuadas, pero se me

escaparon.

—Sé que es repentino...

—No.

La interrupción me pilló desprevenido.

—Soph...

—La respuesta es no, Matthew. No voy a dejar que hagas esto. Me niego. No te dejaré ir, y eres un cobarde si lo haces.

Parpadeé. Luego la examiné de cerca y observé que, aunque aún no se había movido, su expresión era la de alguien dispuesta a luchar. Se estaba poniendo firme de la manera más calmada.

—Soph. —Lo intenté de nuevo—. Parece que no lo entiendes.

—Oh, lo entiendo. Intentas romper conmigo porque crees que es lo más noble. Intentas mantenerme a salvo de los rumores, de esa banda y de la ira de mi padre —se mofó—. Sí, bueno, es demasiado tarde porque el secreto ya se ha desvelado y soy un objetivo andante para esa banda si alguna vez les llega la noticia. En cuanto a mi padre...

Me quedé de piedra cuando sacó el teléfono y empezó a marcar un número que reconocí después de tantos años. Yo llamaba a ese número de vez en cuando, para ver cómo estaba un amigo que siempre había sido amable conmigo en nuestros años mozos. Se me escapó un sonido de la garganta mientras caminaba hacia ella, pero Sophie me esquivó y se negó a colgar la llamada. La comprensión brilló en su rostro como si supiera que ésa era la última barrera invisible que nos separaba.

—Sophie, tienes que dejar esa llamada —advertí, a punto de fruncir el ceño—. Tu padre...

—Hola, papá. ¿Cómo te va?

Me callé.

—Sophie, sabes que debes concertar una cita cuando me llamas en plena jornada laboral.

La voz de Paul Jones resonó en la habitación cuando Sophie lo puso en el altavoz, sobresaltándome. Pero fueron sus palabras las que más llamaron mi atención.

—Lo sé, papá, y siento haberte llamado de improviso. Pero te prometo que es importante.

—Hmm. ¿Hay algo que quieras decirme?

La voz de Paul sonaba como si ya estuviera esperando noticias. Sophie respondió sin perder un segundo.

—Sí. Rompí con Brett.

Esperé el aluvión de preguntas del hombre, pero lo único que hizo fue suspirar.

—No me extraña que su padre haya estado intentando concertar reuniones conmigo. ¿No crees que esté relacionado con los negocios?

—No lo creo, papá.

—Es decepcionante. Llevo tiempo queriendo hacer negocios con él y sería molesto esperar una charla de negocios y obtener otra cosa.

—También podrían ser negocios, pero sé que sus padres quieren que volvamos a estar juntos. Lo han estado presionando.

—¿Seguro que no hay posibilidad de que vuelvan a estar juntos?

—Había una tercera persona involucrada por su parte, papá. ¿Tú qué crees?

De nuevo, esperé la indignación del hombre por su hija, igual que me había enfurecido cuando la encontré herida y vulnerable en la puerta de mi casa. Pero me llevé una sorpresa cuando Paul volvió a suspirar.

—Los terceros siempre lo estropean todo —confirmó Paul—. Si mete a un tercero, ¿cómo vamos a confiar en que no meta a alguien que no es de fiar en el negocio?

—¿Así que no estás enfadado porque haya terminado con él? —preguntó con cuidado, y me di cuenta de que esperaba al menos algo de enfado. Pero la respuesta de Paul fue firme.

—En absoluto. Creo que hiciste un movimiento inteligente al no involucrarte con alguien tan

poco fiable.

No me lo podía creer. No era lo que esperaba, y caí en la cuenta de que tal vez esperaba una buena reprimenda y estaba dispuesta a luchar contra ella. Vi cómo la tensión desaparecía visiblemente de sus hombros. También hubo un destello de tristeza, pero la determinación se apoderó rápidamente de ella y se asentó en las líneas de su cuerpo. Sabía lo que venía a continuación e intenté detenerla de nuevo, pero ya se estaba apartando y hablando.

—Por cierto, estoy con tu buen amigo Matthew Curb. ¿Lo recuerdas?

—Claro que me acuerdo de él —afirmó Paul, y su voz se animó. La culpa me asaltó.

—Hola, Paul —saludé, con la voz tensa aunque intentaba relajarla—. Cuánto tiempo sin hablar.

—Estoy saliendo con tu buen amigo, papá.

La forma en que Sophie saltó al tema sin previo aviso me sentó como un maldito ataque al corazón. Me quedé boquiabierto mirándola. Ella me devolvió la mirada, con la mandíbula rígida de terquedad. Era demasiado tarde para retractarme de sus palabras, así que me preparé mientras se hacía el silencio en la línea.

—¿Matthew? —Paul hizo eco—. ¿Estás saliendo con Matthew?

No podía dejar que siguiera cargando con todo, no cuando ya era tan valiente desde el principio. Como si se hubiera activado un interruptor, la determinación endureció mi cuerpo y carraspeé.

—Sí. Está diciendo la verdad. Estamos saliendo. Siento que te hayas enterado así, Paul.

Un sonido estrangulado llamó mi atención y tardé un rato en comprender que procedía de atrás y no de la llamada telefónica. Me giré y vi a Sebastian y a Rupert merodeando cerca de la puerta principal, con las orejas aguzadas. Los fulminé con la mirada, desafiándolos a que hicieran otro ruido.

—¿Cómo va el negocio?

La pregunta de Paul me devolvió a la llamada telefónica.

—¿Qué?

—Todavía tienes un negocio en la ciudad, ¿no? —preguntó—. ¿Tu restaurante?

Estaba desconcertado por el rumbo que estaba tomando el tema, pero me dejé llevar.

—Me va bien. Estoy pensando en ampliarlo dentro de unos meses. Quizá el año que viene si hay tiempo y recursos suficientes.

—Qué bien. ¿Va a ser otro restaurante? ¿O estás pensando en expandirte a otro mercado?

—Lo más probable es que siga siendo un restaurante. Realmente no he pensado en ello. —Hubo una pausa pesada, sobre todo viniendo de mí. Entonces lo dejé ir y dije lo que quería decir desde hacía mucho tiempo—. Paul, estoy enamorado de tu hija.

No podía verlo, pero en el silencio que siguió se oyó caer un alfiler a kilómetros de distancia. Incluso Sebastian y Rupert se pusieron sobrios, el primero perdió su expresión burlona.

—¿Eso significa que no involucrarás a terceros en esta relación?

Una vez más, la pregunta de Paul me cogió desprevenido, pero ya sabía mi respuesta.

—Si te refieres a engañarla, entonces no. Diablos, no.

—Bien. Eso significa que eres alguien a quien puedo confiar mi hija y el negocio.

En ese momento todo encajó. No importaba lo que yo dijera, la mente de mi amigo volvía sobre el mismo tema, porque para él todo giraba en torno a ese asunto. Era una faceta suya que yo había vislumbrado antes, pero no en todo su esplendor. Tal vez era una faceta que no llegué a ver porque entonces éramos personas diferentes: yo luchando por sobrevivir y él intentando hacer realidad sus sueños empresariales. Algo dentro de mí se movió y mi vena sobreprotectora se dirigió directamente hacia Sophie. Mis hombros se enderezaron.

—No quiero meterme en tus negocios —me encontré diciendo. Ya estaba preparado para los insultos o para una larga insistencia en que era importante si quería estar con su hija.

Pero, *de nuevo*, Paul me metió en otro bucle cuando dio un suspiro resignado y emitió sonidos de aprobación.

—Veo que todavía tienes la determinación que tenías cuando éramos jóvenes. Me gusta.

—¿Paul?

—Entiendo, Matthew. Hablaremos de ello cuando estés preparado. No eres el único con agallas, y soy bastante bueno convenciendo a la gente. —Se rio entre dientes—. Parece que mi hija también tiene determinación, además de una buena cabeza. Siempre he querido que desarrollara esas dos cualidades, y parece que lo ha hecho sin dejar de ser independiente. Sigue siendo independiente, ¿verdad?

—Yo... Sí. Lo es.

—Háblame de la ampliación cuando estés preparado para llevarla a cabo. Tengo mucha curiosidad por los detalles y tus planes.

Sabía que llegaría el día en que uno de los dos tendría que ceder, pero también sabía que habría un largo tira y afloja antes de que eso ocurriera. Me di cuenta de que no me importaba, no si eso significaba poder estar con la mujer que tenía a mi lado.

Todo era tolerable y superable para Sophie.

Cuando fue obvio que no iba a ceder, Paul arremetió duramente contra ella, y volví a darme cuenta de que nunca los había visto interactuar realmente en el ámbito de los negocios. Mi tiempo con ellos consistía en charlas de trabajo con Paul o cenas en la mesa familiar, donde Mary siempre se aseguraba de que estuviéramos relajados y riéndonos de las cosas más mundanas. Sin embargo, Sophie parecía resignada a ello, y una oleada de celos surgió cuando se me ocurrió que podrían haber concertado un matrimonio social para ella si yo no estuviera en el panorama. Los celos desaparecieron cuando terminó la llamada y ella se quedó allí, en silencio. Y una mujer vulnerable y hermosa que se merecía el mundo. Sebastian y Rupert seguían sin decir palabra, y en los rasgos de Rupert volvía a haber una tormenta.

Antes de que pudiera romper el silencio, ella se aclaró la garganta y me enfrentó. A nosotros.

—Se ha hecho rico en los últimos años. Bueno, más rico de lo que ya era, y su mundo gira en torno al negocio que le proporciona esa riqueza y a la familia que influye en cómo puede ampliarla.

—¿Y Mary? —pregunté.

—Mi madre lo quiere. —Se encogió de hombros—. Si cree que es por el bien de la familia, le

parece bien. Me apoya, pero apoya más a mi padre. Son compañeros en todos los aspectos.

—Ya veo. —Mi mano se crispó.

—Supongo que mi relación contigo significa que aprueba tu forma de hacer negocios...

—Al diablo con eso.

—¿Qué? —Los ojos verdeazulados se abrieron de par en par ante mi exclamación.

La miré fijamente. Me había invadido una ferocidad, una ferviente necesidad de hacer entender mi punto de vista.

—No estoy aquí contigo por un maldito negocio. Estoy aquí contigo porque quiero.

Un sonido salió de su garganta cuando me acerqué, sin poder evitarlo. Esta vez ya no me esquivó. La tensión desapareció, sustituida por una tímida sonrisa que se convirtió en algo radiante.

—Creía que querías romper conmigo —bromeó.

—¿Qué demonios?

El arrebató nos hizo mirar a Sebastian, que me lanzó una mirada acusadora.

—¿Estás rompiendo con ella? —preguntó.

—Para protegerla —aclaré—. Pero ella no me dejó.

El orgullo brillaba en el rostro de Sebastian mientras miraba a Sophie con fiereza. Rupert estaba callado como de costumbre, pero tenía la misma expresión íntima y feroz al mirarla.

—Buena chica —elogió Sebastian—. No dejes que el bastardo dicte quién eres y con quién quieres estar.

Yo tampoco podía dejar de mirarla.

—Siento lo de la llamada. Sobre las prioridades de tu padre. El Paul que conocí tenía mente para los negocios, pero nunca fue así de...

—¿Intenso? Sí, lo sé. Pero no hay necesidad de lamentarse. Valoro los pensamientos de mi padre, pero me valoro más a mí misma. —Levantó la barbilla—. Y valoro más mi relación con ustedes tres. Sé que ahora ha salido a la luz y que puede haber consecuencias, especialmente para ustedes, pero espero...

—Te quiero, Sophie —solté, sin querer que pensara ni por un segundo que me importaba menos. Que no lucharía por ella—. Me he enamorado de ti sin darme cuenta.

Se le cortó la respiración cuando le acaricié la cara.

—Sé que soy mayor, mucho mayor, y probablemente te mereces un hombre mejor...

—Te quiero, Matthew —interrumpió, negándose a dejarme terminar—. Sebastian. Rupert. Los quiero a los tres y son exactamente lo que merezco. Merezco la felicidad, y ustedes me hacen feliz.

La intimidación cambió otro grado hasta que cayó como un silencio en el salón. Sebastian se acercó y la abrazó por detrás.

—Siempre me encantan las grandes declaraciones y estoy con él. Te quiero, Sophie Grace Jones. No me importa si soy mayor y todo eso.

Todos miramos fijamente a Rupert. Él nos devolvió la mirada, se aclaró la garganta y abrió la boca. Luego siseó, avanzó hacia nosotros y le dio a Sophie un beso largo y ardiente que nos dijo exactamente cómo se sentía. Ella se rio y lo disfrutó, y luego se turnó para besarlo a él y a Sebastian. Yo fui el último, así que lo saboreé con cada pizca de mi cuerpo hasta que sentí que también podía saborear su amor.

—Entonces, ¿se acabó la ruptura? —preguntó cuando nuestros labios se separaron, con los ojos brillantes.

—No te dejaré ir —prometí.

—Un movimiento estúpido, por cierto.

—Cállate, Seb.

Para mi sorpresa, Rupert no se quedó callado.



—Fue un movimiento bastante estúpido, Matt.

Tuve que reírme mientras nos tumbábamos en el sofá y la rodeábamos. Como mi corazón estaba contento, mi mente volvió a su camino de pensamiento, uno que daba vueltas y revueltas antes de precipitarse hacia un destino. Toqué el hombro de Sophie y esperé a que los tres me miraran.

—Tengo un plan —fue todo lo que dije mientras pintaba una imagen distinta en mi interior—. Un plan arriesgado, tal vez incluso un poco estúpido, pero creo que funcionará.

## CAPÍTULO 19

### SOPHIE

La llamada que recibí a las diez de la noche, mientras me relajaba en el sofá viendo la tele, me puso inmediatamente los nervios de punta hasta que me envolvió casi como una advertencia. Todo mi cuerpo estaba tenso mientras miraba el teléfono que sonaba antes de armarme de valor para contestar. Cuando lo hice, la voz al otro lado de la línea no era la de Jean.

—Tengo a tu amiga. Te convendría venir a buscarla y no decir nada de esto a nadie. Te enviaré la ubicación. Debes estar allí en media hora. Ven tu sola. Tu amiga estará en graves problemas si no lo haces.

La llamada se cortó bruscamente. Me entró el pánico. Una parte de mí se lo esperaba, pero la otra esperaba que fuera una llamada normal en la que Jean me contara su día y todas las cosas que quería hacer conmigo. Ya habíamos hecho una lista y algunas incluso incluían visitar lugares que no estaban en la ciudad. El giro de nuestra amistad había sido la mayor y más agradable sorpresa de mi vida, aparte del romance que encontré con mis tres hombres.

Ahora, Jean estaba en peligro y todo por mi culpa.

Me picaban los dedos con el deseo de marcar un número, pero sabía que era demasiado tarde para hacer planes y mi tiempo era limitado. Así que cogí mi abrigo y salí del departamento en un santiamén, optando por tomar el transporte público mientras me apresuraba hacia la dirección que me habían enviado por mensaje de texto. Sabía que no estaba en el territorio de los Cazadores, y eso era deliberado. También sabía que no se me calmaría el estómago si mis hombres volvían a casa y no me encontraban, así que les envié a cada uno el mismo mensaje.

«Salimos a tomar algo con Jean. Volveré pronto».

Cuanto más avanzaba, más me familiarizaba con la zona. Respiré hondo cuando llegó la hora de bajarme y agaché la cabeza mientras recorría el resto de la ruta tan rápido como me permitían mis pies. Minutos después, me quedé mirando el edificio de aspecto abandonado antes de meterme dentro. Esperaba que me bombardearan con algo espeluznante, algunas ratas e incluso trampas, pero la visión que me recibió fue mucho peor.

—¡Jean!

Estaba atada en una silla, amordazada, y parecía que llevaba allí un buen rato. Me dolía el corazón mientras corría hacia ella, pero me detuve cuando tres figuras se interpusieron y me cerraron el paso. Los dos hombres vestían de negro y sus tatuajes de lobos eran visibles, pero la mujer parecía vestida de rojo para matar, incluido el pintalabios. Guapísima, conectó mi mente, mientras observaba su piel suave y su exuberante cabello. Extremadamente hermosa.

—Sé quién eres —me encontré diciendo.

—Y me impresiona que vinieras corriendo sin refuerzos en cuanto recibiste la llamada. *Eso* es lo que yo llamo una verdadera amiga. —La mujer me estudió, fijándose también en mi aspecto. No parecía impresionada—. No eres lo que esperaba.

—Y tú eres exactamente lo que esperaba —respondí—. Utilizas a la gente para conseguir lo que quieres. He oído que eso es típico de ti. Bueno, ahora estoy aquí.

Y yo no estaba preparada. Eso se hundió en mi mente como un mantra, sobre todo cuando no sentí el zumbido de mi teléfono. En el momento justo, uno de los hombres se adelantó y me registró sin previo aviso. Siseé e intenté zafarme, pero me estremecí cuando me sujetaron por la fuerza. Me puse muy nerviosa cuando me sacaron el teléfono del bolsillo y vi cómo leían los mensajes y se lo entregaban a ella. Vicky.

Vicky leyó mi último mensaje y sonrió con satisfacción.

—Chica lista. Conoces el valor de tu amiga.

Miré a Jean, me picaban los dedos. Intenté decirle sin palabras que estábamos lejos de estar preparadas, que había llegado demasiado pronto y que debería haber habido muchos más obstáculos antes de llegar hasta ella. Necesitaba tiempo. Jean se estremeció, una muestra abierta de miedo. Pero sus ojos... Estaban firmes, tranquilos, y me hablaban.

*Tú puedes*, decían esos ojos.

El coraje me envolvió como una manta. Me quité el abrigo y se lo eché sobre los hombros, frunciendo el ceño a los hombres cuando intentaron retenerme de nuevo. Vicky me observaba como un halcón, con expresión de suficiencia cuando les hizo señas para que se marcharan.

—Déjanos en paz. Quiero lidiar con esta sola.

Se miraron entre ellos, pero la mirada que ella les dirigió hizo que se alejaran a regañadientes. Sentí que se me quitaba algo de tensión de los hombros, pero no bajé la guardia mientras Vicky me rodeaba.

—No intentes nada —advirtió—. O...

—Ella la paga —terminé y alcé una ceja—. Ya lo sé. Lo dijiste en la llamada.

Vicky afinó la boca, disgustada por mi interrupción. Pero no había perdido su mirada de suficiencia.

—Así que tú eres a la que se están follando.

—No.

—¿Te atreves a negarlo cuando tengo un montón de testigos? —se mofó Vicky—. Incluso se subió un vídeo de tu pequeño fiasco. Cuatro hombres peleándose por ti. ¡Ah! No puedo creer que incluso consiguieras que su líder se acostara contigo. ¿Qué tan acogedor es eso?

—Te equivocas.

—Pero acabo de *decir* que hay un video...

—Quise decir que te equivocas al pensar que solo me acuesto con ellos —dije, procurando bajar el tono de voz. La ligereza hizo que pareciera que éramos dos amigas conversando, aunque lo que realmente quería era darle una bofetada por todo lo que les había hecho a Sebastian y a Rupert. A Jean. La miré a los ojos—. No solo me acuesto con ellos. Los amo y ellos me aman.

La sorpresa brilló en sus facciones al oír mis palabras. Luego, una mueca de desprecio cruzó su hermoso rostro y pude ver cómo empezaba a formarse la ira.

—Rupert, ¿enamorado? ¿Y Sebastian? Estás hablando de un tipo duro y un playboy. Les encanta utilizar a la gente, sobre todo en la cama. —Me tensé cuando se acercó hasta quedar a distancia de susurro—. Follan duro, y el amor nunca está en la mezcla, aunque si suplicas, te harán promesas. Apuesto a que suplicaste mucho y los obligaste a decir que te querían mientras estaban dentro de ti, ¿verdad? Yo solía hacerlo.

Sin más, mi temperamento se desató. ¿Cómo se atrevía? Me invadió la furia por el hecho de que aquella mujer pudiera tergiversar algo tan tierno y pensar que el sexo equivalía al amor. Apreté el

puño detrás de la espalda, pero una mirada a Jean me recordó el motivo por el que estaba aquí. Hice lo posible por calmarme y ladeé la cabeza.

—Entonces eso no era amor —dije—. Te deseaban hasta que descubrieron lo mezquina y horrible que eres en el fondo. No entenderías el amor ni aunque te golpeará entre los ojos.

—Tú...

Una mano me agarró del brazo, pero tiré de ella.

—No me toques...

—Pequeña imbécil. ¿Crees que solo porque tuviste a los tres y estás con ellos ahora vas a vivir feliz para siempre? Sí, bueno, ahora eres la número uno en mi lista.

—¿Por qué? ¿Qué podrías hacer para arruinar aún más mi reputación?

Vicky sonrió satisfecha, pero la mirada dura en sus ojos no se fue.

—Podría difundir ese vídeo hasta que todo el mundo piense que eres una zorra. Haré sufrir a tu pandillita con jugarretas y pequeños errores de los que no se recuperarán. ¿Creías que había terminado con el asunto de Rupert? Eso fue solo el principio.

Mi corazón latía con fuerza. Tuve que morderme la lengua con todas mis fuerzas.

—Sebastian y Matthew no estarán a salvo —continuó Vicky—. Podrás verlos sufrir cuando termine con ellos...

—¡Vicky!

El chasquido en el aire procedía de una voz diferente, llena de impaciencia y exasperación. Eché un vistazo al regreso de los dos hombres, pero el tercero que estaba con ellos no me resultaba familiar. Me fijé en su complexión enjuta y en los tatuajes que tenía por todo el cuerpo, similares a los de Rupert. De nuevo, el símbolo del lobo destacaba en su brazo, pero su rostro estaba limpio salvo por la barba desaliñada.

También había un cuarto hombre, aunque aún no podía llamarlo exactamente así. Parecía más bien un adolescente, con la mirada vacilante y dividida entre la incertidumbre y el nerviosismo. Era escuálido y parecía totalmente nuevo en todo aquello. Volví a centrarme en el tercer hombre

y observé cómo unos ojos oscuros me miraban con curiosidad.

Vicky hizo un mohín y deslizó un brazo alrededor de su cintura, acariciándole la barba. Era evidente que no le gustaba cómo me miraba. Los dos intercambiaron un tórrido y ardiente beso antes de que el hombre volviera a centrar su atención en mí.

—Tú debes de ser el novio —supuse.

—Protector —corrigió Vicky. Su voz se había vuelto dulce y un aire vulnerable la rodeaba mientras se apoyaba en el hombre—. Víctor ha sido mi protector número uno desde el principio.

Vicky y Victor. Qué oportuno. Aunque sonaba como una damisela en apuros, parecía dispuesta a arrancarme la cabeza, incluso más que cuando me burlé de ella por Sebastian y Rupert. ¿Podría eso jugar a mi favor?

—Un pajarito me dijo que ella había metido las manos en los negocios de Rupert Garth —dije, ignorándola y dirigiéndome a Víctor.

Se le hinchó el pecho. Vicky siseó hasta que se desinfló, y empezó a acariciarle el estómago hasta que un bulto delator se hizo prominente en sus pantalones. Horrorizada, aparté la mirada.

—Ella tuvo la idea, pero la ejecución fue toda mía —dijo Víctor con orgullo—. Eso te pasa por meterte con lo que es mío.

—¿Eres consciente de que se lo inventó todo y fingió ser la víctima para ganarse la simpatía de tu banda? Fue ella quien jugó con ellos, no al revés —dije con el ceño fruncido.

—Perra...

Me preparé para la bofetada, pero todos nos sobresaltamos cuando Víctor le agarró la muñeca y se la retuvo. Vicky fue la más sorprendida, con los ojos desorbitados. Pero Víctor sabía cómo manejarla, al parecer, ya que la acercó y la besó de nuevo hasta que se calmó. Algo en el intercambio hizo que mis sentidos se agitaran hasta que hizo clic.

—Lo sabías —deduje—. Todo este tiempo sabías que ella no era la víctima.

Una sutil mirada a los otros dos hombres me lo confirmó, ya que no parecían sorprendidos en lo más mínimo. Víctor me dirigió una mirada de aprobación.

—No eres tan tonta para ser una chica Cazadora.

—¿Y tu pandilla siguió la corriente? ¿*Son* tontos?

—Cuidado con lo que dices —me advirtió. Esta vez, me encogí un poco ante el hielo silencioso de su voz—. Estás hablando con el sublíder de esa banda y no toleraré insultos.

—Ya veo. —Una pausa—. Si tuviste que ver con la manipulación, entonces debes haber tenido que ver con algunas de las otras cosas.

—¿Estás tratando de insinuar que soy incompetente y que él lo está haciendo todo? —siseó Vicky.

—Nena, eso no es en absoluto lo que está diciendo —canturreó Víctor, pero me di cuenta de que se sentía halagado por mis palabras. Su mirada petulante se cruzó con la mía—. Y te equivocas. No son solo *algunas cosas*.

—¿Tuviste algo que ver en todo? ¿Las jugarretas de los huevos? —Mi cuerpo se quedó paralizado.

—Esos eran juegos de niños, pero sí. Tenía que empezar por algún sitio. Con esas ratas nos pusimos muy creativos. —Sonrió satisfecho—. Pero fue con el negocio es donde empezamos a ponernos serios.

La sospecha aumentó, y de repente empecé a hacerme una idea completa de la verdad. Pero necesitaba sacarla de sus labios.

—Tu líder debe confiar mucho en ti para dejarte manejar estas cosas. —Hubo una pesada pausa, en la que le hice creer que solo estaba procesando las cosas. Jadeé—. Tu líder...

—No tiene por qué saberlo todo —confirmó—. Tiene cosas más importantes que esto.

*Lotería*, me gritó el cerebro. Quería gritarle a Jean y decirle que habíamos conseguido lo que queríamos. En lugar de eso, seguí su ejemplo de mantener la calma a pesar del sutil temblor de sus hombros. Miré a Víctor con escepticismo.

—Seguro que no puedes llevar a cabo tantos grandes planes tú solo. Incluso con *su* ayuda, es imposible.

Vicky resopló, dispuesta a echármela en cara otra vez. Pero Víctor levantó una mano, infló el pecho una vez más y se aclaró la garganta.

—Bueno, entonces, déjame que te cuente cómo es posible.

No podía creer que estuviera escuchándolo jactarse de todo lo que había hecho con todo detalle, y cada información que salía hacía que mi corazón bombeara hasta sentir que iba a explotar. Como aún me mostraba escéptica, él y Vicky se jactaron de los miembros de la banda implicados, que eran menos de los que yo esperaba.

—Entonces, ¿solo tu pequeño grupo está implicado? ¿Los demás no tienen nada que ver? Eso es...

—Brillante —terminó Víctor.

—Pero, ¿para qué? ¿Por qué tienes como objetivo a los Cazadores?

—Porque son una panda de maricones que se creen mejores que yo, y mi líder cree que *no están mal*. Pero ya verá. Los arruinaré y no quedará nada que nadie pueda admirar.

Oh.

Me di cuenta de que no se trataba solo de tener ventaja, sino de celos. Abrí la boca, pero Víctor estaba seguía hablando entusiasmado.

—Verá lo patéticos que son. Los Cazadores no son más que un montón de aspirantes y su poder es una ilusión. Se dará cuenta de que soy su camarada más leal y verá lo mucho que he hecho por nuestro grupo.

—Y él sabrá cada pequeña babosada que hiciste. Te lo puedo garantizar.

La voz de Matthew retumbó en el aire e hizo que todo el mundo se moviera a la vez. Por instinto, salté de mi sitio para proteger a Jean y me agaché para desatlarla a toda prisa cuando Víctor, Vicky y los tres hombres se abalanzaron como si fueran a luchar. Pero era demasiado tarde, ya que unos hombres salieron de las sombras y los rodearon, y eran hombres que reconocí. Se me subió el corazón a la garganta cuando Víctor opuso resistencia hasta que Matthew se interpuso directamente en su camino y lo sujetó por el cuello, igual que hizo con Brett.

Una mano rodeó la mía. Miré a Rupert, que me tiró hacia atrás mientras unos ojos grises me



aseguraban que todo iba bien. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba temblando mucho y no conseguía nada con las cuerdas. Respirando hondo, retrocedí y dejé que él las cortara en su lugar. Jean y yo volamos hacia la otra cuando quedó libre, abrazándonos con fuerza hasta que nuestros temblores cesaron.

—Lo hicimos —susurró.

Asentí con la cabeza, aún incrédula. Cuando estuve más tranquila, me zafé del abrazo y esperé a que Jean sacara un pequeño dispositivo de su zapato. Yo saqué otro similar de mi sujetador.

Luego tocamos los dos aparatos hasta que nuestras voces llenaron el aire.

—Qué demo... —Víctor graznó y luego se ahogó al sentir que Matthew lo sujetaba con más fuerza. Rupert se apresuró a acercarse cuando Víctor forcejeó con más fuerza y los dos lo inmovilizaron.

Sebastian, que había estado sujetando a Vicky para mantenerla en su sitio, la ignoró mientras ella intentaba zafarse de él con zalamerías. Solo tenía los ojos puestos en mí y estaban llenos de orgullo mientras, segundo a segundo, los dispositivos de grabación reproducían todas las palabras pronunciadas desde que llegué. Incluso reproducía a Jean suplicando con todas sus fuerzas y a Vicky amenazándola con las cosas más soeces. Cuando por fin terminaron las grabaciones, Víctor siseó.

—Eso no prueba nada. Podría ser cualquier voz...

Se le salieron los ojos de las órbitas cuando el escuálido adolescente se encogió de hombros y guiñó un ojo a sus supuestos enemigos. No lo conocía, pero me habían dicho que Wesley era un chico descarado al que le gustaba hacer recados y que era muy leal a Matthew, quien también lo salvó de problemas cuando era más joven. Los nervios y la incertidumbre de antes desaparecieron cuando Wesley se acercó y agitó otro aparato en el aire. Cuando lo tocó, obtuvimos una repetición de lo sucedido, grabada por la cámara.

Vicky palideció. Los ojos de Víctor se volvieron locos, pero Matthew estaba frente a él y le hablaba en un tono suave y sencillo.

—Tenemos todo en audio y vídeo. Tu confesión, los nombres de los implicados y los no implicados, exculpando a tu líder de toda culpa. Y por si aún no lo has comprendido, te han tendido una trampa, no al revés. ¿Creías que dejaríamos que secuestraran a Jean tan fácilmente?

—Matthew miró a Wesley, que sonrió—. Realmente deberías vigilar a quién dejas entrar en tu grupo, pero supongo que estabas desesperado por obtener ayuda externa, ya que no podías contarle exactamente a tu líder y a tus miembros sobre tus sucias actividades.

—Yo...

—Se acabó. Estás acabado. Estamos enviando este vídeo al líder de tu banda mientras hablamos, y pronto se enterará de tus fechorías. No sé por qué no lo sabes, pero he estado hablando con él esta última semana. —Las palabras de Matthew dejaron helado a Víctor—. Es un tipo decente y él cree que yo también lo soy. Creo que si le pides perdón, no te matará.

—Tú...

—Pero si vuelves a gastarnos una broma, a secuestrar a uno de los nuestros o a tocarnos un solo pelo de nuestro cuerpo, todas las pruebas que tengamos aquí serán enviadas a la policía, y ya sabes que los policías de nuestra ciudad no son tan indulgentes como tu líder. —Una pesada pausa cubrió el aire de hielo—. No vuelvas a meterte con nosotros. Jamás. Diles lo mismo a tus hombres.

Matthew hizo una señal. Sus hombres soltaron a los demás, incluida Vicky, que me lanzó tal mirada de odio que me tensó el vientre. Pero sabía que había sido derrotada y echó a correr, haciendo sonar sus tacones al salir. Los dos hombres la siguieron, con el pánico visible en sus cuerpos.

Finalmente, Víctor siguió su ejemplo, ya sin petulancia. Él también tenía pánico y tropezó al salir, sus pasos fueron los más ruidosos hasta que desapareció.

—Vigílenlo a él y a sus cómplices —advirtió Matthew—. Creo que ya lo tenemos controlado, pero quiero asegurarme de que no tomen represalias por desesperación.

—Kyle está en ello —asintió Sebastian.

Se intercambiaron más información e instrucciones, pero apenas podía prestar atención mientras mi mente se concentraba en una cosa. Los hombres malos estaban acabados y todos estábamos a salvo.

Y eso era todo lo que necesitaba saber cuando por fin solté las amarras y fui a abrazar a las personas que amaba.

## CAPÍTULO 20

SEBASTIÁN

—Hola, chica. Te ves muy sexy hoy.

Mis palabras arrancaron una sonrisa a Sophie, que estaba muy nerviosa cuando llegamos al cuartel general para oficializar por fin nuestra relación con los miembros. Ahora solo había satisfacción en su rostro, una tranquila serenidad que la hizo resplandecer cuando los Cazadores le dieron la bienvenida con más entusiasmo que la última vez. Sabía que tenía mucho que ver con el hecho de que Jean difundiera la noticia a todo el mundo y probablemente exagerara algunas de las hazañas heroicas de Sophie. Pero, sinceramente, no era difícil que Sophie gustara a todos cuando era simplemente increíble.

Una vez eliminado el obstáculo del secretismo, la vi mezclarse un poco más y conectar mejor con la gente a la que consideraba mi familia. También vi cómo lo celebraban, cuando por fin resolvimos el misterio de quién nos estaba saboteando y pudimos dejarlo atrás sabiendo que la banda ya no era rival.

—Gracias, cariño —bromeó, tumbándose en el sofá y levantando el pie para masajearlo. Me senté a su lado y me hice cargo del masaje, divertido cuando ella cerró los ojos y gimió agradecida. Luego abrió un ojo para mirarme—. Tú tampoco estás tan mal.

Rupert entró en el departamento, nos echó un vistazo y se desplomó a su otro lado. Oculté una sonrisa cuando se inclinó y le besó el hombro, todavía asombrada de que mi amigo fuera un hombre cambiado que ya no temía mostrar afecto y confianza. Nos quedamos así un rato hasta que carraspeé.

—Entonces, ¿alguna idea de cuándo llegará Matthew? —pregunté.

—Todavía estaba en el cuartel general cuando me fui —dijo Rupert—. ¿Por qué?

—Nada. —Pero mi nada consistió en trazar con mis dedos alrededor del tobillo de Sophie hasta que su pie se arqueó hacia mí. Sonreí a Rupert, que nos observaba atentamente—. Se podría decir que estoy de humor.

—¿Estás bromeando? —refunfuñó Sophie—. Estuvimos de pie todo el día en el trabajo y en el cuartel.

Pero inclinó el cuello cuando la besé allí, permitiéndome más acceso. Su pezón se frunció bajo mi mano, incluso cuando solo lo rocé por encima de la blusa. Le desabroché la blusa.

—Tiene razón. —Las palabras de Rupert eran de regaño, pero no podía faltar la forma en que sus ojos grises contemplaban con avidez cómo le bajaba el sujetador y jugaba con su teta izquierda. Cuando dejé al descubierto la derecha, su mano no pudo evitarlo y la acarició también, hasta que ella se retorció en el sofá—. Estamos todos cansados.

—Yo puedo hacer todo el trabajo. Puedes mirar, Rup, si quieres. O puedes ir a tu habitación y dormir un poco.

—No dije que estuviera *tan* cansado —murmuró Rupert, para mi regocijo. Puso los ojos en blanco ante la mirada de suficiencia que le dirigí, pero se le calentaron al ver lo que había entre las piernas de Sophie cuando las separé.

Me vino a la mente una idea que había estado cocinándose a fuego lento desde que visité una tienda hacía unos días. Dos miradas de desconcierto me siguieron cuando me dirigí a mi dormitorio, saqué un objeto del cajón y me apresuré a salir para reunirme con ellos. La expectación se apoderó de mí cuando levanté algo y esperé a que se dieran cuenta.

—¿Es un juguete sexual? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Definitivamente es un juguete sexual —confirmó Rupert. Me lanzó una mirada de advertencia—. Seb...

—Es un vibrador —expliqué, con la mirada fija en ella—. Y es tu decisión, Soph. Si no estás cómoda con él, puedo guardarlo y no tenemos que hablar de ello...

—Quiero probarlo.

Sus palabras fueron como una caricia personal a mi polla, gustándole lo que oía. Mi expectación fue en aumento mientras me hundía en el suelo, le apartaba las bragas y procedía con lo que había estado deseando hacer desde que la vi salir de su dormitorio con su falda a cuadros aquella mañana.

Ya estaba mojada y resbaladiza cuando la lamí, y sus gemidos sonaban como música de fondo.

Rupert se ocupó de su boca y sus tetas mientras ella se dedicaba a acariciarle la polla, aunque insistía en no sacársela para poder hacer que todo girara en torno a ella. Yo no podía estar más de acuerdo. Seguí lamiendo, embriagado con su sabor.

Cuando creí que estaba lista, le puse la punta del vibrador en la raja, subiéndolo y bajándolo para que se familiarizara con la textura. Tenía forma de pene y era grande, pero no más que yo o los dos chicos. Sin embargo, su coño tembló cuando lo puse en modo suave y lo deslicé dentro de ella tan despacio como pude. Esperaba que fuera un proceso incómodo, ya que era su primera vez, pero el vibrador se introdujo en sus resbaladizos pliegues en cuestión de segundos y su cuerpo se retorció sin descanso.

En cuanto lo tuve bien asentado, subí la intensidad y casi la hago volar por los aires. Rupert sonrió, divertido, y luego siseó cuando ella le palmeó con más fervor en respuesta a lo que le hacía el vibrador. Ajusté el juguete un par de veces hasta que las vibraciones alcanzaron sus puntos más sensibles, y luego me dediqué a lamerle el resto del cuerpo hasta que me tiró del pelo y un gemido brotó de su garganta.

—Seb... Rup... por favor...

Me reí entre dientes, comprendiendo su súplica aunque no pudiera terminarla. Rupert también lo entendió, estimulándole los pezones cuando por fin introduje un dedo más en su interior. Acompasó sus movimientos a los míos. Ella mecía su cuerpo contra nosotros y el juguete, con gemidos sensuales que salían de ella y aumentaban de volumen.

Dios, ella era tan sensible y era suficiente para volver loco a cualquier hombre. Pero yo era un cabrón posesivo y solo quería que nos volviera locos a mí y a mis dos amigos. Esta vez, sin embargo, quería ser yo quien la volviera loca, así que saqué el juguete y volví a introducirlo dentro de ella. Lo hice una y otra vez, fingiendo que era mi polla la que la follaba. Sus pliegues la succionaban cada vez, apretándola con fuerza, y era un espectáculo digno de contemplar. Luego la masturbé por todas partes con el vibrador, menos en el lugar donde más lo deseaba, con la intención de prolongarlo. Cuando vibró contra su pezón, gimió tan deliciosamente que el sonido llegó directamente a mi polla. Me sobresalté cuando estuvo a punto de arrancarme el pelo de un tirón.

—Joder, Seb. Deja de provocarme y tócame ahí.

Las palabras hicieron que Rupert y yo nos quedáramos inmóviles, atónitos al oírlas de ella.

Luego asentimos con la cabeza y nos pusimos manos a la obra: yo volví a introducirle el vibrador y rocé su clítoris con el pulgar y la lengua. Bastaron unas pocas sacudidas para que su cuerpo se estremeciera y sus gritos de gloria llenaron la habitación cuando se corrió para nosotros. Estaba tan duro de tanto saborearla y oírla, pero me empeñé en no ser egoísta. Seguí chupándole el clítoris para prolongar su placer, y solo me detuve cuando por fin se desplomó contra Rupert. Él la abrazó con fuerza, le besó la frente y la tranquilizó cuando se recuperó.

Y fue entonces cuando se abrió la puerta principal.

Ninguno de los dos nos apresuramos a cubrir nuestra posición o lo que estábamos haciendo. Solo miramos a la puerta y esperamos a que Matthew dejara de estar preocupado y se diera cuenta por fin de lo que pasaba en el salón. Se detuvo en seco y su mirada se ensombreció cuando reconoció el juguete que seguía metido en su coño. Pero se iluminó cuando vio la expresión de felicidad de ella, claramente tan enamorada cuando sonrió.

—¿Llego demasiado tarde? —le preguntó en voz baja.

—Llegas justo a tiempo. —Ella le devolvió la sonrisa.

Sonreí. Todo pintaba bien y pensé que nada podría arruinarlo.

\*\*\*

Una semana después, ese pensamiento cambió cuando Sophie reveló su noticia.

—¡He conseguido el trabajo! —anunció, con una alegría en la voz que hacía tiempo que no oía. Eso fue porque tardamos un tiempo en eliminar de Internet los vídeos de su enfrentamiento con su ex y las dos primeras empresas a las que se presentó se enteraron y la rechazaron inmediatamente. Había sido duro verla abatida mientras luchaba por mantener la esperanza, pero su expresión me decía ahora que esta empresa era diferente—. No mencionaron ningún vídeo y se quedaron impresionados con mi experiencia laboral. Supongo que a Sam le quedaba algo de decencia para mantener el escándalo en secreto y darme una recomendación elogiosa.

—Más bien tenía miedo de que la descubrieran y la demandaran —murmuró Rupert. Le di un codazo y sonreí cuando Sophie estaba demasiado distraída para darse cuenta. Extendió las manos y sonrió.

—De todos modos, están viendo a la nueva asistente de ventas de La Corp.

—¿Ventas? —preguntó Matthew, sorprendido—. ¿No de secretaria?

Sacudió la cabeza en negativa.

—Descubrí que me gusta hablar con la gente cuando trabajaba para ti, y mi experiencia allí ayudó a convencerlos de que me dieran una oportunidad en ese departamento. Quiero seguir hablando con la gente y descubrir sus intereses. Quiero contribuir a que comercialicen sus productos sin perder el control sobre su aspecto ante el mundo, y creo que darles muchas opciones y conseguir que se convenzan de la correcta es un buen paso.

Así supe que iba a destacar en el nuevo campo que había elegido. Me di cuenta de que sus noticias no arruinaban exactamente las cosas, pero el temor me invadió mientras me preparaba para lo que vendría a continuación.

—¿Cuándo empiezas? —preguntó Rupert.

—La semana que viene. Los beneficios son buenos y el sueldo también, así que firmé el contrato. —Al final vaciló. El silencio llenó el salón mientras esperábamos a que siguiera hablando, pero ella esperó a que Matthew descorchara la botella de champán para continuar—. La verdad es que el sueldo es *muy bueno*, y creo que por fin podré permitirme un buen departamento más cerca de La Corp. Me puse en contacto con una amiga que es agente inmobiliaria, y está buscando vacantes ahora mismo.

Rupert fue a la nevera a por una cerveza mientras Matthew servía el champán en las copas ya preparadas. Me quedé entre ellos y Sophie.

—¿Es esto lo que quieres?

Se encontró con mi mirada ante mi pregunta, con conflicto en sus ojos. Había tanta tristeza que me dolía, pero la esperanza también presente me impidió acercarme a ella. Sabía que ella quería esto, tal vez incluso lo necesitaba. Sabía que acabaría mudándose, sobre todo cuando ese había sido el plan desde el principio.

Pero mi corazón gritaba, no quería dejarla ir. Me di la vuelta, no quería ser egoísta cuando eso significaba su felicidad. Casualmente, eché un vistazo a Rupert y lo encontré sujetando su botella de cerveza con demasiada fuerza, a punto de romperla. Pero se encontró con mi mirada y sacudió la cabeza, comprendiendo la importancia de permanecer callado.

—Es lo que quiero —respondió finalmente.

Matthew se aclaró la garganta.

—¿Te mudas?

—No, claro que no. —Sus palabras me dejaron sin aliento—. No la parte de la mudanza, sino el trabajo. Quiero empezar de nuevo. Quiero hacer lo que me gusta y en lo que sospecho que soy buena. Quiero tener una carrera y unos ingresos y... está demasiado lejos. Este departamento, quiero decir. Si me quedo aquí, sería difícil desplazarme. El nuevo lugar está más cerca y mucho mejor ubicado. Tengo que hacerlo.

Y ahí estaba, el ligero temblor en su voz que me dio la pista de su impotencia. Una vez más, quise pedirle que se quedara, pero sabía que no sería práctico. Una mano me agarró de la muñeca y volví a mirar a Rupert, sobresaltado al darme cuenta de que ya estaba caminando hacia ella. Pero estaba mirando a Matthew, no a mí. Así que también me centré en él.

Matthew ladeó la cabeza.

—¿Hay alguna posibilidad de que tu agente encuentre un departamento de cuatro dormitorios en la misma ubicación? ¿Tal vez un *penthouse*?

—¿Qué? —preguntó Sophie.

—¿Qué? —solté al mismo tiempo.

—Algo tan cómodo como este —continuó Matthew—. Tal vez cinco dormitorios si queremos transformar uno de ellos en gimnasio. A menos que ustedes tengan otros requisitos...

Tardíamente, me di cuenta de que nos estaba mirando en busca de confirmación. Rupert asintió.

—Estoy bien con cuatro o cinco dormitorios.

—Me parece bien cualquier cosa. —Se me aceleró el corazón e intenté no reírme—. Siempre puedo dormir en el sofá. O en la habitación de Sophie.

Sophie emitió un sonido en la garganta. Rebosaba esperanza e incredulidad.

—Pero esta es su casa —protestó débilmente—. Y la ubicación está en el otro lado...



En ese momento, todos dimos un paso adelante, nuestras mentes en sincronía. Matthew le cogió los hombros con las manos y la giró hasta que nos miró de frente.

—Sophie, tú eres nuestro hogar —murmuró—. Esto es solo un departamento. ¿Y qué es un cambio de ubicación, de todos modos, cuando todos tenemos vehículos? No es que el restaurante esté tan cerca de aquí, de todos modos, así que no nos afectará tanto.

—Y el cuartel general está más cerca de tu nueva ubicación —intervino Rupert en voz baja.

Esta vez no pude reprimir la sonrisa.

—Es el lugar perfecto para mudarse y empezar de nuevo. Para celebrarlo.

—Y ya que estamos en el tema de la celebración, toma.

Se quedó mirando la caja que Matthew le tendía. Su mano tembló cuando la cogió y yo contuve la respiración. ¿Le gustaría? ¿Lo odiaría? No habíamos planeado dárselo hasta después de que empezara a trabajar, pero...

Sophie jadeó cuando lo abrió. Me pareció vislumbrar lágrimas cuando tocó la joya, un brillante colgante en forma de lágrima que hacía juego con el color de sus ojos.

—¿Qué es esto?

—Solo una pequeña muestra —respondí, rodeándola con un brazo mientras con la mano libre le secaba las lágrimas. También se las quité de las mejillas con un beso—. Espero que te guste, cariño.

—¡Me encanta! —exclamó y se le escapó la sonrisa más dulce y radiante que existía—. Los quiero. A los tres.

La besé hasta que se le quitó la sonrisa y me aparté para que los dos hombres tuvieran su turno. Minutos más tarde, todo se volvió frenético y tuvo lugar otro tipo de celebración, que trasladamos al dormitorio, mi dormitorio esta vez. Observé con ferviente deseo y mucho amor cómo la mujer de nuestros sueños gritaba de éxtasis cuando Matthew la penetraba y le hacía el amor, y luego cuando Rupert hacía lo mismo. Cuando llegó mi turno, la miré a los ojos mientras nos mecíamos en nuestros cuerpos, consumidos por emociones que nos llenaban hasta el borde. Cuando me corrí dentro de ella, su nombre salió de mis labios y su corazón retumbó contra el mío.

Me equivoqué. No se había estropeado nada.

De hecho, mudarme a un nuevo lugar fue la guinda del pastel, y me moría de ganas de construir esta nueva vida con ella.

## CAPÍTULO 21

RUPERT

—¡Feliz Navidad!

Parpadeé al detenerme en seco y me quedé boquiabierto mirando el departamento. Lo que antes era un lugar prístino y acogedor se había convertido en el *país de las maravillas invernal* con el árbol de Navidad, una chimenea chisporroteante y luces centelleantes que le daban a todo un aire festivo. Mi mirada se deslizó hacia Sophie, que se acercó a mí con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Dios, siempre se me olvidaba lo guapa que era, y cada vez que la veía era como una explosión para el sistema.

Intentó saltar a mis brazos. La cogí pero la esquivé, con el corazón saltando de terror. Sophie lo sintió y soltó una risita mientras me llenaba la cara de besos entusiastas.

—Relájate —dijo—, un pequeño choque no le hará daño.

Mi mano se dirigió automáticamente a su vientre para palparla. El jersey rojo que llevaba se tragaba la mayor parte de su cuerpo, pero aún podía detectar el pequeño bulto que ya se estaba formando. El asombro me invadió y me dejó sin palabras, así que me limité a alargar la mano hasta que mi boca se apretó contra la suya y por fin pude besarla como es debido. Al principio fue un beso suave, luego se volvió vertiginoso cuando sentí su calor y su creciente excitación. Pero el bulto que me rozaba el estómago me recordó que no podía ser tan brusco con ella como antes, así que me aparté con una risita.

—No choquemos hasta que estemos en la cama y en una posición más cómoda —sugerí. Casi me río cuando pareció dispuesta a saltar a la cama al oír mis palabras. En lugar de dejar que me tirara, le besé la nariz—. Feliz Navidad. Esto es perfecto. Eres jodidamente perfecta.

—No, no lo soy. Me estoy poniendo enorme y...

—Guapísima, tengas la talla que tengas —terminé. Le incliné la barbilla hasta que me miró—. Perfecta para devorarte hasta que gimas bajo mis pies toda la noche, pero tengo la sensación de que tu excitación inicial no se debía a eso.

No me equivoqué. Volvió a encenderse y luego se inquietó mientras tiraba de mí hacia el sofá. La escuché mientras llamaba a Matthew y él se disculpaba por el altavoz.

—Siento llegar tarde. Estoy intentando librarme de esta reunión del consejo, pero tu padre se está portando como un cabrón. Creo que ya casi hemos terminado y estoy deseando llegar a casa. Pero también tengo que asegurarme de haber limado asperezas para que no haya más reuniones en el futuro. Es un *gran* fan de las reuniones.

Puso los ojos en blanco. Yo también. Conocí a Paul Jones una vez, cuando ella nos presentó a Sebastian y a mí como sus amigos, sin querer que a su padre le diera un infarto por nuestra verdadera relación. Era un hombre encantador que evaluaba a las personas en función de su estatus social, pero solo cuando esas personas estaban íntimamente relacionadas con su hija. Como solo éramos sus «amigos», era perfectamente amable con nosotros. Matthew, mientras tanto...

—Dile que mamá lo está esperando con su cena especial. He oído que va a invitar a unos amigos nuevos, ya que yo no voy hasta Año Nuevo.

Se lo pensó mejor, decidió intentarlo y colgó el teléfono. Me dirigí a la cocina y marqué otro número, todavía sorprendida de lo grande que era el espacio en comparación con el antiguo. Pero también era más acogedor, y había que agradecerse a Sophie.

—Hola, viejo —saludó Sebastian—. ¿Cómo está ella?

—Brillante.

—¿Salió bien de la cita con el médico?

—¿Tenía una cita hoy? —Fruncí el ceño.

—Más temprano, sí. Matt no podía salir de su reunión, y te juro que estoy tratando de llegar a casa rápido. Mi primo quería quedar y solo tenía esta mañana antes de volar fuera de la ciudad.

—¿Por qué no me dijeron nada de esto? —pregunté impaciente, volviéndome para lanzar una mirada acusadora a Sophie. Entendió a qué venía la llamada y me sonrió tímidamente, luego se acercó y me abrazó por detrás.

—Porque también habrías cancelado la cita con tu importantísimo cliente. —Ante mi continuo ceño fruncido, canturreó—. Rup, no te enfades, por favor. Te prometo que ha ido bien en su

mayor parte. Además, no soy una inválida. Todavía puedo hacer cosas por mi cuenta, ya sabes.

—Ve por él, cariño. —Sebastian soltó una risita—. Quizá puedas seducirlo en el sofá hasta que lleguemos.

—Cállate, idiota —refunfuñé y le colgué el teléfono mientras él se reía a carcajadas. Miré a Sophie enfadado, pero ella continuó mirándome con sus bonitas pestañas mientras me tiraba de nuevo al sofá. Entonces se me ocurrió una idea y volví a ponerme nervioso—. ¿Qué quieres decir con en su mayor parte? ¿Qué pasa? ¿Está bien el bebé? ¿Tú estás bien? ¿Qué demonios ha pasado?

—Tranquilo. Es solo información nueva que no esperaba y tuve que apresurarme a conseguir cosas nuevas.

—¿Está el bebé boca abajo? —pregunté—. ¿Está enfermo? ¿Te han dado cosas médicas para alguna dolencia?

Se rio y me hizo callar con un beso. No se reiría si hubiera un problema, ¿verdad? Eso me relajó un poco y me hundí en sus caricias. Sophie me distrajo de hacer más preguntas cuando acabó seduciéndome, y estaba muy excitado cuando llegaron Sebastian y Matthew. Chilló excitada cuando Sebastian le regaló una colorida tarta con motivos navideños, y luego arrastró a ambos hasta el salón con el puñado de cajas de regalo de Matthew.

—¡Feliz Navidad! Pronto tendremos nuestra ampliación —anunció Matthew, con una sonrisa de oreja a oreja—. Y acabo de ponerme firme para que tu padre no sea mi socio, Soph.

—Buen trabajo. —Ella sonrió.

—Abran sus regalos —dijo Matthew—. Tengo algo bonito para todos.

Cogí la caja que me lanzaron y me sorprendieron gratamente los guantes de cuero que combinarían bien con mi nueva moto. Sebastian sonreía mientras mostraba sus nuevos y elegantes utensilios de cocina, pero noté que Sophie se ponía nerviosa de repente al mirar los vestidos de maternidad que le había regalado Matthew.

—¿Soph? —pregunté.

Salió corriendo, cerró de un portazo la puerta de su habitación y volvió con un montón de regalos más pequeños para cada uno de nosotros.

—Ábranlos —pidió.

Yo abrí primero el mío y me quedé perplejo al ver el pañuelo rosa que me habían regalado. Sebastian recibió un par de cintas y Matthew, una diadema. Nos miramos e intentamos acercarnos a ella, pero levantó una mano y negó con la cabeza. Luego dejó el teléfono sobre la mesita y dio un paso atrás.

—Ahora reproduce eso.

Matthew hizo lo que se le pedía y la sala se llenó de saludos del médico, que le decía que se tranquilizara. Luego vimos, boquiabiertos, cómo la ecografía mostraba un corazón que latía y el médico exclamaba lo sana que estaba ella.

—¿Ella? —preguntó Sophie en el vídeo, con la voz temblorosa de alegría.

—Sí, ella. Felicidades, Sophie. Tienes una niña sana en camino.

El vídeo se quedó en silencio. Miré a Sophie, que estaba fuera de sí.

—Sé que todos esperábamos un niño, porque no tenía muchas náuseas y me apetecía comer salado. Insistí en el cuento de viejas y ya habíamos comprado ropa de niño —soltó—. Pero podemos devolverla, y espero que a todos les parezca bien tener una niña...

Antes de que pudiera terminar su declaración, yo estaba de pie y la recogí en mis brazos, luego la besé tan fuerte que conseguí quitarle el nerviosismo. Me devolvió el beso y jadeó cuando Sebastian la cogió por detrás y la hizo girar.

—Una niña. Madre mía. Vamos a ser los padres más sobreprotectores, ¿verdad? —reflexionó.

—No va a tener novio hasta los treinta —murmuré e hice reír tanto a Sebastian que la soltó y se agarró el estómago.

Puse los ojos en blanco y me mordí una sonrisa antes de que todos nos volviéramos hacia Matthew, el padre de sangre del bebé que Sophie llevaba en el vientre. Había estado callado durante todo el intercambio y seguía callado.

—¿Matthew? —preguntó Sophie, aferrándose a Sebastian y a mí por la vida.

Primero nos miró a Sebastian y a mí, absorbiendo nuestras reacciones. Luego miró a Sophie, y

juraría que se produjo un ablandamiento físico incluso mientras la miraba tan intensamente. Cruzó la distancia y también la besó, y en ese beso supe que era el más feliz.

—Serás la mejor mamá —declaró, con la voz rasposa por la emoción—. No importa si es niño o niña, me encanta nuestro bebé. Y me siento intensamente bendecido de tenerte en mi vida.

Sebastian volvió a abrazarla en señal de acuerdo. Yo le besé la frente, sin decir una palabra pero también de acuerdo. Matthew tenía razón. Fuimos bendecidos, afortunados... todos esos adjetivos positivos y más.

Y no me gustaría que fuera de otra manera.